

JEAN WEBSTER

PAPAITO
PIERNAS LARGAS



Biblioteca Primor

EDITORIAL JUVENTUD ARGENTINA

PAPAITO PIERNAS LARGAS

POR

JEAN WEBSTER

La forma epistolar tiene, en las novelas, un encanto secreto. Una carta espontánea vale más que muchos discursos académicos, sobre todo cuando está bien escrita como cualquiera de las de esta historia. Porque el alma se desviste de las ficciones a que le obliga la vida corriente, y se manifiesta en toda su diaphanidad o en su negrura.

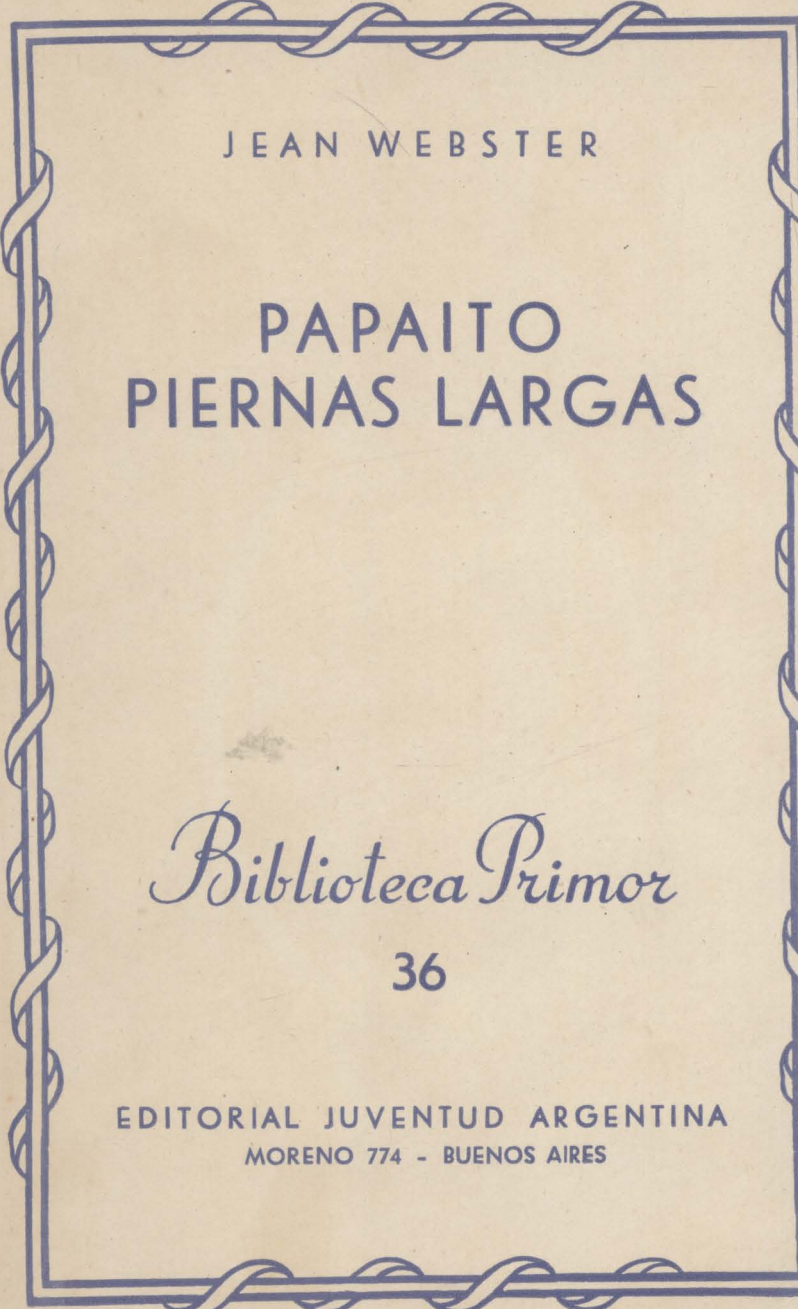
Y eso es lo que ocurre en PAPAITO PIERNAS LARGAS, nombre cariñoso que da Jesusa (que luego se vuelve Judith, la brillante universitaria) a un protector desconocido que ha resuelto prohiarla. Ella le cuenta con toda gracia espiritual los mil incidentes de su vida estudiantil, que sabe animar con fina ironía y exornar con el detalle de pequeñas travesuras y situaciones emotivas. También aletea en sus cartas el ángel de un amor. ¿Cuándo no, en el corazón de las mujeres? Así, hasta que PAPAITO PIERNAS LARGAS — encantado con las perfecciones de su ahijada — se resuelve a conocerla... y a que ella le conozca también.

●

Editorial Juventud Argentina

Moreno 774

Buenos Aires



JEAN WEBSTER

PAPAITO
PIERNAS LARGAS

Biblioteca Primor

36

EDITORIAL JUVENTUD ARGENTINA
MORENO 774 - BUENOS AIRES

John di Massimo

PAPAÍTO PIERNAS⁴ LARGAS

Delia L. M. M. M.

JEAN WEBSTER

PAPAÍTO
PIERNAS LARGAS

J. L. Primor

Biblioteca Primor

36

EDITORIAL JUVENTUD ARGENTINA

MORENO 774
BUENOS AIRES

PROVENZA 101
BARCELONA

**Reservados todos los derechos. Copyright by
EDITORIAL JUVENTUD ARGENTINA**

Printed in Argentine - Impreso en la Argentina
Imprenta López - Perú 666 - Buenos Aires



"VIERNES GRIS"

El primer viernes de cada mes era un día completamente desgraciado; un día que se esperaba con tristeza, se aguantaba con paciencia y se olvidaba con rapidez. El suelo debía estar fregado, las sillas sin polvo y las camas sin una arruga. Noventa y siete avispados huérfanitos tenían que estar lavados, peinados y arreglados con almidonados delantales y todos ellos debían acordarse de contestar: "Sí, señor", "No, señor", si alguno de los consejeros les hablaba.

Horas desesperantes las de ese día. A la pobre Jesusa Abbott, por ser la huérfana más antigua, tocábale soportar la peor parte. Suerte que, este primer viernes, tan particular como sus predecesores, se acercaba ya a su fin.

Jesusa escapóse de la repostería donde había estado haciendo bocadillos para los invitados del asilo, y volvióse al piso superior a realizar su trabajo habitual. Tenía que cuidarse de la habitación F, en la que once diablillos, de cuatro a siete años, ocupaban once camitas colocadas en fila. Jesusa reunió a sus subordinados, alisó sus arrugados vestidos, limpió sus narices, los hizo marchar ordenadamente hacia el comedor, y durante una bienaventurada media hora, los animó a tomar leche, pan y tortas de ciruela.

Luego se dejó caer en el banco de la ventana y apoyó la frente en el frío cristal. Estaba levantada desde las cinco de la madrugada, atendiendo a las órdenes de todo el mundo, reñida y acosada por una nerviosa directora. Porque la señora Lippett no siempre conservaba la

calmosa y digna pomposidad con que solía presenciar una reunión de consejeros o una visita de señoras. Jesusa paseó su mirada por la extensa llanura, de helados prados que se veían del lado opuesto a la alta palizada que limitaba la propiedad del asilo. El campanario del pueblo surgía en medio de los árboles desnudos, alegrando la monotonía de los ondulados surcos de los campos.

A juicio suyo, el día terminábase con bastante éxito. Los accionistas y el comité encargados de la visita, habían hecho su ronda, leído sus dictámenes, tomado el té, y ahora se marchaban rápidamente a sus hogares junto a sus seres queridos, para olvidar estas fastidiosas obligaciones hasta el mes siguiente. Apoyada en la ventana, Jesusa miraba con curiosidad y pesadumbre los coches y automóviles que salían por la verja del asilo. Con la imaginación siguió primero uno, después otro, hacia las hermosas viviendas que adornaban los alrededores de la colina. Se figuró a sí misma cubierta con un abrigo de pieles y con un sombrero de terciopelo adornado con plumas, reclinada en el asiento de un coche y murmurando indiferentemente al cochero: "A casa". Pero en el umbral del hogar imaginario, su propia imagen se borraba.

Jesusa poseía una imaginación tan viva, que la señora Lippett decíale que le daría muchos disgustos si no se enmendaba. Mas a pesar de su poderosa imaginación, no le era posible pasar del pórtico de las casas en las que deseaba entrar. ¡Pobre, impaciente y desventurada Jesu-silla, que, en sus diecisiete años, no había pisado nunca el interior de una casa particular! ¿Cómo era, pues, posible que se figurase la vida de los demás, cuando no había vivido más que en un asilo?

*A Jesusa Abbott
la esperan en el despacho
y creo que hará bien
en apresurarse.*

Tomás Dillón decía esto cantando, mientras subía las escaleras y atravesaba el corredor. Su canto se hizo estentóreo al acercarse a la habitación F.

Jesusa apartóse de un salto de la ventana y volvió al instante a la realidad.

—¿Quién me llama? —dijo con voz angustiosa, interrumpiendo el clamoroso canto de Tomás.

*La señora de Lippett
está en el despacho
creo que está loca
¡a... mén!*

Tomás cantaba con acento compungido, no del todo malicioso, pues, hasta el más endurecido de los huerfanitos, sentía cierta simpatía por una compañera, cuando la llamaban para que fuera al despacho a carearse con una directora tan impertinente como la señora Lippett; y Tomás quería a Jesusa, aunque a veces ella le sacudiera del brazo y le restregara las narices con demasiada fuerza.

Jesusa obedeció sin hacer comentarios, pero con dos arrugas paralelas en la frente: “¿Qué habrá sucedido?”, se preguntaba. ¿Acaso los bocadillos no eran bastante delgados? ¿Quedarían cáscaras de nuez en los bollos? ¿Se habría dado cuenta alguna visita del agujero que tenía en la media Susanita Hawthorn? ¿Sería que..., ¡horror!, algunos de los seráficos bebés que le estaban confiados se había insolentado con algún accionista?

Atravesó el largo pasadizo a oscuras, y al bajar las escaleras vió a un consejero rezagado, a punto de partir, en pie delante de la puerta abierta que daba paso a los coches. Jesusa recibió una efímera impresión de tal sujeto, la de que era de una altura desproporcionada. El desconocido hacía señales con el brazo a un automóvil que esperaba en un recodo. Por unos instantes, como quiera que el vehículo se pusiera en movimiento y se acercase

de frente, la sombra del accionista dibujó, alargándolos grotescamente, brazos y piernas, que se escurrieron por el suelo y por las paredes del corredor. A todo el que lo estuviera mirando, parecía un enorme y vacilante "papá piernas largas" (1).

La angustiosa arruga de la frente de Jesusa desapareció para convertirse en risa espontánea. Su alma era alegre por naturaleza y aprovechaba las más nimias circunstancias para divertirse. Cualquier pasatiempo que surgiese ajeno a la acción opresora de la junta, era siempre bien recibido. Entró en el despacho regocijada por este pequeño episodio y mostró una cara sonriente a la señora Lippett. ¡Y cuál no sería su sorpresa al ver que, si la directora no estaba precisamente sonriente, al menos mostrábase afable! Como que tenía casi la misma expresión placentera que en presencia de una visita.

—Siéntate, Jesusa; tengo algo que decirte.

Jesusa sentóse en la silla más próxima y esperó con cierto malestar. Un automóvil pasó rápidamente por delante de la ventana. La señora Lippett lo miró hasta perderlo de vista.

—¿Has visto al caballero que acaba de marcharse?

—He visto su espalda.

—Es uno de los accionistas de mayor influencia. Nos ha dado sumas extraordinarias para el sostenimiento del asilo. No puedo decir su nombre; ha manifestado rotundamente que quería continuar conservando el incógnito.

Los ojos de Jesusa se abrieron con extrañeza; no estaba acostumbrada a que la llamasen al despacho para discutir con la directora las excentricidades de los consejeros.

—Ese caballero se ha interesado particularmente por varios de nuestros niños. ¿Te acuerdas de Carlos Benon

(1) "Daddy-long-legs" es en inglés el nombre de un arácnido de cuerpo pequeño y largas patas.

y Enrique Freize? Los dos fueron enviados al colegio por el señor accionista y los dos han respondido con su trabajo infatigable y sus éxitos, al dinero que tan generosamente se gastó en su favor. El señor... accionista no deseaba otro pago. Hasta la fecha su filantropía sólo favoreció a los chicos. Yo nunca pude lograr que se interesara por ninguna de las chicas del instituto, a pesar de que se lo merecían. ¿Es que no quería ocuparse de las niñas?

—No, señora —murmuró Jesusa, puesto que parecía necesaria una respuesta.

—Pero hoy, en la Junta General, se ha hablado de tu porvenir.

La señora Lippett quedóse un momento silenciosa. Luego, lenta y plácidamente, prosiguió hablando, y en tal forma, que ponía en tensión los nervios de su interlocutora.

—Por lo regular, como tú ya sabes, no retenemos aquí los niños después de los dieciséis años; en tu caso se ha hecho, sin embargo, una excepción. Habiendo terminado tus estudios a los catorce años y habiéndolos seguido bastante bien —no podría decirse lo mismo de tu conducta—, se determinó llevarte a la escuela superior del pueblo. Ahora estás terminando, y, naturalmente, el asilo no puede ser responsable por más tiempo de tu persona. Te ha mantenido ya dos años más de lo que se acostumbra.

La señora Lippett olvidóse de mencionar lo mucho que durante este tiempo había trabajado Jesusa para el instituto; que las conveniencias del asilo habían prescindido de su educación, dejándola en segundo término, y que muchos días, como el presente, se había quedado en casa para fregar.

—Como te decía, se ha puesto a discusión el asunto de tu porvenir, y ha sido discutido, plenamente discutido.

La señora Lippett dirigió una mirada acusadora a su prisionera, y la prisionera reveló con su ansiedad que se

reconocía culpable, aunque verdad es que no pudo representarse ninguna página negra notable en su memoria.

—Por supuesto, las disposiciones que suelen tomarse con las que están en iguales condiciones que tú, son las de ponerlas a trabajar; pero tú te has aplicado en ciertas disciplinas y hasta parece que tus trabajos en inglés han llegado a ser brillantes. La señorita Pritchard, miembro de nuestro comité de visitas, que pertenece también a la junta del colegio, después de hablar con tu profesor de retórica, ha pronunciado un discurso en tu favor y ha leído en voz alta una disertación que habías escrito, titulada “Viernes Gris”.

Esta vez la expresión de culpabilidad de Jesusa no fué fingida.

—Me parece que poca es la gratitud que nos demuestras en tu trabajo, ya que de tal manera pones en ridículo a la institución que tanto ha hecho por ti. Si aquello no hubiera sido para ti, el señor . . . es decir, el caballero que se acaba de marchar, parece ser sumamente humorista y por ese escrito impertinente ha ofrecido mandarte a la Universidad.

—¡A la Universidad!

Los ojos de Jesusa se agrandaron.

La señora Lippett prosiguió:

—Antes de marcharse quiso consultar conmigo su proyecto. ¡Es inconcebible! Puedo decir que es un caballero de lo más excéntrico. Cree que posees cierta originalidad y está dispuesto a educarte para que llegues a ser una escritora.

—¿Una escritora?

El pensamiento de Jesusa estaba tan entorpecido que sólo le era posible repetir las palabras de la señora Lippett.

—Ése es su deseo; lo que después ocurra, el tiempo lo dirá. Te asigna una pensión muy liberal, sobre todo tratándose de una chica que no ha tenido nunca la experiencia que es necesaria para guardar el dinero. ¡Dema-

siada libertad! Pero planeó el asunto tan detalladamente que yo no me consideré con autoridad para hacerle ninguna objeción. Continuarás aquí este verano. La señorita Pritchard ha ofrecido amablemente ordenar tus cosas. Tu pupilaje e instrucción se pagarán directamente a la Universidad y recibirás, además, durante los cuatro años de tu permanencia en ella, una pensión de treinta y cinco dólares al mes, lo que te permitirá vivir lo mismo que las demás estudiantas. El dinero te será remitido una vez al mes por el secretario particular del referido caballero. Tú deberás escribirle a este último una vez al mes una carta, agradeciéndoselo. Es decir, no tienes que darle las gracias por el dinero; esto, a él le tiene sin cuidado. Pero debes escribirle explicándole los progresos que hagas en los estudios y los pormenores de tu vida cotidiana, una carta exactamente igual a la que escribirías a tus padres si viviesen. Estas cartas las dirigirás al señor don Juan Smith, y suplicadas a su secretario. El nombre del caballero no es el de Juan Smith. Ya sabes que desea conservar el incógnito. La razón que da para justificar su deseo de recibir tus cartas es la de que no hay nada que mejor facilite la expresión literaria; y puesto que tú no tienes familia con quien corresponderte, desea que le escribas en ese sentido. Además, quiere seguir el curso de tus progresos. No contestará nunca a tus cartas, ni se tomará el más pequeño interés por ellas. Él detesta escribir las y no quiere que le seas una carga. Si en algún momento pudiera considerarse necesaria su contestación, sería en el caso de que te echaran, lo que yo espero no ocurrirá. De ocurrirte ese percance, debes dirigirte a su secretario, señor Griggs. Estas cartas mensuales son absolutamente obligatorias. Es el único pago que reclama el señor Smith. Por lo tanto, serás tan puntual como si se tratara de pagar una factura. Te recomiendo que escribas siempre en un tono respetuoso que acredite tu buena conducta. No olvides tampoco que la persona a quien has

de escribir es uno de los accionistas del Asilo de John Grier.

Los ojos de Jesusa miraban con insistencia hacia la puerta. La cabeza le daba vueltas — tanta era su alteración nerviosa — y lo único que deseaba era huir de las vulgaridades y consejos de la señora Lippett. Se levantó y dió un paso.

La señora Lippett la detuvo con un gesto, no queriendo desperdiciar aquella oportunidad oratoria.

—Supongo que te sentirás verdaderamente agradecida por la gran suerte que has tenido. No son muchas las chicas a las que en tu situación se les presenta la oportunidad de elevarse en este mundo. Debes recordar siempre...

—Yo... sí, señora, gracias. Me parece que esto es todo, ¿no? Tengo que irme para coser y remendar los calzones de Federico Perkins.

La puerta se cerró tras ella y la señora Lippett quedóse mirándola con la boca abierta, sin haber concluído su peroración.

CARTAS DE LA SEÑORITA JESUSA ABBOTT
A "PAPAÍTO PIERNAS LARGAS, SMITH"

215 Fergusson Hall.

24 de septiembre.

Querido y amable accionista que envía las huérfanas al colegio.

¡Ya estoy aquí! Ayer viajé cómodamente por espacio de cuatro horas en tren. Qué sensación tan agradabilísima, ¿no es verdad? Yo no había viajado nunca en tren.

El colegio universitario es el sitio más espacioso y más azorante que he visto. En cuanto abandono mi habitación, me pierdo. Esperaré a estar menos atontada para describírselo a usted; también le explicaré todo lo que se refiera a mis lecciones. Las clases no empiezan hasta el lunes por la mañana y estamos en la noche del sábado. Prometo escribirle una carta en seguida, así que me ponga un poco al corriente de lo que me rodea.

Me parece extraño escribir cartas a un desconocido. Además, el redactar una carta me produce un efecto... Sólo he escrito tres o cuatro en mi vida. Le pido, pues, indulgencia si ésta no es precisamente un modelo.

Ayer por la mañana, antes de marcharme, la señora Lippett y yo sostuvimos una conversación muy seria. Me dijo cómo debía portarme el resto de mi vida y, especialmente, cómo debía proceder con el amable caballero que tanto se interesa por mí. Haré todo lo posible por mantenerme siempre "muy respetuosa".

Pero, ¿cómo puede ser uno respetuoso con un ca-

ballero que desea que se le llame Juan Smith? ¿Por qué no ha escogido usted el nombre de cualquier personalidad? ¡El que usted se ha puesto es tan cursi!

Este verano he pensado muchas veces en usted. Esto de tener alguien que, después de tantos años se cuide de mí, me produce la sensación de haber encontrado una especie de familia. Ahora me parece que pertenezco a alguien, lo que me proporciona un grato bienestar. No obstante, debo confesar que al recordarle, mi imaginación no tiene que fatigarse. Sólo sé de usted tres cosas.

- I. Que es usted alto.
- II. Que es usted rico.
- III. Que odia usted a las chicas.

En un principio pensé darle el nombre de querido "Señor Odia Chicas", sólo que lo encuentro casi insultante para mí, o "Querido Ricacho", lo que sería insultante para usted, pues esta palabra haría suponer que el dinero es lo más importante, y ya sabemos que ser rico es una cualidad completamente externa. Por otra parte, es posible que usted no siga siendo rico toda su vida; son muchos los hombres inteligentes que se arruinan. Una cosa que conservará, al menos toda su vida, es la de ser alto. Por lo tanto he decidido llamarle "Querido Papaíto Piernas Largas". Espero que no lo tomará a mal; se trata de un apodo cariñoso de mi cosecha, y no se lo diremos a la señora Lippett.

Dentro de dos minutos la campana dará las diez. El día aquí lo tenemos dividido en secciones, y éstas se anuncian a campanadas. Comemos, dormimos y estudiamos a campanadas. Es algo que alienta esto de pasarse el día como si uno fuera un bombero. ¡Las diez! Se apagan las luces. Buenas noches.

Advierta con qué precisión observo el reglamento

del colegio. Ello es debido a mi entrenamiento en el Asilo de John Grier.

Queda respetuosamente suya affma.

JESUSA ABBOTT.

Al señor Papaíto Piernas Largas Smith.

1º de octubre.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Adoro el colegio y le adoro a usted por haberme mandado a él. Me considero muy dichosa y estoy tan entusiasmada que apenas puedo dormir. Usted no puede imaginarse cuán diferente es esto del Asilo de John Grier. Nunca soñé que hubiera tal lugar en el mundo. Me da pena las personas que no son chicas y que no pueden venir aquí. Estoy segura de que el colegio en donde estuvo usted de niño, no era tan bonito como éste.

Mi habitación se halla en la cúspide de una torre que, antes de construirse la nueva enfermería, estaba destinada a los enfermos contagiosos. En el mismo piso de esta torre tienen su habitación otras tres chicas: una discípula de último curso que lleva gafas y que continuamente nos está suplicando que nos mantengamos un poco quietas, y dos alumnas de primer año. Se llaman Sallie Mac Bride y Julia Rutledge Pendleton. Sallie tiene los cabellos rojos y la nariz respingona. Ella y yo somos bastante amigas. Julia, pertenece a una de las más distinguidas familias de Nueva York y aun no se ha dado cuenta de que yo existo. Las dos están juntas en mi habitación. En cambio, la antigua alumna y yo tenemos una cada una. Por lo regular, las alumnas de primer año no disfrutan nunca de una habitación para sí solas;

pero a mí, sin pedirla, me la han dado. Supongo que esto no será debido a que el secretario del colegio haya creído oportuno preguntar a las jóvenes de buena familia si querían compartir la habitación con una expósita. ¿Ve usted? A veces este inconveniente puede resultar ventajoso.

Mi habitación se encuentra en el ángulo Noroeste; tiene dos ventanas y un mirador. Después de haber vivido dieciocho años en un cuartel con veinte compañeras de habitación, es una delicia encontrarse sola. Por vez primera en mi vida se me ha presentado una oportunidad de entablar conocimiento con Jesusa Abbott. Y creo que me va a gustar. ¿No lo cree usted así?

Martes.

Las alumnas de primer curso están organizando un partido de *basket ball*, y, por una sola cualidad, me parece que voy a formar parte del mismo. Verdad que soy pequeña, pero disfruto de una ligereza, de un vigor y de una nerviosidad terribles. Mientras las demás están esperando la pelota en el aire, yo puedo escabullirme entre sus pies y cogerla. Resulta verdaderamente encantador entrenarnos al anochecer, en pleno campo. Los árboles se ven rojos y amarillos, el aire parece impregnado de un aroma especial, como de hojas tostadas, y todo el mundo ríe y juega. ¡Somos las chicas más felices que he visto en mi vida, y yo soy la más feliz de todas!

Pensaba escribirle una carta muy larga, explicándole todo lo que estoy aprendiendo (la señora Lippett me dijo que usted deseaba saberlo), pero acaban de dar las siete y dentro de diez minutos tengo que presentarme en el patio, dispuesta para el entrenamiento. ¿Cree usted que lograré entrar en el partido?

Siempre suya,

JESUSA ABBOTT.

P. D. — A las 9.

Sallie Mac Bride acaba de introducir su cabeza por la puerta y me dice:

—Es tanta la añoranza que siento por mi familia que no puedo soportarla. ¿No le pasa a usted lo mismo?

He sonreído levemente, diciendo: "No", con lo que creí salir del aprieto. Por lo menos la añoranza es una enfermedad de la que me he librado. No he oído decir nunca a nadie que echara de menos un asilo.

1° de octubre.

Querido Papaíto Piernas Largas:

¿Ha oído usted nombrar a Miguel Ángel?

Era un artista famoso de la Edad Media que vivió en Italia. En nuestra clase de literatura todo el mundo lo conoce y la clase en peso se rió de mí porque yo creía que era un arcángel. ¿No es verdad que su nombre suena cual si fuera el de un arcángel? Lo que me mortifica del colegio, es que piensen que estoy al corriente de un sinnúmero de cosas que nunca he aprendido: hay veces en que esto me resulta verdaderamente enojoso. Ahora, cuando las niñas tratan de asuntos para mí desconocidos, permanezco callada y luego los busco en la enciclopedia.

El primer día cometí una torpeza tremenda. Alguien mencionó a Mauricio Maeterlinck y yo pregunté si era uno de los estudiantes de primer año. Mi chuscada corrió por todo el colegio. Pero a pesar de todo soy tan aplicada como cualquiera de mis compañeras y aun supero a varias de ellas.

¿Le interesa a usted saber cómo he arreglado mi habitación? Sus colores son una verdadera sinfonía en pardo y amarillo.

La pared está pintada de color de cuero. He comprado unas cortinas y unos cojines amarillos, un pupitre de caoba (de segunda mano, por tres dólares), una silla

de junco, una alfombrilla marrón con una mancha de tinta en medio y he colocado la silla sobre la mancha. Las ventanas son demasiado altas y como resulta imposible mirar por ellas sentada en una silla corriente, quité el espejo de la cómoda y lo puse detrás del *bureau* de manera que se refleje bien en él la luz. Luego he tapizado la parte superior de la primera y la he adosado a la ventana. Tiene la altura que se necesita para mirar por ella estando sentada; con tirar de los cajones que se hacen servir de peldaños, todo arreglado. En fin, ¡muy cómodo!

Sallie Mac Bride me ayudó a escoger las cosas que subastaban las alumnas del último curso. Ella entiende de decoración porque ha vivido siempre en una casa particular. Usted no puede hacerse cargo de lo agradable que es, para el que solamente ha poseído unos cuantos céntimos durante su vida, comprar y pagar con un auténtico billete de cinco dólares y que además le devuelvan el cambio. Le aseguro, querido "papá", que estoy encantada de su hidalguía.

Sallie es la persona más divertida del mundo, y Julia Rutledge Pendleton la que lo es menos. ¡Qué raras mezclas puede hacer el secretario del colegio con las compañeras de habitación! Sallie lo encuentra todo agradable y a Julia todo le parece aburrido. No hace nunca ni el más pequeño esfuerzo para ser amable. Cree que, por la sola razón de ser una Pendleton, será admitida en el Paraíso sin previo examen. Está visto, Julia y yo hemos nacido enemigas. Supongo que estará usted esperando con impaciencia saber qué es lo que estoy aprendiendo.

I. Latín. — La segunda guerra Púnica. Aníbal con sus fuerzas, acampó la última noche en el lago Trasimenus. Preparaba una emboscada contra los romanos y ha tenido lugar una batalla a las cuatro de esta madrugada. Los Romanos han retrocedido.

II. Francés. — 24 páginas de "Los Tres Mosqueteros"; tercera conjugación de los verbos irregulares.

III. Geometría. — He terminado los cilindros; hago conos.

IV. Inglés. — Estudio la retórica. Mi estilo mejora diariamente, tanto en claridad como en brevedad.

V. Fisiología. — He llegado al sistema digestivo. El día próximo, bilis y páncreas.

Suya, y en camino de ser educada,

JESUSA ABBOTT.

P. D. — Espero, papaíto, que no beberá usted alcohol. Es peligroso para el hígado.

Miércoles.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Me he cambiado el nombre.

En la lista estoy apuntada con el de "Jesusa", pero yo soy "Judith", a pesar de todo. ¡Qué desgracia la de verse obligada una misma a darse el único nombre cariñoso que ha tenido! ¿No? El nombre de Judith no me ha hecho pensar mucho. Es el que me daba Federico Perkins cuando podíamos hablar a gusto.

Desearía que la señora Lippett fuese un poco más original al escoger el nombre de los pequeñuelos. Primero saca los apellidos del libro del teléfono — usted encontraría Abbott en la primera página, — y luego busca los nombres en cualquier sitio. Sin duda, encontró el de Jesusa en una losa sepulcral. Siempre lo he aborrecido; el de Judith, en cambio, me gusta bastante. ¡Es un nombre inocente! Pertenece a una clase de muchacha que yo no soy, a una cosilla dócil, con los ojos azules, mimada y querida por toda la familia, que prosigue sin ningún cuidado el camino de la vida. ¿Verdad que sería bonito ser así? ¡Por más faltas que haya cometido, nadie puede

acusarme de haber sido mimada por mi familia! Pero es muy bonito pretender haberlo sido. De hoy en adelante tenga usted la amabilidad de escribirme a nombre de Judith.

¿Desea usted saber algo más? Tengo tres pares de guantes de piel. Antes había tenido mitones, también de piel, procedentes del árbol de Navidad; pero verdaderos guantes, con cinco dedos, nunca. A cada momento los saco del cajón y me los pruebo. En la clase no los puedo llevar.

(La campana anuncia la comida. Adiós.).

Viernes.

¿Qué le parece, Papaíto? El profesor de inglés dice que mi última composición demuestra un adelanto poco común en cuanto a originalidad. Lo dice en serio. Son

UNA HUERFANA



éstas sus palabras textuales. No parece ello posible, si considera los dieciocho años de entrenamiento que he pasado en el Asilo, aunque el deseo del Asilo de John Grier (como usted ya sabe y sin duda lo aprueba) es el de que sus noventa huérfanitos sean otros tantos gemelos.

La rara habilidad artística de que he dado pruebas, tenía por tema el tiempo remoto en que, en el

tejadillo, hacia figuras de yeso representando a la señora Lippett. Espero que no molestaré su susceptibilidad criticando la casa en donde ha transcurrido mi infancia. Si así no fuera, usted tiene la palabra, y si le parezco dema-

siado impertinente, puede usted dejar de remitirme los cheques. No es ésta, en verdad, una frase cortés, pero usted no puede esperar de mí buenas maneras; un asilo no es una escuela donde se aprende la distinción.

Le advierto, papaíto, que no es el trabajo lo que me mortifica en el colegio; es el juego. La mitad del tiempo no sé de qué están hablando las niñas; sus bromas se refieren a un pasado del que todo el mundo, a excepción mía, ha disfrutado. Soy una extranjera en este mundo y no comprendo su lenguaje. Cuando esto sucede, me siento muy desgraciada. Lo he sido toda mi vida. En la clase superior, las niñas forman corros y apenas me miran. Soy distinta de ellas y todo el mundo lo conoce. Me parece que llevo escrito en la frente: "Asilo de John Grier". A veces, alguna de las más cariñosas se acerca un poco a mí para decirme una palabra amable. Yo las aborrezco a todas, a las cariñosas más aún que a las otras.

Aquí nadie sabe que vengo de un asilo. A Sallie Mac Bride le he explicado que mi madre y mi padre se habían muerto y que un caballero anciano muy bondadoso me mandó al colegio, lo que es completamente cierto. No se vaya usted a figurar que soy cobarde, pero mi deseo es ser como las otras, y ese "desgraciado asilo", que turbó mi infancia es lo único que me diferencia de mis compañeras. Si pudiera volverle la espalda y borrar su recuerdo, creo que llegaría a ser lo mismo que las demás. No creo que exista en realidad mucha diferencia.

Indiscutiblemente, Sallie Mac Bride me gusta.

Suya siempre,

JUDITH ABBOTT
(antes Jesusa)

Sábado por la mañana.

Acabo de releer esta carta que sabe a tristeza. Usted no puede adivinar lo que me pasaba el lunes por la ma-

ñana; tenía que preparar una lección muy difícil, un repaso de geometría, y hacía un frío glacial.

Domingo.

Ayer me olvidé de echar esta carta al correo: por lo tanto añadiré una post-data que traduzca mi indignación. Esta mañana ha venido un prelado y, ¿sabe usted lo que ha dicho?

“Lo más beneficioso que contiene la Biblia son estas palabras: —El pobre que siempre nos sigue. Pues ellos existen para que seamos caritativos”.

El pobre, fíjese usted, es como si dijéramos una especie de animal doméstico necesario. De no encontrarme en medio de una concurrencia tan escogida, me hubiera acercado a él, una vez terminado el oficio, para decirle mi manera de pensar.

Octubre, 25.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Me cuento entre los miembros del partido de pelota, honor que he ganado a costa de un cardenal en el hombro izquierdo que es de color azul y caoba con pequeñas rayas anaranjadas. Julia Pendleton se presentó para entrar en el partido, pero no fué aceptada. ¡Viva!

Vea usted de qué buenas disposiciones disfruto.

El colegio es encantador, cada día más encantador. Me gustan las niñas, las profesoras, los patios y las comidas. Nos dan manteca dos veces por semana y no nos sirven nunca papillas de trigo.

Usted deseaba tener noticias mías una sola vez al mes. ¡Y yo cada dos días le envío una carta! Pero es que estoy tan nerviosa con todos estos nuevos acontecimientos, que necesito hablar de ello a alguien; y como sólo le conozco a usted, usted es mi víctima.

Le suplico perdone mi exuberancia; pronto entraré en razón. Si mis cartas le aburren, puede usted muy bien romperlas y echarlas al cesto de los papeles. Prometo no escribir otra hasta mediados de noviembre.

Su extremadamente locuaz,

JUDITH ABBOTT

15 de noviembre.

*Querido Papaíto Pier-
nas Largas:*

Escuche lo que he aprendido hoy:

El área de la superficie convexa del cono de una pirámide regular, es la mitad del producto de las suma de los perímetros de su base multiplicada por la altura de uno de sus trapezoides".

Judy ju'gando
a la pelota



Esto parece mentira, pero no lo es. ¡Puedo probarlo!
¿Verdad, papaíto, que no le he dicho nunca nada acerca de mis vestidos? Tengo seis, todos nuevos y bonitos y comprados para mí, no heredados de una persona mayor. ¿Es posible que usted no comprenda lo que esto representa en la vida de una huérfana? Usted es quien me los proporciona y yo le quedo sumamente agradecida. Es una cosa muy agradable ser educada en un colegio, pero esto no tiene comparación con el vértigo que produce la posesión de seis vestidos nuevecitos. La señorita Pritchard, miembro del comité de visitas, fué quien los escogió, y no la señora Lippett, a Dios gracias.

Tengo uno de mañana, de seda color Burdeos (estoy encantadora con él); uno azul para las funciones de iglesia; uno para la comida, de gasa roja con bordados orientales (parezco una egipcia); otro color de rosa, uno verde,

de calle, y uno de diario para las clases. Esto no es seguramente un ajuar para una Julia Rutledge Pendleton, pero para una Jesusa Abbott. . . ¡Oh, cielos! Me imagino lo que usted estará pensando: "¡Qué personita tan frívola y trivial es esta niña y cuánto dinero malgastado para educarla!". ¡Pero, papaíto, para comprender lo que yo siento, sería necesario que usted hubiera ido vestido de mamarracho! Un período mil veces peor fué aquel en que estuve en la escuela superior.

¡Pobre escuela!

No puede usted hacerse una idea de lo que sufrí al presentarme en el pensionado con aquellos miserables vestidos de asilada. Estaba segura de que me echarían de la clase tan pronto como la primera condiscípula se fijase en mi vestido y empezase a murmurar, a burlarse y a llamar la atención de las demás. Crearse enemigos por culpa de la indumentaria, es una amargura que roe el alma, y, aunque llevara medias de seda el resto de mi vida, no me creo capaz de olvidar estas ofensas.

ÚLTIMO BOLETÍN DE GUERRA

Noticias del frente

El martes día 13 de noviembre, en las primeras horas de la madrugada, Aníbal venció la vanguardia de los romanos y dejó las fuerzas cartaginesas en las montañas, cerca de los llanos de Casilinum. Una cohorte de Númidas brillantemente armados inició el combate contra Quintus Fabius Maximus. Dos batallas y algunas ligeras escaramuzas. Los romanos han sido rechazados, sufriendo considerables bajas.

Es para mí un gran honor ser un corresponsal especial del frente de batalla.

JUDITH ABBOTT

P. D.—Ya sé que no debo esperar ninguna respuesta a mis cartas y que he prometido no molestarlo con preguntas; pero dígame usted, Papaíto, una cosa solamente: ¿Es usted muy viejo o empieza a serlo? ¿Es usted calvo? Tal como le conozco, es tan difícil pensar en usted como en un teorema de geometría.

Dado un hombre alto y rico que odia a las muchachas, pero que es muy generoso con una muy impertinente, ¿cuál es su aspecto? R. S. V. P. (1).

19 de diciembre.

Al señor Papaíto Piernas Largas:

A pesar de la importancia de mi pregunta, no ha contestado usted a ella.

“¿Es usted calvo?”.

He dibujado su figura con gran facilidad y exactitud hasta llegar a la cima de su cabeza, en donde me detuve suspensa por no serme posible determinar el color de sus cabellos. ¿Son blancos, negros, grises, o...? He aquí el problema: ¿tiene usted cabellos?

¿Quiere usted saber de qué color son sus ojos? Son grises, y las cejas arqueadas como las curvas de un pórtico (cejijunto, como se dice en las novelas); su boca en línea recta tiene tendencia a doblarse hacia abajo por los extremos, y su carácter es afable por naturaleza. ¿Ve usted cómo le conozco?

(Suenan la campana de la Capilla).



(1) Répondez s'il vous plaît. N. del T.

Mi nueva norma de conducta es insuperable; no hay que estudiar nunca, nunca, por la noche, aunque sean muchos los deberes escritos que se tengan que entregar a la mañana siguiente. En cambio leo libros sencillos, lo que debo hacer para recuperar el tiempo perdido en dieciocho años. No puede usted imaginarse, querido papáito, qué abismo de ignorancia es mi cerebro; me estoy, pues, pagando una deuda. No tengo ni la menor idea de algunas cosas que, por rutina, saben la mayoría de las niñas que poseen una familia propia, un hogar y una librería. Por ejemplo: No he leído nunca "Madre Ganzo" ni "David Copperfield" ni "Ivanhoe" ni "Robinson Crusoe" ni "Jane Syre" ni "Barba Azul" ni "Cenicienta" ni "Alicia en el país de las Maravillas", y ni una palabra de Rudyard Kipling. No sabía que Enrique VIII se hubiese casado más de una vez, ni que Shelley era un poeta. No sabía que R. L. S. fuese la firma de Robert Louis Stevenson, ni que Jorge Eliot era una mujer. No había visto nunca un retrato de "Mona Lisa" y es verdad, aunque no quiera creerlo, que nunca había oído nombrar a Sherlock Holmes.

Ahora sé todas estas cosas y muchísimas más, y usted ya puede comprender que son muchos los ratos que necesito para aprenderlas. Y ¡oh! ¡Esto es gracioso! Todo el día estoy esperando que llegue la noche. Entonces coloco un "ocupado" en la puerta, me pongo mi bonito vestido de baño color carmesí, mis zapatillas de piel, amontoño a mi espalda todos los almohadones que poseo, enciendo la lámpara que hay en un rincón de mi cuarto y leo, y leo, y leo. Un libro solo no me basta; necesito cuatro a un tiempo. En este momento precisamente, tengo los poemas de Tennyson y "Feria de Vanidades", los "Cuentos completos" de Kipling y (no se ría usted) "Mujercitas", de Alcott. Me convencí de que era la única

persona del colegio que no había leído "Mujercitas". No se lo dije a nadie porque no me tildaran de extravagante. Sin consultarlo salí y lo compré: me costó 1'15 dólares, que pagué con lo que me quedaba de la pensión del mes pasado; y así, la próxima vez que alguien lo nombre, ya sabré a qué atenerme.

Sábado.

Señor:

Tengo el honor de comunicarle nuestras nuevas exploraciones en el campo de la geometría. El viernes pasado abandonamos nuestros trabajos sobre paralelepípedos para comenzar con los prismas truncados. El camino que actualmente recorreremos es terriblemente duro y muy cuesta arriba.

Domingo.

Como quiera que las vacaciones de Navidad empiezan la semana próxima, mis condiscípulas ya tienen preparadas las maletas. Los corredores se hallan tan obstruídos que apenas se puede andar por ellos, y todo el mundo está tan nervioso con este bullicio, que el estudio ha quedado en segundo término. Voy a pasar unas vacaciones espléndidas. En el primer curso hay una compañera que vive en Texas, que no se marcha, y pensamos darnos largos paseos, y si hay hielo, aprenderemos a patinar. Tenemos toda la librería para leer y tres semanas de tiempo para ello.

Adiós, papaíto, espero que sea usted tan feliz como yo.

Suya siempre,

JUDITH

P. D.—No se olvide de contestar a mi pregunta. Si no quiere molestarse escribiendo, haga telegrafiar a su

secretario. No tiene más que decir: El señor Smith es completamente calvo, o el señor Smith no es calvo, o el señor Smith tiene los cabellos blancos. Y puede usted deducir el importe del telegrama de mi pensión. Muy buenas, hasta enero, ¡y felices Pascuas!

A fines de las vacaciones de Navidad
Ignoro la fecha exacta.

Querido Papáito Piernas Largas:

¿Nieva en donde está usted? El terreno que se divisa desde mi torre, está cubierto de una alfombra inmaculada y los copos que caen son grandes como palomitas de maíz. Anochece; el sol, atenuados sus fulgores, va desapareciendo detrás de unas heladas colinas color violeta, y yo, encaramada en mi asiento de la ventana, aprovecho las últimas claridades del día para escribirle.

¡Sus cinco monedas de oro me causaron una verdadera sorpresa! No estoy acostumbrada a recibir regalos de Navidad, y además ¡son tantas las cosas que usted me ha dado! Todo cuanto poseo. No creo, pues, merecer extraordinarios, aunque me gustan. ¿Quiere usted saber qué es lo que he comprado con ese dinero?

I. Un reloj de pulsera, de plata; con una correa de cuero, para saber siempre las horas del trabajo.

II. Los poemas de Mateo Arnold.

III. Una botella termos, para agua caliente.

IV. Una alfombrilla eléctrica. Mi torre es fría.

V. Quinientas hojas de papel amarillo para escribir. (Voy a empezar muy pronto a ser escritora).

VI. Un diccionario de sinónimos. (Para ampliar el vocabulario de la escritora).

VII. (Casi no me atrevo a confesarle lo último).
Un par de medias de seda.

Y ahora, papaíto, no diga usted que no se lo cuento todo.

¡Si usted supiera el motivo tan ruin que me obligó a comprar las medias de seda! Julia Pendleton venía todas las noches a mi habitación a estudiar la geometría y se sentaba encima de la cama con las piernas cruzadas, luciendo sus medias de seda. Pero que se espere; tan pronto como vuelva de vacaciones, me pondré yo las mías, iré a su cuarto y me sentaré en su cama. ¡Ya ve usted, papaíto, qué criatura tan perversa soy! Sin embargo, no miento nunca. ¿Verdad que usted sabía ya que yo no soy perfecta?

En resumen (ésta es la palabra con la que el profesor de inglés empieza cada frase), estoy agradecidísima por mis siete regalos. Me he convencido a mí misma de que, desde California y muy bien embalados, me los ha enviado mi familia. El reloj me lo regala papá, la alfombrita mamá, la botella para el agua caliente la abuela, que siempre teme me enfríe en un clima tan helado, y el papel amarillo mi hermanito Enrique. Mi hermana Isabel me ha regalado las medias de seda; la tía Susana los poemas de Mateo Arnold; el tío Enrique (mi hermanito Enrique se llama como él) me ha regalado el diccionario. Quería mandarme bombones, pero yo he preferido los sinónimos.

¿Verdad que no tiene usted inconveniente en representar el papel de toda la familia?

Ahora voy a explicarle algo sobre mis vacaciones, ¿o a usted sólo le interesa mi educación a secas? Espero que apreciará en su justo valor la delicada frase, "a secas". Es la última innovación de mi vocabulario.

La niña de Texas se llama Leonor Fenton. (Es un nombre tan bonito como Jesusa, ¿no?). La quiero, aunque no tanto como a Sallie Mac Bride; nunca querré a nadie tanto como a Sallie, exceptuando a usted. A usted siempre deberé quererle más que a todos, porque usted

es toda mi familia en un solo ser. Leonor, dos discípulas del segundo curso y yo, hemos salido todos los días a recorrer la comarca, vestidas con falda corta y chaquetas y boinas de punto, y arrastrando grandes bastones que nos facilitaban la marcha. Un día nos fuimos hasta la ciudad, que se halla a cuatro millas de distancia, y estuvimos en el restaurante a donde las jóvenes del colegio van a veces a comer. Nos dieron langosta asada (35 centavos) y de postre, dulces de trigo negro y jarabe de arce (15 centavos). Alimenticio y barato.

¡Qué diversión! Especialmente para mí, que lo encontraba todo tan distinto de mi vida en el Asilo. Cada vez que salíamos me parecía que hacía una escapatoria. A punto estuve de contarle a las demás, sin darme cuenta, lo que experimentaba. Suerte que me callé a tiempo. Es muy triste para mí no poder decir todo cuanto siento. Con mi carácter expansivo, si no pudiera explicar mis cosas, me moriría.

El otro día, la directora de la escuela de Fergusson nos dejó hacer compota. Previamente puestas de acuerdo, nos juntamos las alumnas de todos los cursos; éramos veintiuna. La cocina es inmensa, con cacerolas de cobre y cafeteras que cuelgan de cuerdas sujetas a las piedras de la pared, la cacerola más pequeña es del tamaño de una caldera. En Fergusson viven cuatrocientas jóvenes.



El jefe de cocina, con un gorro y un delantal blanco, nos buscó vestidos, gorras y delantales para todas y hemos aquí transformadas en cocineras.

Resultó muy divertido. En cuanto a la compota, creo que ya la he probado mejor. Al terminar nuestro trabajo, estábamos completamente pegajosas, lo mismo que la cocina y las puertas. Organizamos entonces una procesión vestidas aún con nuestra indumentaria de cocineros, y nos paseamos por los corredores vacíos de la escuela hasta el salón de las oficinas, donde se hallaba una media docena de profesores y ayudantes pasando tranquilamente la tarde. Les dimos una serenata, cantándoles las canciones del colegio y les ofrecimos refrescos. Lo aceptaron cortésmente, pero con cierta desconfianza, y los dejamos mojando los bizcochos en la compota, pringados y mudos.

¡Como puede usted comprobar, papaíto, mi educación progresa!

¿Qué le parece a usted, si en vez de ser yo una escritora fuese una artista?

Las vacaciones se terminan dentro de dos días y estaré muy contenta de ver de nuevo a las muchachas. Mi torre se halla demasiado solitaria. ¡Cuando una casa construída para cuatrocientos, la ocupan solamente nueve, éstos se encuentran perdidos!

¡Once páginas, pobre Papaíto! ¡Qué cansado debe estar usted! Quería que la presente fuera una nota cortita de agradecimiento, pero en cuanto me lanzo a escribir, mi pluma se niega a detenerse.

Adiós, y gracias por haber pensado en mí. Me consideraría completamente dichosa si no fuera por una pequeña nube que oscurece mi horizonte. Los exámenes se efectuarán en febrero.

Suya con cariño,

JUDITH

P. D.—¿Y si la frase con cariño no fuese bastante correcta? Si no lo es, perdóneme. Necesito querer a alguien y sólo puedo escoger entre la señora Lippett y usted,

y a ella no la cuento, porque, querido papaíto, no me es posible quererla.

Víspera de año nuevo.

Querido Papaíto Piernas Largas:

¡Tendría usted que ver cómo se estudia en este colegio! Hemos olvidado que han existido las vacaciones. En los cuatro días que acaban de transcurrir, me he metido en la cabeza cincuenta y siete verbos irregulares y espero fervorosamente que ahí se queden, al menos hasta que pasen los exámenes.

Muchas alumnas, no bien están listas de sus libros de texto, los venden. Yo pienso conservarlos. De esta manera, cuando esté en posesión del título, seguiré teniendo mi instrucción íntegra en uno de los estantes de mi librería y siempre que me falte un dato, podré averiguarlo sin el menor esfuerzo. Es mucho más fácil y más seguro encontrarlo de esta manera, que si se procura retenerlo en la cabeza.

Esta tarde, Julia Pendleton se dejó caer en mi habitación y me estuvo hablando más de una hora. La dió por inmiscuirse en los asuntos de familia. ¡Cuántos palos le hubiera dado! Deseaba saber cuál era el nombre de la camarera de mi madre. ¿Ha oído usted una pregunta más impertinente, sobre todo para ser dirigida a una muchacha que sale de un asilo? No he tenido valor de contestarle que no lo sabía y he soltado el primer nombre que ha acudido a mi memoria, que ha sido el siguiente: Montgomery. Deseó entonces saber a quiénes pertenecía, si a los Montgomery de Massachusetts o bien a los de Virginia. Y he aquí lo que le he dicho:

“Su madre era una Rutherford. La familia principal en el arca de Noé, y estaban emparentados, por matrimonio, con Enrique VIII. Por parte de su padre databan

ya de los antecesores de Adán. En las ramas primeras del árbol genealógico de su familia, hay un sinnúmero extraordinario de monos cubiertos de finísimos pelos de seda y con colas larguísimas”.

Esta noche tenía la intención de escribirle a usted una carta graciosa y amable, pero tengo demasiado sueño y mucho miedo. Una alumna de primer año, no tiene nunca una suerte ruidosa.

Suya, y próxima a pasar los exámenes,

JUDITH ABBOTT

Domingo.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Tengo unas noticias tan horribles, tan horribles que darle, que no quiero empezar por ellas; primero haré todo lo posible por ponerle a usted de buen humor.

Jesusa Abbott ha empezado a ser una autora. Un poema titulado “Desde mi Torre”, aparece en la primera página de la revista mensual titulada “Febrero”, lo que es verdaderamente un honor para una alumna de primer año. Mi profesor de inglés me detuvo ayer cuando iba a la capilla, y me dijo que aquel esbozo era un trabajo exquisito, exceptuando la sexta línea que era demasiado larga. Le enviaré una copia por si le interesa leerlo.

Déjeme pensar a ver si puedo decirle algo más que sea agradable. ¡Ah, sí! Estoy aprendiendo a patinar y ya sé deslizarme sola bastante bien. En el gimnasio, además, he aprendido a bajar por una cuerda, y salto una barra colocada a una altura de tres pies y seis pulgadas. Espero que, próximamente, llegaré a saltar hasta cuatro pies.

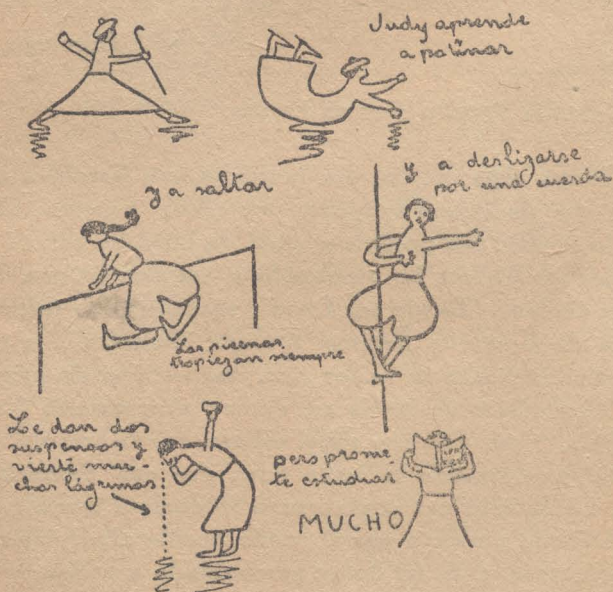
Esta mañana, el señor Obispo de Alabama nos ha pronunciado un sermón muy inspirado. Su asunto era:

"No juzgues, si no quieres ser juzgado". Versaba acerca de la necesidad de perdonar los defectos de los demás y de no descorazonar a la gente por excesiva intolerancia. Le hubiera gustado oírlo.

Esta es la tarde invernal más hermosa y con más sol. Brillantes carámbanos cuelgan de los abetos. Todo se dobla bajo el peso de la nieve, excepto yo, que me doblo bajo el peso del disgusto.

Vamos ahora con las célebres noticias. ¡Valor, Judith! Debes confesarlo.

NOTICIAS DEL MES



¿Está usted seguro de que está de buen humor? Me han suspendido en matemáticas y en prosa latina. Estoy estudiando firmemente y me examinaré de nuevo el mes próximo. Siento darle este disgusto. Si no fuera por esto no me sabría mal la manera que tuve de emplear el tiem-

po. ¡Han sido tantas las cosas que he aprendido de las que no estaban apuntadas en el programa! He leído diecisiete novelas y un sinfín de poesías; novelas verdaderamente necesarias, como "Feria de Vanidades", "Ricardo Feverel", "Alicia en el país de las maravillas". Así como también los "Ensayos de Emerson", "Corazones de hielo" de Curwood, "Vida de Scott", el primer volumen del "Imperio Romano", de Gibbon, y la mitad de la vida de Benvenuto Cellini. ¿No es esto interesante? Benvenuto es aquel que haraganeaba mucho y que casi todos los días mataba casualmente a un semejante antes de comer.

¿Ve usted, papaíto? Soy muchísimo más instruída que si me hubiera dedicado únicamente al latín. ¿Quiere usted perdonármelo por esta vez, si le prometo que nunca más me volverá a ocurrir?

Suya atribulada,

JUDITH

Querido Papaíto Piernas Largas:

Ésta es una carta extra, porque esta noche estoy muy sola. Hace una tempestad tremenda, la nieve y el viento azotan mi torre. Todas las luces del patio están apagadas, pero he bebido café muy fuerte y no puedo dormir.

He cenado en mi habitación con Sallie, Julia y Leonor Fenton. La cena ha consistido en sardinas, carne asada, postres y café. Julia ha dicho que había pasado muy buen rato y Sallie se ha quedado para ayudarme a lavar los platos.

Hubiera sido de gran utilidad para mí dedicar unos momentos a estudiar el latín; pero no hay duda, soy un mal estudiante de latín. Hemos terminado "Livy" y "De Senectue" y ahora estamos dando "De Amicita".

¿Quiere usted suponerse, aunque sea sólo por unos momentos, que es usted mi abuela? Sallie tiene una, y Julia y Leonor tienen dos, y esta noche estuvieron ha-

blando de ellas y comparándolas. Yo no puedo pensar en estas cosas que tanto ansío tener. ¡Es un parentesco tan respetable! Pues bien; si verdaderamente no me hace usted ninguna objeción, voy a regalarle, el día que cumpla los ochenta años, la toca más preciosa de puntilla de Cluny. La vi ayer cuando fuí a la ciudad.

— . . .

Ésta es la campana de la torre de la capilla, que da las doce. Creo que, después de todo, he acabado por tener sueño.

Buenas noches, abuelita.

La quiere con toda el alma,

JUDITH

A primeros de marzo.

Querido P. P. L.:

Estoy estudiando la composición de la prosa Latina. Tendré que estudiarla. Casi acabo de estudiarla. Mis segundos exámenes se celebrarán a las siete del próximo martes y voy a que me aprueben o reviento. Próximamente sabrá usted que soy completamente feliz y estoy libre de molestias, o bien que estoy hecha pedazos.

Tan pronto como concluyan los exámenes, le escribiré a usted una carta muy extensa. Hoy tengo una apremiante cita con el ablativo "Absoluto".

Su atareadísima,

J. A.

Marzo, 20.

Señor P. P. L. Smith:

Señor: Usted no contesta nunca a ninguna de mis preguntas, ni demuestra el más pequeño interés por lo que

hago. Es usted probablemente el consejero más horrible entre los horribles, y si usted me educa es, seguramente, no porque yo le importe un bledo, sino por el sentimiento del deber.

No sé de usted absolutamente nada. Incluso ignoro su nombre. Inspira muy poco escribir a una cosa. Tengo la seguridad de que mis cartas van a parar al cesto de los papeles sin ser leídas. De hoy en adelante sólo le escribiré lo que se refiera a mi trabajo.

La semana pasada volví a examinarme de latín y geometría. Los he aprobado. Estoy por lo tanto satisfecha.

Suya affma.,

JUDITH ABBOT

2 de abril.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Soy una IMBÉCIL.

Le ruego olvide la carta descortés que le mandé la semana pasada: la noche que la escribí me sentía terriblemente sola, desgraciada y con un gran dolor de garganta. No sé con certeza lo que he tenido, pero he pasado y estoy pasando aún una amigdalitis, una gripe y una mezcla de no sé cuántas cosas más. Hace seis días que estoy en la enfermería; hoy, por primera vez, me han permitido sentarme y coger el papel y la pluma. La enfermera mayor es muy autoritaria. Durante estos días he pensado mucho y me parece que no me pondré del todo buena hasta que usted me haya perdonado.

Le envío un dibujo para que se pueda hacer cargo de lo que parezco, con el vendaje colocado alrededor de la cabeza y terminado por dos grandes orejas de burro.

¿No es verdad que mi retrato despierta su simpatía?

He padecido una inflamción de las glándulas sublinguales. ¿Querrá usted creer que, después de haber estudiado fisiología durante un año entero, no tenía la menor idea de la existencias de estas glándulas? ¡Qué cosa tan fútil es la educación!



No puedo escribir más: cuando estoy sentada demasiado rato pierdo el equilibrio.

De corazón le repito que perdone mi impertinencia e ingratitud: me han educado muy mal en el Asilo. Suya de corazón,

JUDITH ABBOT

Enfermería
4 de abril.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Ayer tarde, al anochecer, hallábame sentada en la cama mirando como llovía y suspirando por la soledad de mi vida a pesar de encontrarme en un gran colegio. Entonces entró la enfermera con una gran caja blanca dirigida a mí, llena de los más bellos capullos de rosa. Lo que más me gustó fué la tarjeta que los acompañaba, en la que había escrita una cortés dedicatoria con una letra diminuta que, a pesar de sus dimensiones, demuestra un gran carácter. Mil gracias, papaíto. Sus flores son el primer regalo verdadero que he recibido en mi vida. Para que sepa usted lo muy niña que soy, he de confesarle lo mucho que lloré de felicidad.

Ahora que tengo la seguridad de que lee usted mis cartas, las escribiré mucho más interesantes, por lo que tendrá usted que guardarlas cuidadosamente; sólo le su-

plico que queme aquella que usted sabe. Me castigaría cuando pienso que fuí capaz de mandársela y que puede usted volver a leerla.

Gracias, por haber convertido en felicidad la tristeza, las dolencias y los tormentos de una pobre muchacha. Probablemente tiene usted numerosa familia y muchos amigos que le quieren, por lo que le es difícil saber lo que siente el que, como yo, no tiene a nadie.

Adiós. Ahora que sé que es usted verdaderamente una persona, le prometo no volver a ser nunca mala, y, además, no molestarle nunca con nuevas preguntas.

¿Continúa usted odiando a las muchachas?

Suya siempre,

JUDITH.

Lunes, 8 de la mañana.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Confío en que no es usted el consejero que se sentó encima del sapo. Según mis noticias, aquél dió un brinco muy patoso, por lo que yo pienso que debía tratarse de algún consejero regordete.

¿Se acuerda usted de las pequeñas aberturas enrejadas que había en las ventanas que daban a los lavaderos del Asilo de John Grier? Cada primavera, cuando llegaba la época de la caza, acostumbrábamos a coleccionar sapos y a colocarlos en dichas aberturas. A menudo, en los días de lavado, se introducían en la estancia, ocasionando preciosísimas escenas. Nos castigaban severamente por estas diabluras; pero, a pesar de ello, no nos descorazonábamos y continuábamos cogiendo sapos.

Una vez, a uno de los más gordos y de los más juiciosos de la colección, se le ocurrió ponerse en uno de aquellos grandes sillones de cuero del salón de actos y, precisamente, en un día de sesión. No quiero explicarle

nada más. Usted, que estaba presente, debe recordar el resto.

Después del tiempo transcurrido, juzgo la acción des-
apasionadamente y considero muy merecido el castigo
que nos aplicaron.

Estas reminiscencias tienen por origen, sin duda alguna, el comienzo de la primavera y la reaparición de los sapos que, por instinto, despiertan en mí deseos de adquirirlos. Lo único que me hace abandonar la idea es la facilidad que tendría para guardarlos, porque no está prohibido tenerlos.

Después de la oración. Jueves.

¿Qué libro cree usted que es mi favorito? Quiero decir en este momento, ya que cada tres días varío. "Wuthering Heights". Emilia Bronté, cuando lo escribió era muy joven aún y no había atravesado los límites del cementerio de Haworth. Y no habiendo conocido nunca a ningún hombre, ¿cómo pudo inventar a ese Heathcliffe?

Yo no podría hacerlo. Soy bastante joven y, si no hubiese salido en mi vida del Asilo de John Grier, no hubiera tenido probabilidad de conocer ninguno. A veces tengo un miedo atroz de no ser un genio. ¿Se disgustaría usted mucho, papaíto, si no llegara a ser una gran escritora? En la primavera, en que todo es tan hermoso, y los campos son verdes, y los arbustos están cargados de capullos, anhelo volver la espalda a mis lecciones para jugar y correr. ¡Son tantas las aventuras que pueden ocurrir al aire libre! Decididamente, es mucho más agradable vivir los libros que escribirlos.

¡¡Ay!!...

Éste es un chillido que han dado Sallie, Julia y la estudiante de último año al atravesar el salón. De ello ha tenido la culpa un asqueroso ciempiés. En el momento en que terminaba la frase anterior y estaba pensando

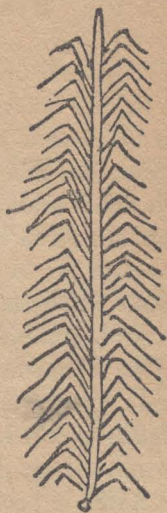
la próxima, ¡pum!, el animalucho se desprende del techo y se cae a mi lado. He golpeado la mesa para echarlo. Sallie le dió con el revés de un cepillo de los cabellos, que ya no usaré más, y ha partido el bicho por la mitad, lo que no ha sido obstáculo para que los cincuenta pies que quedaban con la cabeza se escapan por debajo de la mesa.

Este dormitorio, por lo viejo que es y por tener las paredes cubiertas de hiedra, está lleno de esos bichos despreciables llamados ciempiés. Preferiría encontrar un tigre debajo de la cama.

Viernes. A las 9,30.

¡Qué serie de peripecias! Esta mañana oí la campana que nos avisa la hora de levantarnos y, luego, con las prisas, he roto la cinta del zapato y se me ha escurrido el gemelo del cuello. He llegado con retraso, tanto para almorzar como para la primera clase. Se me ha olvidado coger el secante y mi pluma estilográfica goteaba. En la clase de trigonometría he sostenido una discusión con el profesor sobre los logaritmos y después he comprobado que él tenía razón. Para comer nos han dado carnero y una empanada, dos cosas para mí aborrecibles, pues saben a asilo. El correo sólo me ha traído facturas (aunque no quiera decirlo, mi familia es de las que no escriben). Esta tarde, en la clase de inglés, hemos tenido una lección escrita, inesperada. Decía así:

*Ante la afrenta, fieros brillaron
los ojos tristes del mercader;
mas nada dijo, que no insultaron
jamás los suyos a una mujer.*



*Miró las rosas que eran su orgullo
y de las rojas, una cortó:
suspiró triste, besó el capullo
y entre sus manos la deshojó.*

Esto es un poema. No sé ni quién lo ha escrito, ni qué es lo que quiere decir. Cuando llegamos lo vimos escrito en la pizarra y nos mandaron hacer varios comentarios acerca del mismo. Al leer la primera cuarteta, creí tener una idea brillante. "El mercader debe ser una divinidad que devuelve bien por mal", pensé. Pero leí la segunda cuarteta, en la que destrozaba una rosa, y me pareció que había blasfemado al hacer aquella suposición, y, como es natural, cambié rápidamente de idea. Toda la clase estaba en el mismo laberinto, y permanecemos sentadas durante unos tres cuartos de hora frente a unos papeles en blanco y con la imaginación más en blanco todavía. ¡Me permito decir después de esto que la educación representa un horrible proceso!

No fué éste, sin embargo, el final del día; lo peor fué lo que siguió. Llovía tanto que no hemos hecho gimnasia. La joven que estaba a mi lado me lastimó el codo con una maza. Al volver a mis habitaciones encontré la caja que contiene mi vestido de verano, que ha llegado ya, y cuya falda es tan exageradamente estrecha que me impide sentarme. El viernes es día de fregar, y la criada, con la intención de arreglar el pupitre, me ha mezclado todos los papeles. Para postre nos han dado leche y gelatina espolvoreada con semilla. Nos han hecho estar en la capilla veinte minutos más de lo que tenemos por costumbre, para que oyéramos un sermón sobre las mujeres. Por fin, con verdadera alegría, me senté en mi cuarto, y cuando empezaba a leer "El retrato de una dama", una chica que se llama Acherly, cuyo rostro tiene una expresión tonta, mortecina y estúpida y a la que durante la clase de latín hacen sentar a mi lado porque su nombre empieza

también con A (no sé por qué la señora Lippett no me pudo poner Zabriski), ha entrado a preguntarme si la lección del lunes era la 69 ó la 72 y ha permanecido una hora conmigo. En este momento acaba de marcharse.

¿Le han ocurrido a usted alguna vez una serie tan numerosa de peripecias? No es para las grandes penas de la vida para lo que es necesario tener carácter. Todo el mundo puede atravesar una crisis y enfrentarse con una tragedia con valor; pero creo que para salvar todas las pequeñas dificultades del día con una sonrisa, se necesita tener espíritu.

Ésta es la clase de carácter que estoy procurando desarrollar. Abrigo la esperanza de llegar algún día a considerar la vida como un juego con el que debo jugar de la manera más hábil y más alegre que pueda. Si pierdo me encogeré de hombros y me reiré, y si gano, haré lo mismo.

De todos modos, voy a ser valiente. No me oírás usted quejarme más, querido papaíto, a pesar de que Julia lleve medias de seda ni de que me caigan los ciempiés.

Suya siempre,

JUDITH.

27 de mayo.

Al señor Papaíto Piernas Largas:

Querido señor: Acabo de recibir una carta de la señora Lippett, en la que me dice que espera que yo adelante tanto en los deportes como en los estudios, y que, si como es probable, no tengo ningún sitio a donde ir a pasar el verano, con gusto me recibirá en el Asilo para que trabaje hasta que se abran de nuevo las clases.

“ABORREZCO EL ASILO DE JOHN GRIER”.

Prefiero morir antes que volver a él.

Su afectísima,

JESUSA ABBOTT.

Cher Daddy-Jambes-Longues:

Vous êtes un barbián!

Je suis très heureuse en lo que se refiere a la granja, parce que je n'ai jamais estado en una granja dans ma vie y aborrezco retourner chez John Grier et lavar platos tout l'été. Tengo miedo que me ocurra quelque chose affreuse, parce que j'ai perdu mon humilité d'autrefois y temo que si quelque jour, salgo de aquí tenga que fregar todo lo de la maison.

Pardon brièveté et papel. Je ne peux pas enviar des nouvelles parce que je suis dans la clase de francés y tengo miedo que el profesor me llame tout de suite.

¡Y me ha llamado!

Au revoir.

Je vous aime beaucoup.

JUDITH.

30 de mayo.

Querido Papaíto Piernas Largas:

¿Ha visto usted nunca este patio? (Ésta es una sencilla pregunta, aunque lejos de mi pensamiento la idea de molestarlo). En el mes de mayo parece un trozo de cielo. Todos los arbustos están cubiertos de capullos y los árboles son del color verde más bonito que existe; hasta los viejos pinos toman aspecto juvenil. Los prados se hallan sembrados de florecitas amarillas y de centenares de niñas vestidas con alegres vestidos azules, encarnados y blancos. La alegría anida en todas las almas y se esperan con entusiasmo las vacaciones sin pensar ni por asomo en los exámenes.

¿No es una felicidad vivir aquí? Y ¡oh, papaíto! ¡Soy la más feliz de las mujeres! Porque no estoy en el Asilo y porque no soy ni la camarera, ni la mecanógrafa,

ni el ama de llaves de nadie (no lo sería de nadie en el mundo, exceptuando a usted).

Actualmente, lamento todas mis anteriores diabluras.

Siento haber sido impertinente con la señora Lippett.

Siento haber sacudido con brusquedad a Freddie Perkins.

Siento haber llenado la azucarera de sal en diversas ocasiones.

Y siento, por último, haber hecho muecas a espaldas de los consejeros.

Por lo muy feliz que ahora soy, de aquí en adelante seré buena, cariñosa, y amable con todo el mundo, y este verano voy a ponerme a escribir, a escribir, a escribir hasta lograr convertirme en una gran escritora. Qué resolución tan extraordinaria, ¿no? Nada, que empezaré a cultivarme un carácter ideal. Ahora es un poco impulsivo, pero ya procuraré que resulte siempre admirable. Todo el mundo dice lo mismo; yo, sin embargo, no estoy de acuerdo con la teoría de que la tristeza, la adversidad y los desengaños desarrollan la fuerza moral. La gente feliz es aquélla a la que le rodea el bienestar. No tengo fe en los misántropos. (Palabra graciosa, ¿eh? Acabo de aprenderla). Usted no es un misántropo, ¿verdad, papaíto?

Me he distraído y no le he explicado lo que quería, referente al patio. Desearía que viniera usted a hacerme una visita; daríamos un paseo por él y le diría: "Esto es la librería, éste el invernadero; la construcción gótica de su izquierda es el gimnasio y aquella de enfrente la enfermería".

¡Oh! Hago muy bien de cicerone; toda mi vida lo he estado haciendo en el Asilo, y ahora sigo haciéndolo aquí.

También sé hacerlo, aunque se trate de un caballero.

Lo que significa que tengo gran experiencia. No había hablado nunca con ningún hombre (exceptuando cierto número de consejeros, los que para mí no cuentan). Mil

perdones, papaíto; no quiero molestarle con pullas acerca de los consejeros. Yo no le cuento a usted entre ellos. Estoy convencida de que la casualidad le hizo formar parte de la Junta. Todos los consejeros son gordos, pomposos y benévolo, acarician la cabeza de los asilados y llevan siempre reloj con cadena de oro.



Esto parece una sabandija; pero tiende a ser el retrato de todos ellos, excepto el suyo.

Vuelvo a lo que le contaba.

Me paseé, charlé y tomé el té con un caballero, un gran caballero: el señor Jervis Pendleton, pariente de Julia, su tío carnal. Hallándose en la ciudad para resolver varios negocios, se le ocurrió venir al colegio a

visitar a su sobrina. Es el hermano menor de su padre, con el que según dice no se visita muy a menudo. Parece ser que cuando Julia era un bebé, a él no le gustaba la pequeña y nunca se ha ocupado de ella.

Lo encontré sentado en el saloncito muy dignamente, al lado de su sombrero, su bastón y sus guantes. Julia y Sallie me habían ido a buscar, rogándome le invitase a dar una vuelta por el patio en vista de que a ellas no les dispensaban de dar la lección que les tocaba a las cinco. Acepté por cortesía y sin entusiasmo, ya que los Pendleton no me interesan mucho que digamos.

Pero me equivoqué; este Pendleton es un racional que no tiene nada de Pendleton. Pasamos un rato delicioso. Desde entonces pienso en lo mucho que me gustaría tener un tío. ¿Se le ocurre a usted alguna vez figu-

rarse que es mi tío? Creo que hay algunos que son superiores a las abuelas.

El señor Pendleton me hizo pensar en lo que debía ser usted, Papaíto, veinte años atrás. No le extrañe nada de lo que le digo, pues aunque no le haya visto nunca, le conozco íntimamente.

Es alto y delgado, de tez morena, facciones marcadas, y sonrisa en la que apenas se le marcan unas arrugas en los extremos de la boca. El señor Jervis tiene, además, un sistema encantador para familiarizarse con todo el mundo. Tanto es así que, al poco rato de conocerlo, me consideré como si fuera amiga suya de toda la vida.

Nos paseamos por todo el patio, desde el cuadrángulo hasta el gimnasio, y al llegar allí dijo que se sentía débil y quería tomar el té. Me propuso nos fuéramos al restaurante del Colegio, que está situado fuera del patio, en la avenida de los pinos. Objeté que podríamos ir a buscar a Julia y Sallie, a lo que se negó, manifestando que su sobrina tomaba demasiado té y se pondría nerviosa. Por cuya razón nos fuimos solos y tomamos té con tostadas y bizcochos, en una mesita de la terraza. El restaurante estaba casi vacío, lo que es muy natural a últimos de mes, época en que los fondos están agotados. ¡Pasamos el rato deliciosamente! Al salir, tuvo que apresurarse para que el tren no se le escapara, y apenas si tuvo tiempo de saludar a Julia que se puso furiosa conmigo porque me lo había llevado. Según dicen, es un tío bastante rico, a quien vale la pena retener. Esto de que sea rico es muy probable, ya que lo que tomamos le costó bastante.

Esta mañana (estamos a lunes) hemos recibido tres cajas de bombones, una para Julia, otra para Sallie y la tercera para mí. ¿Qué me dice usted de eso? ¡Verme obsequiada por un caballero!

Empiezo a creer que soy una joven como las demás y no una huérfana.

Desearía que un día viniera usted a verme y me lle-

vara a tomar té; así me sería dable saber si me es usted simpático. ¡Qué desgracia si no me lo fuera! No puede ser; estoy segura de que me gustaría.

"Bien". Le envió mis saludos.

"Jamai je ne t'oublierai".

JUDITH.

P. D. — Esta mañana, al mirarme al espejo, he visto que tenía un hoyuelo en el que nunca me había fijado antes; es muy curioso. ¿De dónde cree usted que puede proceder?

19 de junio.

Querido Papaíto Piernas Largas:

¡Día feliz! ¡Acaban de aprobarme en Fisiología, la única asignatura que me faltaba, y ahora, a pasar tres meses en la granja!

No sé lo que es una granja; no he estado en ninguna en mi vida. Solamente he visto una desde la ventana de mi habitación; pero estoy segura de que me encontraré en ella muy a gusto y sobre todo maravillada de sentirme libre.

—¿Piensa usted quizá enviarme algún preceptor durante el verano?

La autoridad nominal de usted no me molesta en lo más mínimo. Lo considero demasiado lejos para que pueda usted causarme daño alguno. La señora Lippett ha muerto para mí, y espero que los Semple no se inmiscuirán en mis asuntos. Vamos, estoy convencida de que me dejarán en paz. ¡Ya soy casi vieja!

Hago punto final para arreglar la maleta y tres cajas con libros, almohadones y enseres de té.

Suya siempre,

JUDITH.

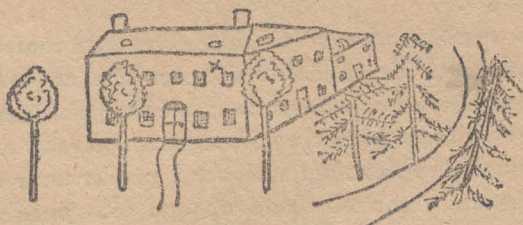
P. D. — Le incluyo el tema de mi último examen.
¿Cree usted que en mi lugar le hubieran aprobado?

Granja de los Naranjos.

Sábado noche.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Acabo de llegar y todavía no he tenido tiempo de deshacer el equipaje; pero me ha gustado tanto la granja que no quiero esperar más para decírselo. Es un pedazo de cielo. La casa es cuadrada como demuestra este dibujo.



Y vieja, de un siglo aproximadamente. Tiene en los dos lados unos balcones y en la entrada principal un gran pórtico. Verdaderamente, el dibujo no es muy exacto; eso que por su aspecto se asemeja a unos plumeros, son arces, y lo que parece el lomo de un puerco-espín, son hermosos pinos. La casa está situada en la cima de una colina, con vistas a una extensión inmensa de verdes prados que terminan en otra colina.

He aquí la configuración del estado de Connecticut. Por su forma da una idea aproximada de lo que es la



ondulación Marcel. La granja de los Naranjos está precisamente en la cresta de una de las ondulaciones.

El otro día, un simpático rayo quemó los pajares que los granjeros tienen la mala costumbre de colocar en el borde de la carretera sin darse cuenta de que son obstáculo para la vista.

Los granjeros son el señor y la señora Semple, al servicio de los cuales se encuentran dos criados y una criada. Los criados comen en la cocina, y los Semple y Judith en el comedor. Hoy, para cenar, había jamón, huevos, bizcochos, jalea, miel, pollo, escabeche, queso, té y amena conversación. En mi vida supuse que pudiera ser tan chistosa; todo cuanto decía, hacía gracia. Esto lo atribuyo a la gran ignorancia que revelaban mis preguntas, lo que es natural, puesto que no he estado nunca en el campo.

No vaya usted a creer que la ventana marcada con una cruz es la de la habitación en que se cometió el crimen, no; es sencillamente la mía. Es grandiosa, con el techo muy alto, y parece vacía, a pesar de estar amueblada con unos muebles muy antiguos y poseer unas ventanas que le hacen a uno el efecto de que sólo pueden sostenerse con ayuda de palos y con postigos verdes adornados con hilos de oro, porque si no se caen. Hay también una gran mesa de nogal, en la que tengo la intención de pasarme muchas horas de este verano, apoyando en ella los codos y escribiendo una novela.

¡Oh papaíto! Estoy tan nerviosa que no sé si podré esperar a que se haga de día para conocer los alrededores. Son las ocho y media de la noche y pienso que debo apagar la vela para intentar dormirme: hemos de levantarnos a las 5. ¿No cree usted que esto es tener suerte? No puedo convencerme de que sea verdaderamente Judith la que la tiene. Dios y usted me han concedido mucho más de lo que me merezco, tengo que ser una persona requetebuena para poder pagar esta deuda.

Buenas noches,

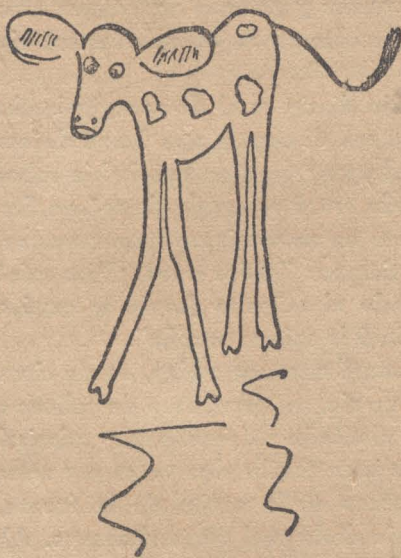
JUDITH.

P. D. — ¡Debería usted oír el canto de las ranas, los chillidos de los cochinillos y ver la luna nueva!

Los Naranjos, 12 de julio.

Querido Papaíto Piernas Largas:

¿Por qué casualidad llegó su secretario a descubrir Los Naranjos? (No crea usted que ésta sea una pregunta cualquiera; me interesa mucho saberlo). Va usted a ver: míster Jervis Pendleton fué el propietario de esta granja,



que hoy día ha traspasado a la señora Semple, su vieja nodriza. ¿Ha visto usted nunca coincidencia tan chocante? Cuando habla de él, la señora Semple, tiene la costumbre de nombrarle con el distintivo de su nombre y me explica siempre lo dócil que era en su infancia. Dentro de una caja, guardado como si fuese una reliquia,

conserva un mechón de cabellos de cuando era niño, y es rubio, casi rojo.

He ganado mucho en la opinión de ella, que ha sabido que le conocía. La mejor carta de presentación para entrar en Los Naranjos, es conocer a un miembro de la familia Pendleton, y la crema de la familia es el señor Jervie; me ha satisfecho saber que Julia pertenece a una rama inferior.

La granja cada día me divierte más. Ayer di unas vueltas subida en la carreta del heno. Tenemos tres cochinos y nueve cochinillos, ¡y hay que verlos comer! ¡Son cochinos! Tenemos también una infinidad de polluelos, gansitos, pavos y gallinas de Guinea. Pudiendo vivir en una granja, comete usted una locura viviendo en la ciudad.

Mi trabajo diario es el de recoger los huevos. Ayer, en el granero, me di contra una lanza de coche al arrastrarme para alcanzar un nido que había robado la gallina negra, y cuando entré cojeando, la señora Semple se puso inmediatamente en movimiento para curarme, murmurando al mismo tiempo: "¡Dios mío!, ¡Dios mío! Parece que fué ayer cuando el señorito Jervie se cayó en el mismo sitio y se lastimó la misma rodilla".

El panorama que nos rodea, es de singular belleza; hay un valle, un río, un sinnúmero de colinas que son todo bosque y una montaña altísima, azul y admirable.

Hacemos mantequilla dos veces por semana y la crema la guardamos en la casita de la fuente, que es de piedra y debajo de la cual corre el arroyo. Algunas de las granjeras de la comarca utilizan un aparato automático, pero yo no soy partidaria de los procedimientos modernos. Naturalmente que resulta más difícil si se hace a mano, pero este esfuerzo no se queda sin recompensa.

Tenemos seis vacas a las que he bautizado.

1. Silvia, porque nació en los bosques.
2. Lesbia, según Lesbia de Catallus.

3. Sallie.

4. Julia, un animal con manchas y sin carácter determinado.

5. Judith, como yo.

6. Papaíto Piernas Largas. No irá usted a enfadarse; ¿no es verdad? La llamo así porque sus patas son muy largas. En fin, el nombre es apropiadísimo.

Aun no he tenido tiempo de empezar mi inmortal novela; la granja me tiene demasiado atareada.

Suya siempre.

JUDITH.

P. D. — He aprendido a hacer bollos.

P. D. (2ª). — Si algún día se le ocurre dedicarse a criar aves de corral, le recomiendo las del Este, que son superiores.

P. D. (3ª). — Me gustaría poderle mandar una caja con mantequilla de la que hice ayer, para que se convenciera de lo bien que la hago.



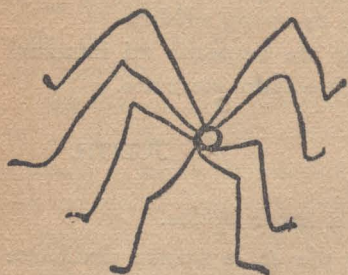
P. D. (4ª). — Este retrato es el de Miss Jesusa, la futura gran escritora, llevando las vacas al establo.

Domingo.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Lo que son las cosas. Ayer por la tarde me propuse escribirle y no bien tuve puesto "Querido Papaíto Piernas

Largas", recordé que había prometido coger algunas moras para el postre de la cena; dejé el papel en la mesa y me marché. Cuando he vuelto hoy a la mesa, ¿qué dirá usted que he encontrado encima de la página? Una araña, un verdadero "Papaíto Piernas Largas" ⁽¹⁾.



Lo he cogido muy suavemente por una pata y lo he echado por la ventana. Por nada del mundo lastimaría a ninguna araña de esta clase; me hacen pensar mucho en usted.

Hoy es domingo.

Amasai, el criado, con una corbata purpúrea, unos guantes amarillos, muy encarnado y afeitado, acaba de marcharse con Carrie (la criada), que lleva puesto un sombrero adornado con rosas encarnadas y un traje de muselina azul y va rizada como una mulata. Amasai se ha pasado toda la mañana lavando el cabriolet y Carrie, en vez de ir a la iglesia, se ha quedado en casa para hacernos la comida según ella, pero en realidad, para planchar su vestido de muselina.

Dentro de dos minutos, cuando termine esta carta, iré a leer un libro titulado: "Sobre la Pista", que he encontrado en la bohardilla y en cuya primera página, con hermosa caligrafía, hay escrita la siguiente nota:

(1) Cierta clase de arañas, por sus largas patas, se llaman en Inglaterra "Papaíto piernas largas".

*“Si este libro se perdiera,
lo que puede suceder,
piense siempre el que lo encuentre
que no es de conde ni marqués
sino de un pobre estudiante
que lo ha de menester.*

JERVIE PENDLETON”.

Una vez, cuando tenía once años estuvo enfermo, se pasó todo un verano aquí y se olvidó este libro, después de haberlo leído muchas veces, lo que se advierte viendo las numerosas marcas de su manitas sucias. En uno de los rincones de la bohardilla hay también un aro, un molinete, arcos y flechas. La señora Semple me habla tan a menudo de él, que creo verdaderamente que, en vez de ser un joven respetable con sombrero de castor y bastón de paseo, es un chiquillo simpático, travieso y sucio, que sube alborotando por las escaleras, se entretiene en dejar abiertas las puertas del corral y pide constantemente bollos (que se come. ¡Hay que conocer a la señora Semple!) Era, por lo que de él explican, una almita aventurera y elevada, valerosa y franca. Siento que sea un Pendleton, estaba destinado a ser algo más.

Mañana empezaremos a trillar avena. Vendrá una máquina de vapor y tres operarios.

Siento decirle que Mantequilla (la madre de Lesbia, la vaca con manchas) ha hecho una cosa muy fea. El viernes pasado se introdujo en el huerto debajo de los manzanos y empezó a comer manzanas hasta saciarse, de lo que le resultó una indigestión que le ha durado dos días. ¿Qué me dice usted de estas cosas tan escandalosas?

Su huérfana afectísima,

JUDITH ABBOTT.

P. D. — Indios en el primer capítulo y salteadores de camino en el segundo; tengo gran interés en saber

cuál será el contenido del tercero. "El Halcón Rojo dió un salto de veinte pies y se murió". Tal reza la inscripción de la lámina. ¿Verdad que Judy y Jervie se divierten mucho?

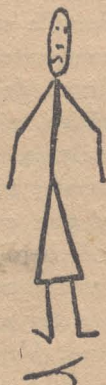
15 de septiembre.

Querido Papaíto:

Ayer tarde fuí a Corners y me pesé en la báscula general de los cereales. ¡He ganado cuatro kilos! Permítame que le recomiende "Los Naranjos" como poderoso reconstituyente.

Suya siempre,

JUDITH.



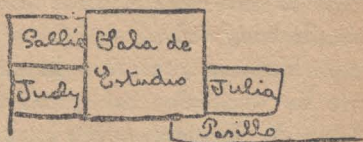
25 de septiembre.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Regresé el viernes pasado, disgustada de abandonar "Los Naranjos", a la par que satisfecha por ver de nuevo al patio. ¡Qué sensación tan agradable la de volver a un sitio familiar! Empiezo a sentirme en casa en el colegio, y mi situación ya no es la del que se encuentra aislado en el mundo. Pienso que pertenezco verdaderamente al mundo y no creo ya que soy un estorbo.

Supongo que no adivinará usted lo que quiero decir. Un personaje tan importante como debe ser un consejero, no puede apreciar los sentimientos de un personaje tan vulgar como un asilado.

Y ahora, papaíto, ponga usted atención. ¿Quiénes supone usted que son este año mis compañeras de habitación? Sallie Mac Bride y Julia Rutledge Pendleton. Tenemos un saloncito de estudio y tres dormitorios—*voilà!*



La primavera pasada, Sallie y yo dijimos que nos gustaría mucho estar juntas, y Julia, por su parte, dijo que también quería estar con Sallie, lo que no comprendo, porque no se parecen en nada. Pero los Pendleton son conservadores por naturaleza y enemigos (¡qué bonita palabra!) de cambios. A pesar de todo, aquí estamos y figúrese usted a Jesusa Abbott, antiguamente del Asilo de John Grier, hospedada con una Pendleton. ¡Cómo se conoce que vivimos en tiempos democráticos!

Sallie se ha presentado candidato a presidenta de la clase. Creo que lo será si no fallan los actuales indicios... ¡Hay tal atmósfera de intriga! Esto demuestra lo políticas que somos. Le digo a usted, papaíto, que cuando nos concedan a las mujeres nuestros derechos, ya pueden ustedes, los hombres, velar por los suyos. Las elecciones serán el próximo sábado, y proyectamos celebrar el resultado haciendo una procesión al anochecer, con antorchas, sea quien fuere la que gane.

He empezado a estudiar la química, que es lo más raro que existe. Hasta ahora nunca se me había ocurrido que existiera nada semejante. Como material empleamos las Moléculas y los Átomos; excúseme, dentro de un mes estaré en mejores condiciones para hablar con más acierto.

Estudio también lógica y argumentación.

Como también Historia Universal.

Como también las comedias de William Shakespeare.

Como también el francés.

Si esto dura algunos años, no hay duda que acabaré siendo muy culta.

Hubiera preferido la economía al francés, pero no me he decidido; así quedaré libre en los exámenes de junio. Y entonces, como excusa a mis propósitos, diré que mi preparación para la escuela superior no era muy adecuada.

En la clase sólo hay una chica que hable tan correctamente en francés como en inglés, lo que es natural, puesto que estuvo en un colegio francés del extranjero durante tres años. Imagínese usted qué diferencia tan enorme es la que existe entre ella y el resto de la clase; para ella, los verbos irregulares son un entretenimiento. ¡Cuánto hubiera deseado yo que mis padres me hubiesen puesto en un colegio francés, en vez de encerrarme en un asilo!

¡Oh, no! No crea usted esto, ya que ahora pienso que, de ser así, no hubiera tenido ocasión de conocerlo, y prefiero mil veces su amistad, al francés.

Adiós, papaíto. Voy a ver a Enriqueta Martín para discutir con ella sobre algunos puntos de química y, así como por casualidad, no dejaré de decir algunas palabras acerca de la elección de nuestra futura presidenta.

Políticamente suya,

J. ABBOTT.

17 de octubre.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Suponiendo que la piscina del gimnasio estuviera llena de gelatina de limón, una persona que tratase de nadar, ¿flotaría o se hundiría?

El origen de esta pregunta ha sido que hoy nos han

dado de poñtre jalea de limón. Hemos discutido más de media hora, abandonando la discusión sin llegar a un acuerdo. Sallie dice que se podría nadar. Mi parecer es que el mejor nadador del mundo, no tardaría en hundirse. ¿No cree usted que sería agradable ahogarse en jalea de limón? Dos problemas más han mantenido despierta nuestra atención durante la comida.

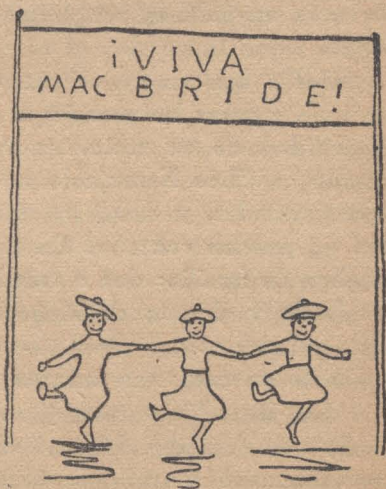
1º ¿De qué forma son las habitaciones de una casa octógona? Algunas niñas sostienen que serían cuadradas. A mi modo de ver su forma será la de una empanada. ¿No tengo razón?

2º Supongamos que tenemos una gran esfera hecha por completo de espejos y que usted está sentado dentro. ¿En dónde terminará de reflejarse su cara para empezar a reflejarse su espalda? Cuanto más interés ponemos en resolver este problema, más intrincado se nos presenta. ¡Dígame usted si no es filosofía profunda la que ocupa nuestro recreo!

¿Le he dicho el resultado de las elecciones? Se celebraron hace tres semanas; pero aquí el tiempo transcurre con tal rapidez que lo de tres semanas atrás ya pertenece a la historia antigua. Pues bien, fué elegida Sallie. Hicimos una procesión con antorchas, unos carteles que decían: ¡Viva Mac Bride! y una banda compuesta de catorce

instrumentos (tres órganos bucales y once peines).

En el "258" somos personajes importantes, ya que



tanto a Julia como a mí nos cobija la aureola de la gloria.
¡Qué fuerza social tan extraordinaria se disfruta al convivir
con una presidenta!

*Bonne nuit, cher papaíto.
Acceptez mes compliments.
Tres respectueux.
Je suis votre,*

JUDITH.

12 de noviembre.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Ayer, en el juego de pelota, ganamos a las de primer año. Naturalmente estoy muy contenta, pero me gustaría muchísimo más derrotar a las de último año. No me importaría convertirme en arco iris y quedarme una semana en cama, envuelta en compresas de gasa, con tal de derrotarlas.

Sallie, que vive en Worcester, Massachusetts, me ha invitado a pasar las vacaciones de Navidad con ella. Qué amabilidad de su parte, ¿no? Exceptuando el tiempo pasado en "Los Naranjos", no he estado nunca en una casa particular, y como los Semple son ya muy viejos, casi no pueden contarse. En cambio, los Mac Bride son muchos de familia: dos o tres hijos, la madre, el padre, la abuela y el gato de Angora. Una familia completa. Hacer el equipaje y marcharse es mucho más bonito que quedarse en casa; me encanta realmente la perspectiva.

Las siete. Voy corriendo al ensayo; estamos preparando una comedia. Un príncipe que en su castillo va constantemente vestido con túnicas de terciopelo y bucles dorados. ¡Qué delicia!

Suya,

J. A.

Sábado.

¿Tiene usted interés en conocerme? Le adjunto una fotografía de nosotras tres, hecha días atrás por Leonor Fenton.

La que se sonríe es Sallie, la más alta, de nariz respingona, es Julia, y la pequeña, cuyos cabellos vuelan por su cara, es Judith. El original es más bonito que el retrato, lo que no debe extrañar si se tiene en cuenta que el sol le daba en los ojos.

Stone Gate, Worcester, Mass.

31 de diciembre.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Deseaba escribirle dándole las gracias por el envío del cheque de Navidad, pero la vida en el hogar de los Mac Bride es tan absorbente que no se tiene libre ni un solo minuto para pasarlo delante del pupitre.

Me he comprado un vestido nuevo. No es que lo necesitase, precisamente; ha sido un capricho. Este año sólo he recibido el regalo de Navidad de Papaíto Piernas Largas; mi familia se ha limitado a felicitarme.

Son admirables las vacaciones que estoy pasando con Sallie. Vive en una vastísima casa de piedra, de antigua construcción, con unos zócalos blancos en la calle, exactamente igual a las casas que yo había visto desde el Asilo de John Grier y que despertaban en mí una viva curiosidad de visitar su interior, cosa que no esperé poder realizar nunca. Todo en ella es confortable, apacible. No me canso de ir de una habitación a otra y me embeleso admirando los muebles.

Es la casa más apropiada para jugar al escondite;

estufas para cocer avena, una bohardilla para jugar los días de lluvia, barandas resbaladizas con hermosos pomos y una cocina grandiosa llena de sol, en la que un cocinero bonachón y regordete, que hace treinta años que presta sus servicios a la familia, es a menudo cómplice de los pequeñuelos y siempre les reserva algo especial para sus juegos. Teniendo a la vista esta casa, se desearía volver de nuevo a la infancia.

¡En cuanto a la familia!... Mi mente no concebía que pudiera existir tanta gentileza. Sallie tiene madre, padre, abuela, una hermana de tres años de edad muy buena y con preciosos cabellos rizados, un hermano mayorcito, que se olvida siempre de limpiarse los zapatos, y un alto y simpático hermano mayor llamado Juan, que, durante la época de las clases, está en la escuela de Princeton haciendo sus estudios superiores.

He hecho tantas cosas que no sé por dónde empezar mi relato. El señor Mac Bride es fabricante y el día de Navidad arregló un árbol magnífico para los niños en el salón, que adornaron con siemprevivas y hortensias. Juan Mac Bride iba vestido de San Nicolás y Sallie y yo le ayudamos a distribuir los regalos.

Querido papaíto, ¡qué bonito me pareció todo aquello! Me sentía tan bondadosa como los accionistas del Asilo de John Grier. Di un beso a un niño gracioso y delicado; lo que no recuerdo es si he llegado a acariciar la cabeza de ninguno de ellos.

Dos días después de Navidad, dieron un baile en honor mío. Ha sido mi primer baile, ya que a eso de bailar en el colegio con las otras niñas no se le puede llamar baile. Me puse un vestido blanco de *soirée* (su regalo de Navidad; muchísimas gracias), unos guantes muy largos y zapatos de raso, blancos también. Lo único que me faltó para considerarme perfectamente, enteramente y absolutamente feliz fué que la señora Lippett me

viera bailando el cotillón con Juan Mac Bride. Tenga usted la amabilidad de contárselo en cuanto la vea.

Suya siempre,

JUDITH ABBOTT.

P. D. — ¿Le disgustaría muchísimo, querido papáito, si en vez de llegar a ser una gran escritora, llegara solamente a ser una muchacha feliz?

Sábado, a las 6'30.

Querido Papáito:

Esta tarde hemos ido a dar un paseo por la ciudad, pero ¡brrrr! ¡qué chubasco! Me gusta el invierno cuando es un invierno nevado y no lluvioso.

El anhelado tío de Julia ha vuelto esta tarde a visitarla nuevamente y ha traído una caja de bombones de cinco libras; como usted ve, es ventajoso esto de convivir con Julia.

A lo que parece, nuestra inocente charla le ha distraído y ha esperado la salida del último tren a fin de tomar el té con nosotras. Nos costó mucho obtener permiso. Es muy difícil recibir a los padres y a los abuelos, pero a los tíos es difícilísimo y en cuanto se llega a hermanos y primos, imposible. Julia tuvo que jurar ante un notario público que se trataba de un tío. Pero aun así dudo que hubiésemos tomado el té si el Deán hubiera visto por casualidad cuán joven y simpático resultaba el tío Jervie.

De todos modos allí estaba, frente a los bocadillos suizos de queso y pan moreno. Ayudó a hacerlos y luego se comió cuatro. Le expliqué que el último verano había estado en "Los Naranjos", pasando una temporada agradabilísima con los Semple, los caballos, las vacas y las gallinas. Todos los caballos que él conocía han muerto,

excepto *Grover* que, cuando él lo vió por última vez, era un potro pequeño. Ahora el pobre *Grover* es tan viejo que apenas tiene fuerza para pastar.

Preguntó si continuaban guardando las nueces en el fondo de un estante de la despensa, en una cazuela amarilla cubierta con una tapadera azul, cosa que siguen haciendo. Quiso saber si existía aún debajo de un montón de piedras que hay en el patio, el agujero de las marmotas, que está todavía en el mismo sitio. Amasai, este verano, cogió una gris muy gorda, el número veinticinco

de las nietas de una de las que cogió Master Gervie siendo niño.

Le llamé "Master Gervie" ⁽¹⁾ y no pareció escandalizarse por ello. Julia dice que no recuerda haberlo visto nunca tan amable; habitualmente es huraño. Sin duda, esto es debido a que Julia carece de tacto,



(1) Master se llama, en América del Norte, a los niños de casas ricas.

y con los hombres creo yo que es necesario tener mucho. Si usted dijera lo que siente, convendría conmigo en que cocean. (Esta metáfora no es muy elegante, pero la utilizo en sentido figurado).

Estamos leyendo el diario de María Bashkirtseff. ¡Qué asombroso es! Escuche: "Anoche me sobrecogió una gran desesperación que terminó en sollozos, y concluí por tirar el reloj del comedor al lago".

Esto hace que casi desee no ser un genio. Debe resultar muy desolador serlo, y extraordinariamente destructor para los muebles.

¡Dios mío! ¡Cómo llueve! Esta noche tendremos que ir a la capilla nadando.

Suya siempre,

JUDITH.

20 de enero.

Querido Papaíto Piernas Largas:

¿Ha tenido usted alguna niña que se la robaran de la cuna?

¿Podría ser yo esa niña? Si esto fuese una novela, tendríamos un bonito desenlace, ¿no es verdad?

Es realmente inquietante y romántico. ¡Son tantas las probabilidades! Quizás no soy americana; muchas personas no lo son. Acaso desciendo en línea directa de los antiguos romanos, o acaso sea una hija de la Viking. ¿Y quién sabe si soy hija de un ruso desterrado que por derecho propio pertenece a una prisión de Siberia? También podría suceder que fuera una gitana, lo que algunas veces me he figurado. Soy por temperamento inquieta, aunque no he tenido todavía tiempo de desarrollarlo.

¿Sabe usted algo referente al escandaloso borrón que existe en mi pasado, de aquellos tiempos en que huí del Asilo porque me castigaron tan severamente por

haber robado buñuelos? Lo tienen anotado en los libros y todos los consejeros que quieran pueden leerlo. Pero, Papaíto, ¿qué puede esperarse de una chiquilla de nueve años, con mucho apetito, metida en la despensa limpiando los cuchillos, con una jarra llena de buñuelos a su espalda, si se marchan, la dejan sola, y de repente vuelven para sorprenderla? ¿No es natural que la encuentren en flagrante delito? Y si entonces la sacuden por los hombros, le tiran de las orejas, la hacen salir de la mesa a la hora del postre y explican a todas las niñas que está castigada porque es una ladrona, ¿no le parece a usted que huirá en cuanto se le ofrezca una ocasión? Sólo pude alejarme cuatro millas. En cuanto me cogieron, me hicieron retroceder, y, por último, me tuvieron una semana castigada como a la peor de las niñas, haciéndome permanecer en la clase durante la hora de recreo, mientras las otras se divertían.

¡Oh, papaíto! En este momento acaba de sonar la campana de la iglesia y como tengo que formar parte del comité del *meeting*, hago punto, lo que me contraría, porque esta vez quería escribirle una carta muy graciosa.

Auf wiedersehen.

Cher papaíto.

Pax tibi!

JUDITH.

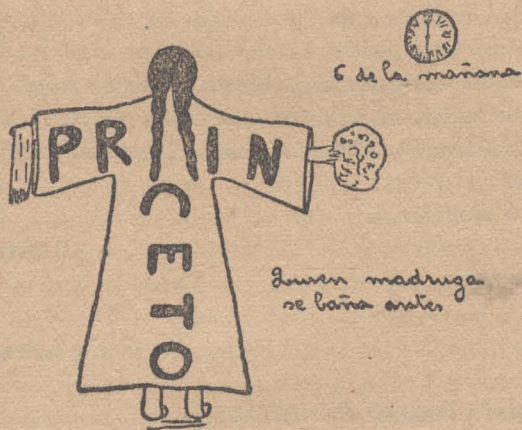
P. D. — Lo único que estoy segura de no ser, es china.

4 de febrero.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Juan Mac Bride me ha enviado una bandera como las de Princeton, tan grande como una pared de las de mi cuarto. Le estoy sumamente agradecida porque se

acuerda de mí, pero no sé qué diablos hacer de ella. Sallie y Julia no quieren, de ningún modo, que la cuelgue. Este año el decorado de nuestra habitación es encarnado y ya puede usted imaginarse el mal efecto que produciría si añadiéramos naranja y negro. Y es tan bonita que lamentó arrinconarla. ¿Qué le parecería si con ella me



hiciera una capa para el baño? La que tengo es vieja y cuando se lavó, se encogió.

Hace mucho que en mis cartas he omitido hablarle de mis estudios. Sin embargo, muy al contrario de lo que usted pueda suponer, me ocupan todo el tiempo. Es una maravilla que le enseñen a una tantas cosas a la vez.

"La mejor prueba de que se es un buen discípulo", dice el profesor de química, "es el apasionamiento que se pone en conocer los más pequeños detalles".

"No seáis tozudos queriéndolos fijar en los detalles más nimios", dice el profesor de historia. "Apartaos lo suficiente para obtener la perspectiva del conjunto".

Vea usted con qué gracia debemos orientar nuestras velas entre la química y la historia. A mi modo de ver, el método del profesor de historia es preferible. Si yo

digo de Guillermo el Conquistador que reinó desde 1492 y de Colón que descubrió las Américas en 1100 ó en 1066 o en otra época, resulta un pequeño detalle en el que el profesor ni se fija. De aquí que se posee una gran seguridad cuando se contesta en historia, que es completamente lo contrario de lo que pasa con la química.

Las seis. Es preciso que me vaya al laboratorio a trabajar un poquito con los ácidos, las sales y los álcalis. El otro día, con ácido clorhídrico me hice un enorme agujero en el delantal. Si la teoría no es un mito, debería poder neutralizar el agujero con álcali volátil, ¿verdad?

La próxima semana tenemos exámenes, pero ¿quién se asusta?

Suya siempre,

JUDITH.

5 de marzo.

Querido Papaíta Piernas Largas:

Sopla un fuerte vendaval de marzo y el firmamento aparece cubierto de pesadas nubes negruzcas y movedizas. Los cuervos en las cimas de los pinos, producen tal clamor, que entran ganas de cerrar los libros y de salir a correr con el viento a través de las colinas.

El sábado último hicimos un *raily paper* de unas cinco millas de recorrido. El zorro lo hacían tres niñas y un medio kilo, aproximadamente, de *confetti*. Marcharon media hora antes que los veintisiete cazadores. Yo era uno de los veintisiete; ocho se decidieron por la orilla del camino, y fuimos nueve los que llegamos a la meta. La pista empezaba en una colina, atravesaba un campo de trigo y seguía por un pantano, de donde tuvimos que salir saltando de piedra en piedra, a pesar de lo cual, algunos de los de nuestro grupo se hundie-

ron hasta el tobillo. Perdimos la pista después de invertir veinticinco minutos en salvar este mal paso. Nos fuimos entonces por los bosques, hasta llegar a la ventana de un granero. Las puertas estaban cerradas; la ventana hallábase situada a una altura regular y sus dimensiones eran bastante reducidas. Yo a esto no le llamo un procedimiento leal, ¿no es verdad? No pasamos por allí, sino que dimos la vuelta, y encontramos nuevamente la pista en el lado opuesto; salía de la parte más alta de la cerca de un cobertizo. Los zorros pensaban que nos perderíamos, pero se equivocaron. El camino continuaba ya en línea recta durante dos millas de prados verdes, bastante difícil de seguir, porque el *confetti* estaba repartido en espacios mayores de seis pies. Pues bien, yo le aseguro que eran los seis pies más grandes que he visto. Finalmente, al cabo de dos horas largas de trotar, cazamos al señor Zorro dentro de la cocina de la Primavera (granja donde van las pensionistas a proveerse de pollos y de todo cuanto les es necesario para las comidas), y encontramos las tres hembras comiendo plácidamente bizcochos con miel y leche. No nos esperaban tan pronto; se creían que todavía estaríamos subidas a la ventana del granero.

Las dos partes insistimos en que habíamos ganado. Yo creo que fuimos nosotras, puesto que las cogimos antes de volver al colegio. Interrumpimos la discusión para pedir con gran algazara que nos sirvieran bizcochos y miel. Y como teníamos apetito, hicimos que la señora Primavera (éste es el nombre cariñoso que damos a la dueña, señora Johnson) nos trajera jamón, fresas y sidra hecha la última semana, y tres panecillos de pan moreno.

No volvimos al colegio hasta después de las seis y media, o sea con treinta minutos de retraso para la comida. Nos sentamos directamente a la mesa, sin cambiarnos de traje y comimos con un apetito devorador.

Y el estado de nuestras botas, fué luego una excusa para librarnos de ir a la iglesia.

No le he hablado de los exámenes. Han transcurrido sin contratiempo; ahora ya estoy al corriente de todos los secretos y no tendré que volver a lamentar ningún suspenso, aunque no creo que llegue a merecer ninguna matrícula de honor. La culpa acháquela a la geometría y prosa latina del primer año. No me importa.

Estoy leyendo los clásicos ingleses. Y, hablando de clásicos, ¿ha leído usted "Hamlet"? Si no lo ha leído, léalo en seguida. Es admirable; yo había oído hablar mucho de Shakespeare, pero no tenía idea de que escribiera tan bien. Siempre sospeché que se le daba más valor del que tenía.

Al empezar a leerlo, inventé un juego muy divertido, que consiste en que, cuando me pongo a dormir, me figuro ser el personaje más importante del libro que estoy leyendo.

En la actualidad soy Ofelia ¡y una Ofelia muy sensible! Distrayo continuamente a Hamlet, le acaricio, le riño, y le arropo si tiene frío. En fin, le he curado de su melancolía. El Rey y la Reina han muerto a consecuencia de un accidente ocurrido en alta mar. Como no ha sido necesaria la ceremonia del entierro, Hamlet y yo pudimos marcharnos a Dinamarca sin sufrir ninguna molestia.

En nuestro reino se trabaja con entusiasmo. Él se cuida del gobierno y yo de las caridades. He fundado algunos asilos de primer orden... Si usted o alguno de los otros consejeros tienen el gusto de visitarlos, estaré encantada de enseñárselos, y creo que encontrarán en ellos un sinfín de ideas modernas y un conjunto admirable.

Queda, señor, suya, cortésmente,

OFELIA
Reina de Dinamarca

Marzo 24 ó 25: no lo sé.

Querido Papaíto Piernas Largas:

No creo que llegue a ir al Cielo, me ocurren cosas demasiado buenas aquí; no estaría bien que además las obtuviese allí arriba. Escuche lo que me ha pasado.

Jesusa Abbott ha ganado el premio (de veinticinco dólares) en el concurso de historietas que celebra anualmente la revista *Monthly*. ¡Y pensar que ha sido una alumna de segundo año la que ha sobresalido, habiendo tantas del último que se presentaron! Cuando vi mi nombre impreso, no pude creer que fuera verdad. ¿Es que acabaré por ser una autora? ¡Cuánto desearía que la señora Lippett no me hubiese puesto un nombre tan tonto! Parece el nombre de un fracasado.

Además, para la obra dramática que damos en primavera he sido escogida para hacer en "Como gustéis" el papel de Celia, la prima de Rosalinda.

Y, por fin, Julia, Sallie y yo, el próximo viernes iremos a Nueva York a hacer algunas compras para la primavera. Permaneceremos allí toda una noche y al día siguiente iremos al teatro con Master Jervie, que nos invitó. Julia pasará el día en su casa y Sallie y yo nos iremos al hotel Washington. ¿Tiene usted idea de una cosa más estupenda? No he pisado en mi vida el suelo de un hotel y no he visto nunca ninguna obra teatral, porque, aunque a veces en alguna fiesta religiosa han hecho alguna, no cuenta. ¿Adivina usted la obra que vamos a ver? "¡Hamlet!" ¡Qué coincidencia! En la clase, durante cuatro semanas, hemos disertado sobre Shakespeare. Me lo sé de memoria.

Todos estos proyectos me tienen tan nerviosa que apenas puedo dormir.

Adiós, papaíto.

Este mundo es de lo más divertido que hay.
Suya siempre,

JUDITH.

P. D. — Acabo de mirar el calendario y veo que estamos a 28.

Otra postdata.

Hoy he visto un conductor de tranvía con un ojo pardo y otro azul. ¿No cree usted que le estaría muy apropiado el papel de traidor de alguna novela policíaca?

7 de abril.

Querido Papaíto Piernas Largas:

¡Vamos! ¡Y que no es inmenso Nueva York! Worcester resulta un cascarón de nuez a su lado. ¿Puedo creer que usted vive actualmente en medio de tanta confusión? Para reponerme del efecto maravilloso que me han producido estos días, estimo que necesitaré algunos meses. Aunque lo deseo, no sé por dónde empezar para explicarle la infinidad de cosas asombrosas que he visto, y que supongo conoce, puesto que vive usted allí.

¡Qué divertidas son las calles! ¡Y la gente! ¡Y los almacenes! Nunca pensé que pudieran verse tantos objetos atractivos en los escaparates. Este espectáculo le induce a uno a comprar vestidos continuamente.

El sábado por la mañana, Sallie, Julia y yo estuvimos de compras. Fuimos a la casa más suntuosa que he visto: paredes blancas y doradas, alfombras azules, cortinas de seda azul y sillas también doradas. Una hermosa dama de cabellos de oro, vestida con un traje negro de seda que terminaba en larguísima cola, nos favoreció con una graciosa sonrisa de bienvenida. Me figuré que estábamos

haciendo una visita, y ya iba a alargarle la mano, cuando me hicieron comprender que nos encontrábamos allí para comprar sombreros. Julia sentóse delante de un espejo y le probaron una docena, a cual más bonito, y ella se compró los dos más bonitos de todos.

No concibo placer mayor que el de sentarse frente a un espejo y escoger cualquiera de los sombreros que le presentan a una sin calcular su precio. No hay duda, papáito, que Nueva York echaría a perder rápidamente este carácter mío estoico y bonachón, que con tanto esmero me han moldeado en el asilo de John Grier.

Y cuando terminamos nuestras compras, nos dirigimos a Sherry a reunirnos con Master Jervie. Imagínese usted aquello, piense luego en el comedor del Asilo de John Grier con sus manteles manchados de aceite, sus cacharros blancos irrompibles y sus cuchillos y sus tenedores con el mango de madera, e imagínese mi emoción.

Para comer el pescado me equivoqué de tenedor. Suerte que el camarero, sin que nadie lo notara, me lo cambió.

Después de la comida fuimos al teatro, que es algo sorprendente, maravilloso, increíble. Todas las noches lo sueño.

¡Qué prodigioso es Shakespeare!

"Hamlet" es superior en las tablas que al analizarlo en la clase. Antes lo admiraba, pero ahora...

Creo, a no ser que usted lo encuentre inconveniente, que podría ser muy bien una actriz en vez de una escritora. ¿Me permitiría usted dejar el colegio para asistir a una escuela de declamación? Luego le mandaría a usted un palco para las funciones en las que yo trabajara y le sonreiría desde las candilejas. Pero tendría usted que llevar una rosa en el ojal para que le conociera. De este modo me cabría la seguridad de que mi sonrisa no iría equivocada, ya que sería muy chocante sufrir una equivocación parecida.

El sábado por la noche emprendimos el viaje de regreso. Cenamos en el mismo tren, alrededor de unas pequeñas mesitas, con lámparas encarnadas y camareros negros. Yo no tenía idea de que se sirvieran comidas en los trenes, e inadvertidamente lo manifesté así.

—¿De dónde has salido? —me preguntó Julia.

—De un pueblo —le contesté.

—¿Es que no has viajado nunca? —me dijo.

—Mi primer viaje lo hice al ir al colegio, y como sólo había unas pocas horas de tren, no tuve necesidad de comer —dije yo.

Julia se interesa por mí, porque digo cosas tan graciosas como ésta. Yo procuro no decirlas; pero cuando algo me sorprende se me escapan involuntariamente, y como la mayoría de las cosas me sorprenden, no lo puedo remediar.

Es una experiencia que me aturde, papaíto, esto de encontrarme de repente en el "mundo", después de haber permanecido reclusa durante dieciocho años en el Asilo de John Grier.

Pronto me aclimataré. No son tan grandes las equivocaciones que sufro, y no me siento del todo aislada al lado de los demás. Cuando alguien me mira, me muevo un poco para que puedan apreciar mejor el corte de mis trajes y no adviertan que anteriormente iba vestida de mamarracho.

Me he olvidado de decirle lo de nuestras flores. El señor Jervie nos regaló un gran ramo de violetas y lirios. ¿No es esto demostración de extrema delicadeza? Juzgándolos a todos como a los consejeros, los hombres no me habían interesado en lo más mínimo. Ahora he cambiado de opinión.

¡Qué manera de escribir! ¡Esto sí que es una carta! Valor, ya pongo punto final.

Suya siempre,

JUDITH

10 de abril.

Querido señor ricachón:

Le devuelvo el cheque de cincuenta dólares, que agradezco muchísimo, considerando que es en mí un deber no aceptarlo. Mi pensión me basta para comprarme todos los sombreros que necesito. Siento en verdad haberle contado la tan insípida historia de lo ocurrido en casa de la modista, historia que le referí porque yo la encontraba completamente nueva.

Yo no le pedía nada y, por lo tanto, no quiero aceptar más caridad de una persona a quien ya estoy tan obligada.

De usted afectísima,

JESUSA ABBOTT

11 de abril.

Queridísimo papáito:

¿Será usted tan amable que me perdone la carta que le escribí ayer? Lamenté haberla echado tan pronto como se deslizó dentro del buzón; pero el imbécil del empleado que estaba allí no quiso devolvérmela.

Es media noche y hace horas que me encuentro despierta pensando a qué clase de gusano pertenezco. Ni un ciempiés obraría como yo; decididamente, soy de lo peor que existe. Con mucha cautela he cerrado la puerta del estudio para que la luz no despertara a Julia y a Sallie, y estoy sentada en la cama, escribiéndole en una hoja de papel que he arrancado de mi libro de notas.

Quiero decirle lo muy contrariada que me hallo conmigo misma por lo descortés que estuve al devolverle el cheque. Usted lo habrá tomado de la mejor manera posible. Así lo espero, pensando que usted debe tener muy

buen carácter, ya que quiere ocuparse de una cosa tan tonta como yo. Comprendo que podía habérselo devuelto de una manera mucho más amable.

De todas maneras estoy convencida de que tenía que devolvérselo. Es muy distinto mi caso del de mis condiscípulas. Ellas pueden aceptarlo todo, pues tienen padres, hermanos, tías y tíos; pero yo no tengo familia de ninguna clase. Me figuro que usted es algo completamente mío, mas al figurármelo lo hago sólo por halagar mi imaginación, ya que sé muy bien que no es verdad. Completamente sola, vivo sosteniendo batalla con el mundo y tiemblo un poco al pensarlo. Sin embargo, alejo este pensamiento y procuro abrirme paso. Papaíto, no debo aceptar más dinero del que acepto, porque cuando llegue el día en que pueda devolvérselo, aunque logre ser una gran escritora, mi deuda con usted será tremenda.

Soy una ferviente admiradora de los sombreros y de los vestidos, pero no puedo hipotecar mi porvenir por ellos.

¿No es verdad que usted perdona mi rudeza? Tengo siempre la mala costumbre de escribir lo que me dicta mi primer impulso y de echar en seguida la carta al correo. Si algunas veces resultan irreflexivas y demuestran ingratitud, no crea usted que traducen mi manera de pensar. Desde el fondo de mi corazón le agradeceré siempre la vida, la independencia y la libertad que usted me ha proporcionado. Mi infancia no ha sido otra cosa que un sombrío esfuerzo de rebelión, y ahora, en todos los momentos del día, me siento tan feliz, que dudo de la verdad y me imagino que me han transformado en heroína de novela.

Son las dos y cuarto. De puntillas voy a echar ahora mismo esta carta al buzón. La recibirá usted un correo después que la otra; de manera que ya serán bastantes las horas que usted habrá podido pensar mal de mí.

Buenas noches, papaíto.

Le quiere siempre,

JUDITH

4 de mayo.

Querido Papaíto Piernas Largas:

El último sábado hubo una cabalgata que resultó de gran espectáculo. Primero, las alumnas de todas las clases reunidas formamos una parada monstruo. Ibamos vestidas de blanco, con unas sombrillas japonesas azul y oro las mayores y las de los primeros cursos con banderas blancas y amarillas. Nuestra clase llevaba unos globos carmesí muchos de los cuales huyeron, perdiéndose, y las de primer curso sombreros verdes de papel y unos gallardetes larguísimos. Encabezaba la cabalgata una banda uniformada de azul, con trajes alquilados en la ciudad, y para entretener al público en los entreactos, había una docena de graciosos, lo mismo que en el circo.

Julia se disfrazó de aldeano muy gordo, con el traje lleno de polvo, patillas y un tremendo paraguas. Patsy Moriarty (Patricia en realidad. ¿Ha oído usted nombre parecido? No lo hubiera escogido peor ni la señora Lippett), que es alta y delgada, hacía de mujer de Julia e iba tocada con un absurdo bonete verde caído sobre la



*Judy gana
una carrera*

oreja. Este número fué celebrado con grandes risotadas. Julia hizo su papel a las mil maravillas. Nunca hubiera creído que una Pendleton pudiera desarrollar tanta vis

cómica, y que me perdone el señor Jervie, a quien considero menos Pendleton que si fuera un auténtico consejero.

Sallie y yo no figurábamos en la cabalgata, porque estábamos encargadas de entretener al público. Tomamos parte en la carrera de obstáculos y perdimos. Luego, Sallie ganó la de resistencia y yo la de velocidad; cincuenta metros en ocho segundos.

Llegué horriblemente fatigada, pero la ovación que me tributó el colegio en masa compensó con creces mi cansancio.

Esto es fama, papaíto, fama de verdad. Después de la carrera me llevaron a vestirme a la tienda, me friccione con alcohol y me dieron a chupar un limón. Como puede usted ver, lo hacemos como los profesionales. Ganar las carreras es una cosa admirable, no sólo para uno mismo sino para toda la clase porque a la que mayor número de carreras gana, se le da en premio una copa al terminar el curso. Este año, las de la clase superior nos llevan siete carreras de ventaja. La asociación atlética nos ofreció una comida en el gimnasio a los ganadores. Nos obsequiaron con cangrejos fritos sin caparazón y chocolate helado.

Velé la mitad de la noche, leyendo "Jane Eyre". ¿Es usted bastante viejo para acordarse de sesenta años atrás? Si es así, ¿es cierto que la gente hablaba de aquella manera?

La altiva lady Blanca dice al criado: "Termina tu insulsa charla y cumple mis órdenes, bribón". El señor Rochester hablando del firmamento, le llama *techo de metal*, y en lo que se refiere a la loca que ríe como una hiena, prende fuego a las cortinas del techo y rasga y tritura los velos de desposada, es melodramatismo puro, lo que no impide que se lea de un tirón. No me explico cómo puede existir una joven capaz de escribir tal libro, especialmente habiendo sido educada en un convento. Hay algo que me seduce en estos Brontés: La vida y el

espíritu que dan a sus libros. ¿De dónde los habrán sacado? Cuando leí las peripecias que le ocurren a Jane en el Asilo, fué tan profunda mi emoción que tuve que salir a dar un paseo. Comprendo sus sentimientos más íntimos. Conociendo a la señora Lippett, puedo hacerme cargo de cómo era el señor Broklehurst

No vaya usted a ofenderse, papaíto. No quiero decir con esto que el Asilo de John Grier sea igual al Instituto Lowood. En el Asilo teníamos comida suficiente, y vestidos y agua para lavarnos, y calefacción central. Pero en una cosa se parecían. Nuestras vidas eran lo mismo de monótonas. Nunca pasaba nada agradable, exceptuando el mantecado de los domingos, y aun eso era método. En los dieciocho años que viví allí, sólo ocurrió una aventura, cuando se prendió fuego en el departamento de la leña. Tuvimos que levantarnos a medianoche y estar dispuestas a huir, si el fuego se propagaba al resto del edificio. Pero fué dominado y pudimos volvernos tranquilamente a la cama.

A todos nos gusta recibir sorpresas; es un anhelo natural. Yo no tuve ninguna hasta el día en que la señora Lippett me llamó a su despacho para notificarme que un tal señor J. Smith quería mandarme a un colegio universitario. Aun entonces, me expuso la noticia con tanta calma, que apenas me impresionó.

¿Ve usted, papaíto? Creo que lo más necesario para una persona es la imaginación. Gracias a ella es posible trasladarse a cualquier punto, y ser amable, simpático y clarividente. Convendría cultivarla desde la infancia, y no hacer lo que en el Asilo de John Grier, en el que el menor destello es sofocado en el acto. Allí no se cultiva más que el deber. No debería permitirse conocer a los niños la odiosa y detestable significación de tal palabra. Mejor sería alentarlos y enseñarles a quererse unos a otros.

¡Ya verá usted el plan que estoy haciendo para un asilo de huérfanos! Por la noche, al acostarme es mi juego

favorito. No falta en él ni el más nimio detalle: comidas, trajes, estudios, recreos y castigos; éstos no pueden faltar, porque mis huérfanas mayorcitas son a veces bastante malas. Pero, a pesar de todo, serán felices. Quiero que cada uno, sean los que quieran su origen y nacimiento, disfrute de una infancia feliz, para que luego pueda recordarla con gusto. Y si alguna vez llego a tener un hijo, por grandes que sean mis penas, le libraré de ellas hasta que sea mayorcito.

(La campana de la capilla está doblando. Terminaré la carta cuando pueda).



Jueves.

Esta tarde, a mi regreso del laboratorio, encontré una ardilla encima de la mesita en que estaba servido el té, comiéndose las almendras. Desde que la temperatura es cálida y tengo la ventana abierta, éstas son las visitas que suelo recibir.

Sábado por la mañana.

Usted creará seguramente que la noche de ayer, no teniendo clases hoy, la pasé tranquilamente leyendo el nuevo libro de Stevenson que me compré últimamente. Si

lo cree, puedo decirle, desde luego, papaíto, que no entiendo usted jota de lo que es la vida de un estudiante. Sus amiguitas se presentaron en mi habitación dispuestas a hacer chocolatina, y una de ellas, muy atolondrada, derramó el contenido de la chocolatera sobre mi mejor alfombra. Dudo que encontremos ningún producto para hacer desaparecer completamente la mancha.

Acabo de darme cuenta de que no he mencionado aún mis lecciones, a pesar de lo cual puedo asegurarle que las sigo dando diariamente. Es un placer olvidarlas de vez en cuando, para discutir los problemas de la vida; claro que entre nosotros la discusión queda reducida a un monólogo, pero usted tiene la culpa. Siempre y a todas horas, será recibida con muchísimo agrado cualquier contestación que tenga usted a bien dirigirme.

Llevo tres días escribiendo esta carta tan llena de incongruencias. Temo que aburrirá a usted solemnemente.

Adiós, amable señor caballero,

JUDITH

Al señor Papaíto Piernas Largas:

Señor: Habiendo terminado mis estudios sobre la argumentación y la ciencia de dividir una tesis por asuntos, he decidido adoptar la siguiente forma para la redacción de mis cartas. Contiene todo cuanto es necesario y no se alimenta de vana verbosidad.

I. Esta semana hemos hecho los exámenes escritos de:

A. Química.

B. Historia.

II. Se ha construído un nuevo pabellón.

A. Su material consiste en:

a) Ladrillos encarnados.

b) Piedra gris.

B. Su capacidad será para que habiten en él:

- a) Un deán, cinco profesores.
- b) Doscientas muchachas.
- c) Un ama de llaves, tres cocineras, veinte criadas, veinte camareras.

III. Esta noche nos han dado de postre mermelada.

IV. Estoy escribiendo un tema especial sobre las obras de Shakespeare.

V. Esta tarde, mientras jugábamos a la pelota, Lou Mac Mahon ha resbalado y se ha:

A. Dislocado un hombro.

B. Magullado la rodilla.

VI. Tengo un sombrero negro adornado con:

A. Cinta de terciopelo azul.

B. Dos plumas azules.

C. Tres pompones rojos.

VII. Son las nueve y media.

VIII. Buenas noches.

JUDITH

2 de junio.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Nunca podría usted sospechar lo ocurrido.

¡Los Mac Bride me han invitado a pasar el verano con ellos en su casa de campo de los Adirondack! Pertenecce a una especie de colonia situada en medio del bosque, alrededor de un pequeño lago. Las familias que veranean allí, tienen casas hechas con la madera de los árboles de aquel bosque y se pasean en barca por el lago y dan largos paseos a través de los senderos, por las colonias vecinas, y una vez por semana bailan en el casino. Un amigo y condiscípulo de Juan Mac Bride pasará en la casa una parte del verano; por lo tanto, ya puede usted comprender que no me faltarán jóvenes con quienes bailar.

¿No es verdad que la señora Mac Bride ha demostrado ser sumamente amable al invitarme? A lo que pa-

rece, le fuí simpática cuando me conoció por Navidad. Le ruego excuse mi brevedad. Tenga en cuenta que esto no es verdaderamente una carta, sino sencillamente una esquila para notificarle mis disposiciones para este verano.

Suya y con una alegría indescriptible,

JUDITH

5 de junio.

Querido Papaito Piernas Largas:

Acabo de recibir una carta de su secretario en la que me dice que el señor Smith prefiere que no acepte la invitación de los Mac Bride, y que desea vuelva a "Los Naranjos" como el verano pasado.

¿Por qué, por qué, "por qué", papaito?

Está usted ofuscado. La señora Mac Bride me invita de todo corazón. Yo no les molesto para nada, al contrario, les ayudo. Ellos no tienen muchos criados, cosa que, tanto a Sallie como a mí nos es de gran utilidad. Para mí, particularmente, pues así aprendo a ordenar una casa—no un asilo como había hecho hasta ahora—cosa que toda mujer aspira a saber.

En la colonia no hay ninguna joven de la edad de Sallie, y su madre me requiere como compañera de su hija. Estamos proyectando leer muchísimo, nos queremos empapar de todos los tratados de sociología que tenemos que estudiar el curso próximo. El profesor de inglés dice que es de gran ayuda haberlos leído ya por completo. ¡Y es tan fácil recordar lo que se ha leído y hablado con otra persona!

El solo hecho de vivir en la misma casa que la madre de Sallie, ya educa. Es la señora más encantadora, más amable y más distinguida del mundo. Lo sabe todo. Figúrese usted cuánto apreciaré el contraste, yo que he vivido tantos veranos al lado de la señora Lippett. No debe

asustarles el que seamos muchos en la casa; es una casa hecha de goma. Cuando son demasiados, montan tiendas de campaña y los chicos van a dormir en ellas. ¡Resultaría un verano tan saludable estando a cada momento en pleno bosque! Juan Mac Bride me enseñaría a montar a caballo, a remar, a jugar a la pelota y un sinfín de cosas que toda joven aspiraría a aprender. Naturalmente, haré cuanto usted me mande; pero sea usted bueno y permítame ir, papáito. Nunca he suspirado tanto por ninguna cosa.

La que le escribe no es Jesusa Abbott, la futura gran escritora, no; es sencillamente Judith, una chiquilla.

9 de junio.

Señor don Juan Smith:

Muy señor mío: Poseo su atenta carta del 7 corriente y de acuerdo con las instrucciones recibidas de usted por medio de su secretario, el próximo viernes partiré para "Los naranjos", con objeto de pasar allí el verano.

Queda siempre a sus órdenes,

JESUSA ABBOTT

Los Naranjos
3 de agosto.

Querido Papáito Piernas Largas:

Hace cerca de dos meses que no le he escrito, lo que realmente no está bien. Ahora que, con franqueza, he de decirle que este verano no lo he querido a usted mucho.

Usted no puede llegar a figurarse la desilusión que me produjo el que tan terminantemente me prohibiera aceptar la invitación de los Mac Bride. De sobra sé que es usted mi tutor y que tengo que obedecer todos sus man-

datos; pero esta vez no creo que le asistiera a usted la razón. Hubiera sido tan distinta mi respuesta si yo hubiera sido el papaíto y usted Judith. Yo le hubiera dicho: "¡Alabado sea Dios, hija mía! Acepta la invitación y diviértete; reúne nuevos conocimientos y aprende cosas modernas; vive en pleno campo, descansa y hazte fuerte para emprender otra vez el trabajo".

Pero nada de eso me ha dicho usted. Unas simples líneas de su secretario ordenándome ir a "Los Naranjos"; eso fué todo.

Lo que ofende mis sentimientos es la impersonalidad de sus mandatos. Estoy convencida de que si usted se interesara por mí, me mandaría de tarde en tarde alguna notita escrita de su propia mano, en vez de las siempre insípidas cartas dactilográficas de su secretario. Por ligerísima que fuese la indicación que usted me hiciera, la cumpliría entonces con la mejor voluntad.

Ya sé que tengo que escribirle extensa y detalladamente sin esperar en cambio contestación. Usted sigue al pie de la letra lo convenido: me educa; y supongo que usted no cree que yo lo olvido.

Pero, papaíto éste es un convenio muy duro para mí. ¡Estoy tan sola! Usted es la única persona de quien tengo que preocuparme, ¡y me lo represento a usted tan vagamente! Sin duda usted no es más que un hombre imaginario y, probablemente, su personalidad es distinta por completo de lo que yo me había imaginado. Una vez, cuando estuve enferma y tuve que guardar cama, me mandó usted un pequeño mensaje y ahora siempre que me creo olvidada, busco su tarjeta y la leo nuevamente.

Bueno no le estoy explicando nada de lo que quería, lo cual es: Que, a pesar de que me resigno a la humillación que supone ser recogida y dirigida por una Providencia invisible, arbitraria, perentoria, irrazonable y omnipotente; a pesar de que usted sea amable, generoso y previsor (y creo que si lo tiene por conveniente, está bien que

usted sea una Providencia invisible, arbitraria, perentoria, irrazonable y omnipotente. Esto yo se lo perdono y quiero ser de nuevo jovial con usted), a pesar de todo, no me hacen ni pizca de gracia las alegres cartas que Sallie me escribe explicándome cómo pasa el veraneo.

En fin, lo mejor es echar un velo sobre ese asunto.

Este verano he estado escribiendo, escribiendo; he terminado cuatro historietas, que ya he remitido a cuatro revistas distintas. Como usted ve, comienzo a hacer pruebas para convertirme en autora. He escogido para habitación de trabajo una que está en la buhardilla y que Master Jervie destinaba a sus juegos en los días de lluvia. Es un aposento fresco, que recibe aire por dos ventanas espaciales. Un plátano en el que han hecho un agujero y ha sentado sus reales una familia de ardillas rojas, intercepta un poco el paso a la luz.

Dentro de pocos días le escribiré una de mis más amables cartas, explicándole todo lo que ocurre en la granja. Necesitamos que llueva.

Siempre suya,

JUDITH

10 de agosto.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Le escribo encaramada en la segunda bifurcación de un sauce de la balsa del prado. Debajo croa una rana, encima canta una cigarra, y dos pequeñas libélulas, con movimiento rápido, suben y bajan por el tronco. Hace una hora que estoy aquí; resultan muy cómodas estas ramas, sobre todo después de haberlas tapizado con dos mullidos cojines que he sacado del sofá. Provista de una pluma y de una libreta, espero escribir una novela corta inmortal, aunque la heroína me está dando un mal rato,

pues no la he podido conducir a donde deseaba. Por lo tanto, la he abandonado por unos momentos y me he puesto a escribirle a usted. No he ganado mucho en el cambio, puesto que no puedo lograr que haga usted lo que yo quiero.

Si usted se encuentra en el tan aterrador Nueva York, mi gusto sería mandarle un rayo de este sol espléndido y un soplo de este aire suave. La campiña es un cielo, después de una semana de lluvia.

A propósito de cielo. ¿Se acuerda usted del señor Hellog, el párroco de la iglesia de Corners, de quien le hablé el verano último? Pues bien, el pobre murió este invierno de una pulmonía. Fuí a oírlo predicar media docena de veces y estaba completamente de acuerdo con la teología que exponía. Sus creencias, al final de su vida, eran las mismas del principio, y un hombre que durante cuarenta y siete años ha seguido siempre un camino recto sin cambiar ni una sola idea, creo que puede muy bien colocarse en una vitrina y enseñarse como curiosidad. Espero que ya estará disfrutando de todos los beneficios de los elegidos. ¡Estaba tan seguro de obtenerlos! Su puesto lo ocupa ahora un joven lleno de lógica. Me parece que van a dividirse todos los peligros de una manera lamentable. A estos vecinos no les gustan las novedades religiosas.

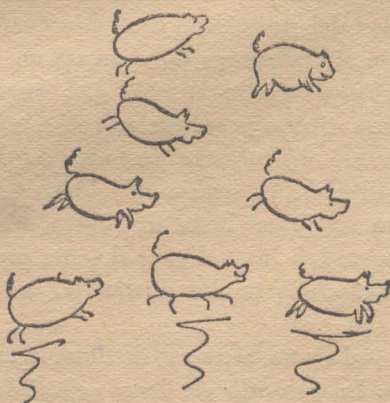
Durante toda una semana de lluvia, sentada en la buhardilla, me he cansado de leer, especialmente a Stevenson. Él mismo es el más entretenido entre todos sus héroes: quiero decir que yo lo identifico con el héroe que prefiero. ¿No considera usted admirable que se haya gastado en un yate los diez mil dólares que le legó su padre, para navegar en él por los mares del Sur? Nunca se desvió de sus ideales. Si mi padre me hubiese legado diez mil dólares, creo que hubiera hecho lo mismo. Los pensamientos de Vailima me vuelven loca. Deseo conocer los trópicos y el mundo entero. Papaíto, algún día, cuando sea

verdaderamente una gran escritora, o artista, o actriz, o jugadora, o una personalidad cualquiera, daré la vuelta al mundo. Deliro en cuanto veo un mapa. No quisiera morirme sin ver antes las palmeras y los templos del Sur.

*Durante la tarde del jueves,
a la hora del crepúsculo,
sentada en el umbral.*

¡Qué difícil es darle a usted noticias!

Judith se ha vuelto tan filosófica que prefiere hablar del mundo en general, en vez de explicar los pequeños detalles de la vida cotidiana.



Nuestros nueve cochinitos se evadieron el martes último, volviendo solamente ocho. Yo no quiero acusar a nadie injustamente. Sospecho, sin embargo, que la viuda Dowd tiene uno más de los que debía tener.

El señor Weaver ha pintado su granero y sus dos silos con una pintura amarilla espeluznante, un color muy feo, pero que, según dice, da resultado.

Una de nuestras gallinas rojas de la Isla de Rhode

ha tenido sólo tres polluelos de los quince huevos que empollaba. Lo único que creo posible ante tamaña desgracia es que las gallinas rojas de la Isla de Rhode son de una calidad inferior a las Buff Orpingtons.



El nuevo empleado de correos de Bonnyrigg bebióse hasta la última gota del jengibre de Jamaica que había en stock. Había por lo menos siete dólares de líquido.

La vieja señora Hatch, a causa de sus reumatismos, ha quedado imposibilitada. Cuando ganaba buenos jornales no sabía economizar y ahora su situación es precaria.

El próximo sábado por la tarde daremos una reunión en el colegio, a la cual quedan invitados usted y familia.

Tengo un sombrero nuevo que me compré por veinticinco centavos en la oficina de correos. Para guardarme del sol mientras recojo el heno, me va a las mil maravillas.

La oscuridad ya no me permite ver. De todos modos es igual, pues no tengo ninguna nueva noticia que darle.

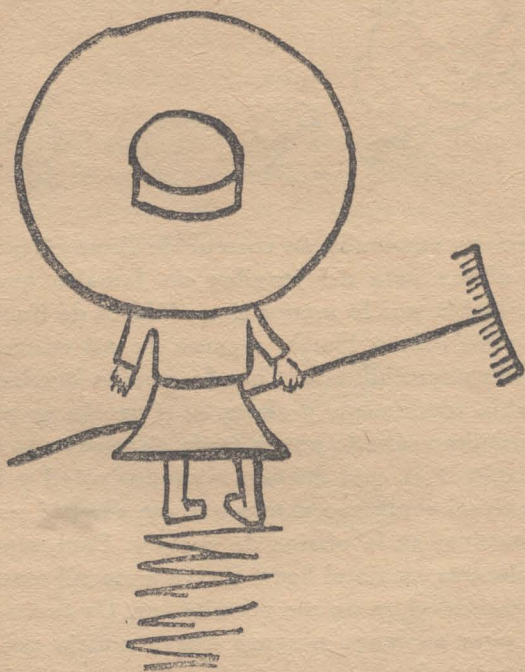
Buenas noches.

JUDITH.

Viernes.

¡Buenos días! ¡He aquí nuevas noticias! ¿Las adivina? Nunca, nunca adivinaría quién vendrá a "Los Naranjos". La señora Semple ha recibido una carta del señor Pendleton, en la que le dice que está viajando en auto por Berkshires, que se siente algo fatigado y que desea des-

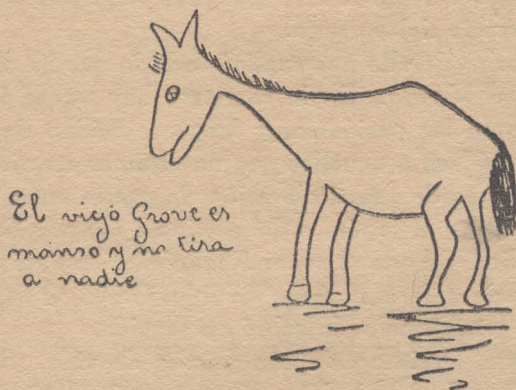
cansar en una granja tranquila, y que si por casualidad cualquiera se le ocurre abandonar su ruta uno de estos días, le tengan cama preparada. Quizá permanezca en "Los Naranjos" una semana, o quizá dos, o quizá tres. ¡Se encontrará tan bien aquí!



¡Qué jaleo tenemos! Se hace limpieza general en toda la casa y se lavan todas las cortinas. Esta mañana he ido al pueblo de Corners a comprar un pedazo de encerado para la entrada y dos botes de pintura marrón para repasar el zócalo del recibimiento y los de la escalera. Hemos contratado a la señora Dowd, que vendrá desde mañana a lavar los cristales (la exigencia del momento nos ha obligado a renunciar a nuestras sospechas por lo del cochinillo). En vista de la actividad que desplegamos ac-

tualmente, usted sin duda pensará que la casa no estaba immaculada; pero yo le aseguro que lo estaba. Por limitadas que sean las ideas de la señora Simple, no por eso deja de ser una buena ama de casa.

Por supuesto, no sería el señor Pendleton un hombre si nos dijera exactamente el día que va a venir. Hasta que llegue estaremos en constante zozobra y si no se apresura, la limpieza tendrá que renovarse.



Abajo me está esperando Amasai, con el viejo Grove uncido a un carretón sin muelles. Siempre voy sola. No se inquiete por ello; si usted viese al viejo Grove estaría tan tranquilo como yo.

Con el corazón en la mano, ¡adiós!

JUDITH

P. D.—Qué final tan gracioso, ¿no? Lo he tomado de las cartas de Stevenson.

Sábado.

Buenos días, por segunda vez. Ayer, cuando vino el cartero, aun no había terminado, por cuyo motivo añado hoy algo más. Tenemos un solo reparto a las doce. Pode-

mos decir que la correspondencia rural es una bendición para los granjeros.

Nuestro cartero, no sólo se cuida del reparto, sino también de comprar en la ciudad todo cuanto le encargamos. Ayer me compró unos cordones para los zapatos, una caja de crema para el cutis (antes de tener el sombrero de paja que adquirí últimamente, el sol me quemó por completo la nariz), una corbata Windsor y una botella de lustre. Todo lo hizo por diez centavos, debido a la importancia del encargo.

En pago de ello nos explicó todo lo que ha ocurrido en el Gran Mundo. En la carretera hay varias familias que compran los periódicos y luego se cuidan de comunicar lo que leen a aquellos que no estamos suscritos. Así que en el caso de una declaración de guerra entre los Estados Unidos y el Japón, o del asesinato del presidente de la República, de que el señor Rockefeller hubiera dejado un millón de dólares al Asilo de John Grier, no hay necesidad de escribírmelo; lo sabré en seguida.

Master Jervie no da aún señales de vida. ¡Si usted viera cómo reluce toda la casa y con qué entusiasmo res-tregamos los pies antes de pisar su interior!

Espero que vendrá pronto; ya estoy ansiosa de tener alguien con quien hablar. Si he de ser sincera, le diré que la conversación con la señora Semple es bastante monótona. No permite nunca que interrumpa con comentarios su interminable verbosidad. La gente de esta comarca tiene gracia. Su mundo queda reducido a la cima de estas colinas. ¿Sabe usted lo que quiero decir? Que no son universales ni por asomo; lo mismo sucedía en el Asilo de John Grier. Nuestras ideas estaban limitadas por los cuatro puntos de la cerca de hierro. Claro que yo no pensaba en nada porque era joven y mi tarea era mucha, pues tenía que hacer las camas, lavarles la cara a mis niños, ir a la escuela, zurcir calcetines, remendar los calzones de Federico Perkins, que se los desgarraba diariamente, y estudiar

mis lecciones. Pero después de pasar dos años en un colegio, echo de menos las conversaciones amenas y estaré contentísima de hablar con alguien que sepa mi idioma.

Ahora sí que pongo punto final, papaíto. No tengo otras noticias que comunicarle. La próxima vez haré cuanto pueda para escribirle una carta muy larga.

Suya siempre,

JUDITH

P. D.—Sin duda a causa de la sequedad que ha habido este año, la lechuga no ha crecido con mucha lozanía.

25 de agosto.

Papaíto, ya tenemos aquí a Master Jervie. ¡Y qué tiempo tan delicioso estamos pasando! Yo me divierto y me parece que a él le pasa lo mismo, al menos no da señales de querer marcharse. La señora Semple mima a este hombre de una manera escandalosa. Si cuando era niño hacía lo mismo que ahora, no comprendo cómo ha salido de tan buena pasta.

Él y yo comemos juntos en una mesita colocada a un lado del pórtico, debajo de los árboles, y otras veces, si llueve o hace frío, en el saloncito. Todos los días escoge el sitio en donde desea comer y ya tiene usted a Carrie detrás de él con la mesa. Pero siempre que el camino es mucho y representa una molestia, pone un dólar debajo del azucarero.

Master Jervie es un compañero muy agradable. No hay que hacer caso del efecto que causa a primera vista, pues aunque parece un Pendleton, es sencillo, desapasionado y amable en extremo, descripción ésta un poco rara, pero real. Se muestra tan atento con todos los granjeros, les habla de una manera tan sencilla, que en seguida hace desaparecer la barrera que, de primer momento, parece interponerse entre ellos. Con sus vestidos no tiene cuidado

ninguno y por cierto que son extraños. Para mí que le ha servido de modelo alguna familia holandesa. Grandes bolsillos, chaquetas plegadas, camisas blancas de franela y trajes de montar con pantalones bombachos. Siempre que sale de la habitación con algo nuevo en su indumentaria, la señora Semple, radiante de orgullo, lo mira de arriba abajo y le recomienda que tenga mucho cuidado al sentarse, temerosa de que se ensucie. Y él siempre le dice:

—Lizzie, ocúpate de tus cosas. Ya no soy un chiquillo para que me aconsejes de esa manera.

Es graciosísimo pensar que ese hombre fuerte, con unas piernas tan largas (las tiene casi tan largas como usted, papaíto), se haya sentado más de una vez en el regazo de la señora Semple para que le lavaran la cara. Y esto hace más gracia todavía viendo su regazo. Ella afirma que antes era delgada, tiesa y esbelta y podía correr mucho más aprisa que él.

¡Y cuántas aventuras nos han acontecido! Hemos recorrido la comarca; he aprendido a pescar poniendo en



el anzuelo plumas en vez de moscas, a tirar al blanco con el rifle y el revólver y a montar a caballo. ¡Qué cambio tan pasmoso el del viejo Grove! Durante tres días le hemos dado de comer avena y se ha rejuvenecido. Se asustó de un cordero y por poco se escapa conmigo.

El lunes por la tarde trepamos por una colina llamada Firmamento. Es una montaña situada en estos alrededores. No es muy alta. No hay nieve en la cumbre. Sin embargo, al llegar a ella uno se siente deliciosamente cansado. Las laderas se hallan cubiertas de árbo-

les; pero en su cima sólo hay rocas. Nos estuvimos allí hasta que se puso el sol, encendimos fuego y cocimos la comida: Master Jervie fué el cocinero; me dijo que sabría hacerlo mejor que yo, pues está acostumbrado a la vida de campaña. Cuando descendimos la luna estaba muy alta, y, al atravesar por entre los árboles, como la oscuridad era profunda, tuvimos que alumbrarnos con una lámpara eléctrica de bolsillo. ¡Qué diversión! Master Jervie hizo todo el camino riendo, bromeando y charlando de una porción de cosas agradables. Ha leído los libros que yo he leído y muchísimos más. Créame usted; es extraordinaria la cantidad de cosas que conoce.

Esta mañana hemos dado un largo paseo y nos ha sorprendido una tempestad. Antes de llegar a casa nuestros vestidos estaban completamente empapados, pero nuestro buen humor seguía inalterable. Hubiera usted tenido que ver la cara que puso la señora Semple cuando entramos chorreando en la cocina.

"¡Oh! ¡Señor Jervie! ¡Señorita Judith! ¡Están ustedes calados! ¡Dios nos valga! ¡Esa americana tan bonita no podrá servir más!".

Parecía una madre aturdida, sermoneando a unos niños de diez años. Hasta casi me hizo temer que nos suprimiría el jamón a la hora del té.

Sábado.

Hace mucho tiempo que empecé esta carta y no he podido terminarla todavía.

¿No es verdad que el siguiente verso encierra una de las más bonitas ideas de Stevenson?

*Podrán ser nuestras vidas cual de reyes hermosas
si cogemos del mundo todas las bellas cosas.*

Esto sí que es cierto. En el mundo abunda la felicidad. Se halla en muchos de los objetos que nos rodean.

Lo que hace falta es no dejarla pasar, y el secreto de todo estriba en saber adaptarse a las circunstancias. En el campo, por ejemplo, existen una infinidad de cosas agradables. Se nos permite pasear por las tierras de todo el mundo, recrearnos con los paisajes que más nos agraden, salpicarnos en cualquier arroyo y todo sin necesidad de pagar nada.

.....

Son cerca de las once de la noche del domingo. La señora Semple y Master Jervie creerán que estoy durmiendo, pero he tomado café muy fuerte y no me es posible conciliar el sueño.

Esta mañana, la señora Semple decía al señor Pendleton, con un acento muy formal:

—Nos hemos de marchar a las diez y cuarto para oír misa a las once.

—Muy bien, Lissie — ha dicho Master Jervie—. El coche ya está listo, pero yo no estoy todavía vestido. Márchese, pues, sin esperarme.

—Le esperaré — contestó ella.

—Como usted quiera — repuso él—. Ahora, que los caballos van a impacientarse si se les hace estar quietos demasiado rato.

Luego, mientras se vestía, mandó a Carrie que preparara la comida, me dijo que me pusiera mis ropas de diario y nos marchamos por el atajo, a pescar.

Los domingos los habitantes de "Los Naranjos" tienen por costumbre comer a las dos, pero él ordenó la comida para las siete de la tarde. Escoge las horas de comer como si estuviese en un restaurante. De este modo Carrie y Amasai no pudieron salir con el coche. Master Jervie dijo que así estaría mejor, porque no estaba bien que Carrie y Amasai se fuesen por ahí sin que nadie les vigilase, y que además él necesitaba los caballos para salir conmigo. ¿Has oído cosa más divertida?

La pobre señora Simple se ha horrorizado. Tiene el convencimiento de que la gente que va a pescar en domingo está destinada a quedarse eternamente en el infierno.

Le apena, además, el pensamiento de no haber modelado bastante bien el alma de Jervie cuando era pequeño y le era dable hacerlo.

A pesar de todo, hicimos buena pesca: él ha cogido cuatro pececitos, que hemos asado a la hora de comer en un fuego de ramas secas. Por cierto que resbalaron de las ramitas con las que los sosteníamos y se cayeron en el fuego. Sabían un poco a ceniza, pero nos los hemos comido.

Emprendimos el viaje de regreso a las cuatro, llegamos a las cinco, cenamos a las siete, a las diez me enviaron a la cama, y heme aquí escribiéndole.

Creo que empieza a vencerme el sueño.

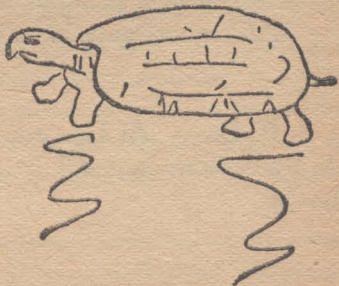
Buenas noches.

He aquí uno de los peces que he cogido.

*Ah, del barco, capitán
Piernas Largas!*

¡Basta! ¡Amarren! ¡Estríbor! ¡Lobo de Mar!...

¿Adivina usted lo que estoy leyendo? Nuestras conversaciones de estos dos días últimos han versado exclusivamente sobre náutica y piratería. ¡Que bonita es "La Isla del Tesoro"! ¿La ha leído usted alguna vez, o no se había editado aún cuando era usted joven? Stevenson sólo cobró treinta libras por la novela. No me parece mucho tratándose de un gran autor. ¡Quién sabe si yo saldría ganando dedicándome a maestra de escuela!



Perdone que en todas mis cartas le hable tanto de

Stevenson. Como la librería de "Los Naranjos" no contiene más que sus obras, mi pensamiento gira constantemente a su alrededor.



Llevo dos semanas escribiendo esta carta y creo que ya debo terminarla. Papaíto, no me diga nunca que no se lo explico todo.

¡Cuánto me gustaría que usted también estuviese con nosotros! Hemos pasado unos días deliciosos y mi ilusión sería que mis amigos se conocieran. Quise preguntarle al señor Pendleton si le conocía a usted. Estoy convencida de que ustedes deben concurrir a los mismos círculos, ya que los dos se interesan por todo lo que es justo y elevado. Pero no sabiendo su nombre, no he podido preguntárselo.

Ignorar su nombre lo estimo como la cosa más estúpida de este mundo. La señora Lippett me dijo que era usted excéntrico. ¡Cuánta razón tenía al decirlo!

Afectuosamente le saluda,

JUDITH

P. D. — Al leer esta carta veo que no hablo sólo de Stevenson; hay dos o tres párrafos acerca de Master Jervie.

10 de septiembre.

Querido papaíto:

Ya se ha marchado. ¡Cómo lo echo de menos! Cuando uno se acostumbra a las personas, a los lugares, a las viviendas, y de pronto todo esto desaparece, le queda a uno un vacío indescriptible y una sorda sensación de dolor. Ahora encuentro la conversación de la señora Semple más insípida todavía que antes.

Dentro de dos semanas se efectuará la reapertura

del colegio y la idea de volver al trabajo me alegra muchísimo. Este verano he trabajado con exceso; he escrito seis novelitas cortas y siete poemas. Las que he enviado a las revistas me han sido devueltas con maravillosa prontitud, pero no he hecho caso. Master Jervie, que leyó las que me devolvieron, me dijo que eran desastrosas. (Master Jervie no permite que la cortesía se mezcle a la verdad). Lo último que hice fué un esbozo de escenas del colegio. Al señor Pendleton no le pareció del todo mal; lo copió a máquina y lo mandó a una revista. Hace ya dos semanas que lo tienen. ¡Quién sabe si lo han aceptado!

¡Cómo está el cielo! Su color anaranjado es de lo más raro que he visto. Me parece que no tardaremos en tener tempestad.

.....

Ya empieza, caen unas gotas grandes, tremendas, que se lanzan con fuerza contra los cristales. Voy corriendo a cerrar todas las ventanas, mientras Carrie vuela a la bohardilla cargado de cacerolas para colocarlas debajo de todas las goteras. Ahora me acuerdo que he dejado en el huerto, al pie de un árbol, un almohadón, una alfombrita, un sombrero y los poemas de Mateo Arnold: lo encontraré todo calado.

Con la lluvia, la cubierta encarnada ha teñido varias hojas. De hoy en adelante la "Playa de Dover" disfrutará de olas rojas.

En el campo, una tempestad acarrea siempre trabajo. ¡Son tantas las cosas que están al aire libre y que si se dejasen allí se echarían a perder!

Jueves.

¡Papaíto! ¡Papaíto! ¿Adivina usted? El cartero ha traído dos cartas.

1ª Han aceptado mi novelita. Cincuenta dólares.
¡Alors! Soy una AUTORA.

2ª Una carta del secretario del colegio. Me conceden una beca para dos años. Es el premio al alumno más aprovechado. ¡Y lo he ganado yo! Al concluir el curso hice oposiciones para obtenerlo convencida de que no lo ganaría por lo muy flojos que resultaron mis trabajos de francés, matemáticas y latín. Mas se conoce que no estaban del todo mal. Estoy contentísima, papaíto, al pensar que ya no seré para usted una carga. El dinero con destino a mis gastos personales, es lo único que necesito, y espero también poder ganarlo pronto, ya sea escribiendo, enseñando, o de cualquier otra forma.

Deseo con ansiedad reanudar mi trabajo.

Suya siempre,

JESUSA ABBOTT

Autora de "Cuando los estudiantes ganaron la partida". En venta en todos los quioscos al precio de diez céntimos.

26 de septiembre.

Querido Papaíto Piernas Largas:

De vuelta al colegio y en una clase superior. Nuestra nueva sala de estudios está muy bien orientada, cara al Sur, con dos grandes ventanas y bien amueblada. Julia, con una pensión limitada, llegó al colegio dos días antes de la apertura de clases, atacada de la fiebre de arreglarlo todo. El papel de las paredes es nuevo; las alfombritas son orientales; las sillas, de nogal, no de madera blanca pintada como las del año pasado. ¡Nogal verdadero! Es muy bonito el estudio. No me parece que sea nuestro. Cuando trabajo me pongo nerviosa, temiendo continuamente echar una mancha de tinta.

He encontrado su carta esperándome, papaíto. Dispénseme, quería decir la de su secretario.

¿Sería usted tan amable que me diera una razón plausible de por qué no debo aceptar la beca? Me es imposible comprenderle y será inútil cuanto usted diga para hacerme cambiar de opinión. Perdone la impertinencia; no es mi deseo ofenderle.

Sin duda usted quiere sufragar los gastos de mi educación hasta el fin; pero póngase en mi lugar. Moralmente, yo le deberé a usted mi educación, aun cuando acepte este premio. Así, el importe de la misma se reducirá considerablemente. Ya sé que usted no quiere que le devuelva el dinero. No obstante yo espero devolvérselo, si me es posible. La concesión de esta beca, por de pronto me facilita el camino. Llegué a temer que necesitaría pasarme toda la vida pagando deudas. Gracias al premio, sólo tendré que pagar la mitad.

Usted se hará cargo de mi situación y dejará de ser terco. Muy reconocida le acepto a usted la pensión para mis gastos particulares, que me es conveniente teniendo por compañera a Julia y a sus muebles. No sé cuánto daría porque sus gastos fueran más sencillos o bien por no tenerla por compañera.

Esta carta no es muy larga porque debo orillar cuatro cortinas y tres *portiers* (estoy contenta de que no pueda usted ver la longitud de los puntos); sacar brillo a una escribanía de latón con polvos dentífricos (trabajo muy entretenido); cortar alambre para los cuadros con las tijeras de manicura; desempaquetar cuatro cajas de libros; abrir dos maletas y acomodar los vestidos (parece increíble que Jesusa Abbott posea dos maletas llenas de vestidos, pero es la pura verdad), y, por último, saludar a las cincuentas amigas que tengo en el colegio.

¡Qué día tan divertido el de la apertura de curso!

Buenas noches, querido papaíto y, sobre todo, no vaya usted a incomodarse porque su polluelo quiera vivir

por sí mismo. Pronto se convertirá en una enérgica gallina, que cloqueará con determinación y lucirá hermosas y abundantes plumas (todo debido a su magnanimidad).

Afectuosamente suya,

JUDITH

30 de septiembre.

Querido Papaíto:

¡Vuelta a insistir en lo mismo! No he conocido nunca un hombre tan obstinado, tan testarudo, tan irrazonable, tan tenaz, tan pesado y tan incapaz de ver las cosas desde otro punto de vista que no sea el suyo, como usted.

Usted prefiere que no acepte favores de extraños.

¡Extraños! ¿Quiere hacer el favor de decirme, qué es usted para mí? ¿Hay alguien en el mundo a quien conozca menos? Si lo encuentro por la calle, no podré saludarlo. Si usted fuese una persona juiciosa, que hubiera escrito a su pequeña Judith cartas paternas y que le hubiera hecho alguna visita de cuando en cuando para acariciar sus cabellos y demostrarle su satisfacción por lo buena chica que es, entonces, seguramente no le faltaría al respeto que su vejez se merece accediendo a sus ruegos como una hija obediente.

¡Extraños! No sabe usted lo que ha dicho, señor Smith.

Y además, no se trata de que me hagan un favor. Mi trabajo me ha costado ganarme la beca. Si no hubiese habido nadie que llenase los requisitos que el comité puso como condición para concederla, no sería éste el primer año que el premio quedase sin ser otorgado. Además... ¿De qué sirve discutir con un hombre? Señor Smith, usted pertenece a un sexo falto de lógica. Para convencer a un hombre, sólo hay dos caminos: o engatusarle o ser desagradable con él. Yo desprecio el primero; por lo tanto pongo en práctica el segundo.

Me niego a renunciar a la beca, y si sigue usted alborotando, no aceptaré ni la pensión mensual y me dedicaré a ganármela yo misma cuidándome hasta caer enferma de las estúpidas discípulas de primer año.

¡Es mi ultimátum!

Escuche, se me ha ocurrido una idea excelente. Ya que tiene usted un temor tan grande de que la aceptación de esta beca impida a otra persona proseguir sus estudios, he pensado que ese dinero que quiere usted gastarse en mi educación lo dedique a otra niña del Asilo de John Grier. ¿No le parece buena esta idea? Una observación, papaíto: *edúque* a la niña como usted guste, pero no la *quiera* más a ella que a mí.

Espero que su secretario no se ofenderá porque no atiendo las indicaciones que me hace en su carta; no las considero razonables. Es inútil que insista, papaíto. En otras ocasiones accedí humildemente a todos sus caprichos, pero esta vez me mantengo FIRME en mi decisión.

Suya siempre, con una determinación irrevocablemente invariable,

JESUSA ABBOTT

9 de noviembre.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Hoy he ido a comprar una botella de tinte negro para los zapatos, varios cuellos, tela para hacerme una blusa, un tarro de crema de violetas y una pastilla de jabón, marca Castel, todo ello muy necesario. No hubiera podido ser feliz ni un solo día más sin estos objetos. Luego, al ir a pagar el taxi, me encontré con que me había dejado el bolso en otra chaqueta. Tuve, pues, que volver a pie y se me hizo tarde para el gimnasio.

¡Qué desgracia tan grande la de carecer de memoria y tener dos chaquetas!

Julia Pendleton me ha invitado a pasar las fiestas de

Navidad en su casa. ¿Qué le parece, señor Smith? Imagínese a Jesusa Abbott, del Asilo de John Grier, sentada a la mesa en medio de ricachones. No sé por qué me invita Julia; ahora resulta que me quiere bastante. A decir verdad, yo preferiría ir a casa de Sallie, pero Julia me invitó primero. Si voy a alguna parte, tendrá que ser a Nueva York, en vez de a Worcester. Estoy algo asustada al pensar que voy a conocer *en masse* a los Pendleton. Papaíto, si usted me escribe que me quede en el colegio, me someteré a sus deseos con mi docilidad acostumbrada.

Los ratos que tengo libres, los dedico a leer la "Vida y cartas de Tomás Huxley". ¿Sabe usted lo que es un

He aquí el único retrato
que existe de un enterro-
guato



tiene cabeza de pato
oreja de perro, pies
de vaca, cola tan
larga como un lagarto
y alas como un cisne
y está cubierto de piel
homocera como la de
un gato de Angora.

archaeopteryx? Un pájaro. ¿Y un stereognathus? Ni yo misma estoy segura; algo así como un pájaro con dientes o un lagarto con alas... No, no es nada de esto; acabo de mirarlo en el libro y resulta ser un mamífero meso-

zoico.

Este año estoy estudiando la economía política; un asunto de gran interés. Cuando termine, voy a estudiar la Caridad y las Reformas. Entonces, señor consejero, me será dable saber cómo debe llevarse un asilo. ¿No cree usted que si fuese posible yo sería un candidato admirable? La semana pasada cumplí veintiún años. Decididamente, éste es un país tonto que no distingue a las ciu-

dadanas inteligentes, honradas, educadas y concienzudas como yo.

Suya siempre,

JUDITH

7 de diciembre.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Dicen que quien calla otorga; así, pues, gracias por el permiso concedido para que vaya a visitar a Julia.

¡En qué remolino nos movemos! La semana pasada dieron un baile, y éste ha sido el primer año que a nosotras nos permitieron asistir: sólo fuimos las alumnas de la clase superior.

Invité a Juan Mac Bride; Sallie invitó a su compañero de Princeton, aquel que este último verano fué a pasar algunos días en su casa de campo, un simpático joven de cabello rojo, y Julia invitó a un joven de Nueva York, no muy animado, pero socialmente irreprochable: es pariente de los De la Mater Chichesters. Acaso le conozca usted. A mí no me ha producido ninguna impresión.

Nuestros invitados se presentaron el viernes por la tarde a la hora del té, que tomaron en la terraza. Luego se marcharon al hotel a cenar. El hotel estaba tan lleno, que tuvieron que dormir en las mesas de billar. Juan Mac Bride dice que la próxima vez que le inviten para asistir a un acontecimiento social de esta clase, traerá su tienda de Adirondak y la colocará en el patio.

A las siete treinta asistieron a la recepción del presidente y bailamos. Teníamos comprometidos ya todos los bailes y en cuanto concluía uno, los jóvenes se agruparon esperando el baile siguiente. Juan Mac Bride fué un invitado muy difícil de contentar; estaba disgustadísimo porque no había bailado conmigo más que tres veces.

Dice que le da vergüenza bailar con chicas que no conoce.

A la mañana siguiente asistimos a un concierto y, ¿quién cree usted que compuso una canción apropiada a la fiesta? Fuí yo, sí, señor. Le digo a usted, papaíto, que su pequeña huérfana está convirtiéndose en una importante personalidad.

En fin, nuestros dos días de asueto fueron muy agradables y me parece que a los jóvenes también les gustaron. Varios de ellos, en un principio, parecían emocionados ante la perspectiva de tener que dirigirse a un millar de muchachas, pero se les pasó en seguida. Nuestros dos jóvenes de la Universidad Princeton, se divirtieron mucho, lo que terminaron por confesarnos, invitándonos al baile que ellos darán en la primavera próxima. Hemos aceptado. Le ruego, pues, querido papaíto, que no me contraríe.

Tanto Julia y Sallie, como yo, llevábamos vestidos nuevos. ¿Quiere usted saber cómo eran? El de Julia de raso color crema bordado en oro; a dar mayor elegancia al vestido contribuía la colocación de unas orquídeas purpúreas naturales. Era una maravilla, un sueño; se lo enviaron de París y, según creo, le cuesta un millón de dólares.

El de Sallie era azul pálido, adornado con bordados persas; un color que le sentaba admirablemente con sus cabellos rojos. Éste no vale un millón, pero casi hace tanto efecto como el de Julia.

El mío era de crespón de china rosa pálido, adornado con puntilla y raso rosa. Llevaba unas rosas carmesí que Juan Mac Bride me mandó. (Sallie le dijo el color que me sentaría mejor). Y todas íbamos con zapatos de raso y medias de seda.

A buen seguro que no debe usted quedar profundamente impresionado por estos detalles de modistería.

No puedo llegar a comprender, papaíto, lo insípida que deben encontrar la vida los hombres, siendo palabras

muertas para ellos las sederías, el punto de Venecia, los bordados a mano y el ganchito irlandés. A la mujer, en cambio, aunque le interesen los bebés, los microbios, los maridos, la poesía, los criados, los paralelogramos, los jardines, o el *bridge*, fundamentalmente y siempre, le interesan más los vestidos.

Es lo único de la naturaleza que nos hace fraternizar. (Esto no es original; lo he copiado de una de las obras de Shakespeare).

Voy a decirle el secreto que he descubierto no ha mucho. ¿Me promete usted no considerarme vanidosa? Escuche:

¡Soy guapa! ¡De verdad que lo soy! Ahora que tengo tres espejos en la habitación, tendría que ser completamente idiota si no lo supiera.

Una amiga.

P. D. — Ésta es una de esas antipáticas cartas anónimas que se leen en las novelas.

20 de diciembre.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Debo asistir a dos clases, arreglar una maleta y un baúl y coger el tren de las cuatro, pero no puedo marcharme sin enviarle dos palabras de agradecimiento por su regalo de Navidad.

Me gustan las pieles, el collar, la corbata de *liberty*, los guantes, los pañuelos y el bolso, y por todo ello le quiero a usted infinitamente. Pero, papaíto, ¿qué es lo que está usted pensando al mimarme de esta manera? Mire usted que no soy más que una muchacha. ¿Cómo podré fijar mi pensamiento en los estudios, si usted es el primero en distraerlo con estas frivolidades?

Ahora sospecho quién era el accionista del Asilo de

John Grier, que acostumbraba mandarnos el árbol de Navidad y los bizcochos los días festivos. El envío era anónimo, pero por su conducta le conozco. Por todas las buenas obras que practica, merece usted toda la felicidad del mundo.

Adiós. Muy felices Pascuas.

Suya siempre,

JUDITH

P. D. — Le mando un pequeño recuerdo. ¿Qué le parece? Si en vez del retrato, fuese yo misma, ¿me querría?

11 de enero.

Mi deseo era escribir a usted desde la ciudad, pero Nueva York me absorbe todo el tiempo.

Pasé unos días brillantísimos; sin embargo, estoy contenta de no pertenecer a esta familia. Casi prefiero haber tenido el asilo por casa. No lo digo porque no fuese bien recibida, al contrario. Ahora conozco el significado de lo que la gente llama tener un pasado. La atmósfera de aquella casa es aplastante; no respiré con naturalidad hasta que me encontré de nuevo en el tren. Todos los muebles son tallados, tapizados y suntuosos; todos los invitados con quien me crucé iban irreprochablemente vestidos, hablaban a media voz y eran sumamente corteses. Pero si he de decirle la verdad, papaíto, desde que entré en la casa, hasta que salí, no pude oír ni una sola conversación interesante y desde que pisé su umbral, no se me ocurrió ni una miserable idea.

La señora Pendleton no piensa más que en joyas, modistas y compromisos sociales. ¡Qué diferencia de la madre de Sallie! Si alguna vez llego a casarme y a tener familia, haré todos los esfuerzos necesarios para educarla como los Mac Bride. Ni por todo el oro del mundo per-

mitiría a mis hijos que crecieran en un ambiente como el de los Pendleton. No es correcto, seguramente, esto de criticar a las personas que se acaba de visitar. Le ruego, pues, que me perdone y que tenga en cuenta que esta manera de pensar queda exclusivamente entre usted y yo.

A Master Jervie le vi una vez a la hora del té y no tuve ocasión de hablarle a solas, lo que me disgustó después de haber pasado con él un verano tan agradable. Me parece que sus parientes no le importan un bledo y que ellos le pagan con la misma moneda. La madre de Julia dice que está chiflado y que es socialista, aunque, gracias a Dios, no le ha dado ni por dejarse crecer los cabellos ni por llevar corbatas encarnadas. No puede imaginarse de dónde ha sacado sus fantásticas ideas, contrarias a las de todas las generaciones que le han precedido.

Tiró el dinero invirtiéndolo en reformas de las más extravagantes en vez de gastarlo en yates, automóviles o caballos de carrera. ¡Yo podría decirle que se lo gasta también en chokolatines! Por Navidad nos mandó una caja.

¿Sabe usted que yo también soy socialista? No le disgustará, papaíto, ¿verdad? Los socialistas son muy diferentes de los anarquistas, pues no sueñan con la destrucción de la humanidad. Además, tengo derecho a serlo, perteneciendo como pertenezco al proletariado. Pero no estoy segura todavía de qué ideas son las más convenientes para mí; el domingo estudiaré este asunto y en mi próxima le expondré mis principios.

He visto muchos teatros, hoteles y casas hermosas. En mi cerebro se mezclan confusamente el ónix, el oro, los suelos de mosaico y las palmeras. Continúo aún deliciosamente atontada, aunque muy contenta de volver al colegio con mis libros. Créame usted, cada día tengo el convencimiento más firme de que soy un estudiante de hecho. Esta tranquila atmósfera académica me absorbe

más que la de Nueva York. La vida del colegio es muy bonita; los libros, los estudios y la regularidad de las clases mantienen despierta la inteligencia y cuando la cabeza se siente algo cansada la despejamos con la gimnasia y los juegos al aire libre; y estamos rodeadas de amigas que, al compartir nuestras mismas ilusiones, nos comprenden perfectamente. A lo mejor nos pasamos una tarde entera sin hacer otra cosa que charlar, charlar por los codos, y por la noche, nos acostamos satisfechas, como si hubiéramos resuelto algún problema de interés mundial. Siempre que se nos ocurre una broma, por tonta que sea, la celebramos con risotadas.

Acabo de descubrir el verdadero secreto de la felicidad, que no consiste en querer abarcar lo imposible, sino en vivir sólo para el presente, sin echar de menos el pasado ni preocuparse por el porvenir, viviendo el momento presente lo más intensamente que se pueda. Pues bien, yo voy a vivir intensamente, voy a saborear cada segundo la felicidad que pasa. La mayoría de la gente no vive, se arrastra. Están siempre esforzándose por alcanzar una meta lejana, y al obtener lo que tanto anhelan, se encuentran tan desalentados y cansados que no pueden apreciar la belleza y el reposo que les ofrece la naturaleza en su camino, y entonces lo primero que piensan es que son viejos y que para ellos ya no tiene interés lo que tanto les ha costado ganar. Yo he decidido sentarme con frecuencia en el camino a paladear toda la felicidad que se me presente por pequeña que sea, aunque no llegue nunca a ser una gran escritora. ¿Ha visto usted alguna vez una joven filósofa como la que me voy volviendo yo?

Suya siempre,

JUDITH

P. D.—Llueve a cántaros. En el alféizar de la ventana se han instalado dos perritos y un gatito.

Querido camarada:

He aquí un socialista que está dispuesto a esperar. No me gustaría, ni por asomo, que se declarara la revolución mañana mismo, pues esto nos trastornaría demasiado. Deseamos que vaya acercándose lentamente y que se declare en un futuro lejano, cuando todos estemos bien preparados para sostener el choque.

Entre tanto, es necesario avivar el rescoldo instituyendo industrias, fomentando la educación y practicando reformas en los asilos.

Fraternalmente suya,

JUDITH

Lunes, a las 3 h.

11 de febrero.

Querido P. P. L.:

No se ofenda por la brevedad de la presente. No la considere como carta. Unas líneas nada más para decirle que le escribiré una larga epístola tan pronto como se terminen los exámenes. No basta que me aprueben, es necesario que salga "victoriosa". Tengo una beca que justificar.

Su estudiosa,

J. A.

Querido Papaíto Piernas Largas:

5 de marzo.

Esta tarde, el presidente Cuyler nos ha pronunciado un discurso para decirnos que la generación moderna peca de superficial e impertinente. Sostiene que se están perdiendo los viejos ideales y nos achaca una gran falta de respeto hacia nuestros superiores. A su juicio no somos lo bastante deferentes con ellos.

Volví de la iglesia con una gravedad desacostumbrada.

¿Soy demasiado familiar, papaíto?

¿Debo tratarlo con menos confianza? Creo que sí. Volveré a empezar.

.....

Mi respetable señor Smith:

Tengo mucho gusto en manifestarle que he terminado con éxito mis exámenes semestrales y que nuevamente emprendo mis estudios. He dejado la química, la asignatura se ha dado por terminada con el análisis cuantitativo, y ahora me dedico a la biología, que empiezo con cierta vacilación, ya que, según creo, deberé disecar gusanos y ranas.

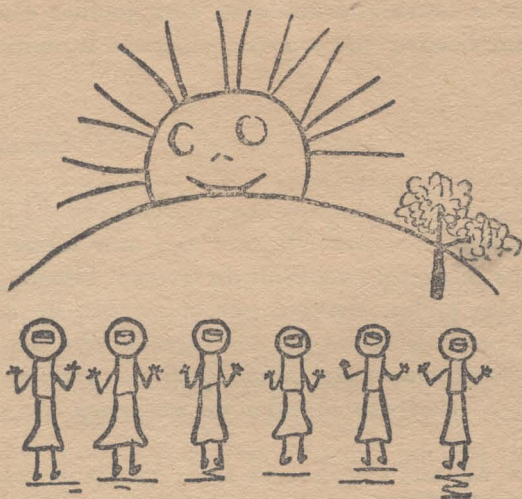
La semana pasada, en la capilla, nos dieron una lectura acerca de los descubrimientos romanos del sur de Francia. Estuvo muy bien; no había oído aún una explicación tan precisa sobre tal asunto.

En la clase de literatura inglesa nos han dado para leer la "Abadía de Tintern", del escritor Wordsworth. ¡Es una obra exquisita, delicadísima! La evolución del romanticismo de la primera parte del siglo pasado expuesta en las obras poéticas de autores tales como Shelley, Byron, Keats y Wordsworth, me atraen mucho más que las obras de los clásicos que las preceden. A propósito de poesía: ¿Ha leído usted el gracioso esbozo de Tennyson titulado "Locksley Hall"?

Asisto regularmente a clases de gimnasia. Estamos practicando un nuevo sistema, y el constante temor a las equivocaciones resulta molesto. Tenemos una hermosa piscina construída con cemento y mármol, donativo de una antigua discípula. Mi amiga y compañera, la señorita Mac Bride, me ha regalado su traje de baño (se le ha

encogido y no puede ponérselo) y estoy aprendiendo a nadar.

La noche pasada comimos de postre un delicioso *biscuit glacé* rosado. Para dar color a la comida usan sólo tintes vegetales a causa de nuestras protestas, pues no toleramos el uso de anilinas, tanto por lo estético como por lo higiénico.



La temperatura es por fin ideal; el sol brilla y las nubes se entrecruzan con pequeñas tempestades de nieve.

Espero, mi querido señor Smith, que la presente le encontrará en perfecta salud.

Quedo de usted, siempre afectísima,

JESUSA ABBOTT

24 de abril.

Querido papáito:

¡He aquí de nuevo la Primavera! Si usted supiera lo hermoso que está nuestro patio, no dudo que vendría

a verlos. Master Jervie se nos presentó el viernes pasado con muy poca oportunidad, puesto que Sallie, Julia y yo corríamos para poder coger el tren. ¿Y sabe usted a dónde fuimos? ¡A Princeton, para asistir a un baile y a un partido de pelota! No le pedí a usted permiso, porque temía una negativa de su secretario. Todo salió a pedir de boca. La señora Mac Bride nos acompañó. Hemos pasado unas horas encantadoras. Los detalles son tantos y tan complicados que me veo obligada a omitirlos.

Sábado.

Al apuntar el alba nos hemos levantado. El vigilante llamó a seis de nosotras. Hicimos café muy fuerte y luego recorrimos una gran extensión de terreno. Hemos andado más de dos millas, siempre por la cumbre de la colina para presenciar la salida del sol. Cuando sólo nos faltaba ascender la última cuesta, surgió el sol con todo su esplendor. ¿Cree usted que el calor de sus rayos nos quitó el apetito?

¡Oh! Mi estilo de hoy es el de las jaculatorias; esta página es una salpicadura de exclamaciones.



Este es el gatito
Por el dibujo verá
que es muy
Angora.

Mi intención era escribirle extensamente hablándole de los tiernos brotes de los árboles, del mismo sendero que va hacia el campo atlético, de la horrible lección de biología que me toca mañana, de las nuevas canoas del lago, de la

pulmonía que tiene la pobre Catalina Prentiss, del gatito de Angora que huyó de su casa y se refugió en Fergusen

durante dos semanas, hasta que una camarera vino a buscarlo, y de mis tres vestidos nuevos; pero tengo demasiado sueño. Perdóneme si más de una vez le he dicho lo mismo. En el colegio se está tan atareadísima que una se siente cansada al terminar el día, y más aún si se ha estado en pie desde la aurora.

Afectuosamente le saluda,

JUDITH

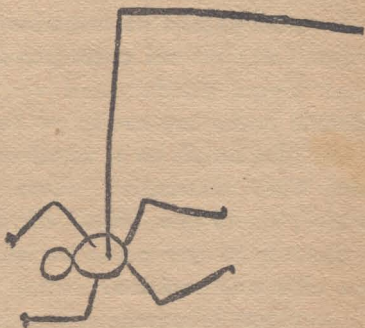
15 de mayo.

Querido Papaíto Piernas Largas:

¿Es correcto subir al tranvía y mirar de frente sin dirigir los ojos ni una sola vez a las personas que nos rodean?

Hoy al tranvía ha subido una señora que, sin mirar a nadie, se ha sentado y durante los quince minutos que permaneció en el coche no separó la vista de un anuncio colgante. No me pareció muy cortés. Mientras la viajera permaneció absorta en la contemplación de aquel insípido anuncio como si tuviera a menos mirar a los demás mortales que estamos allí, yo estuve estudiando un tranvía lleno de interesantes seres humanos.

Le envió una ilustración inédita. Acaso le parezca una araña colgada al extremo de un cordel, pero no es eso, no; soy yo aprendiendo a nadar en la piscina del gimnasio.



El profesor ata una cuerda a la argolla que llevo en el cinturón y la pasa, luego, por una polea sujeta al techo. Maravilloso sistema para toda discípula que tenga plena confianza en la probidad de su profesor. Por mi parte,

el temor de que la cuerda resbale no se aparta de mí mente y me obliga a vigilarla llena de ansiedad con un ojo, mientras atiendo con el otro a la natación. Esto hace que no progrese lo que debiera.

El tiempo es de lo más enigmático que se conoce. Cuando empecé a escribir llovía y ahora luce el sol. Sallie y yo iremos a jugar al tenis dentro de un momento para entrenarnos.

Una semana después.

Hace días que hubiera debido terminar esta carta. ¿Verdad, papáito, que no le importa que no sea puntual? El escribirle tiene para mí el encanto de permitirme forjar una ilusión, la de que realmente poseo una familia. ¿Quiere usted saber algo de nuevo? No es usted el único hombre a quien escribo cartas; hay dos más. Este invierno he recibido con frecuencia largas misivas de Master Jervie, siempre con los sobres escritos a máquina para que Julia no conozca la letra. ¿No encuentra usted que esto es algo extraordinario? Y semanalmente, de Princeton, me mandan unos garabatos trabados en una hoja de papel amarillo. Contesto mi correspondencia con prontitud comercial. Como puede usted ver, no soy tan distinta de las demás como me creía; yo también recibo cartas.

¿Le he dicho a usted que he sido elegida miembro del Club Dramático? Una organización muy "recherchée", de la que "sólo" formamos parte setenta y cinco. ¿Cree usted que como socialista no debiera pertenecer a un club aristocrático?

¿Qué le parece a usted que ocupa actualmente mi atención en sociología? Estoy escribiendo (*figurez-vous!*), una composición sobre el Cuidado de los Niños Asilados. El profesor nos entregó los temas sin escogerlos y éste me tocó a mí. *C'est drôle, n'est ce pas?*

La campana anuncia la comida. Al pasar por delante del buzón echaré la carta.

Suya afectísima,

J.

4 de junio.

Querido papáito:

¡Qué trabajo! Dentro de diez días las vacaciones. Mañana tenemos los exámenes. Estudiando y embalando, se van sucediendo las horas con rapidez, y hay que hacer esfuerzos para no mirar al campo, porque el tiempo es tan espléndido que le duele a uno quedarse en casa.

En fin, se acercan las vacaciones. Este verano, por cuarta vez, Julia va a pasarlo viajando por el extranjero. No hay duda alguna, papáito, de que los dones no están distribuídos por partes iguales. Sallie, como siempre, irá a su quinta de "Los Adirondacks". ¿Y a dónde iré yo? ¿Acierta usted? ¿A "Los Naranjos"? No. ¿A "Los Adirondacks" con Sallie? No. (No quiero intentarlo otra vez, con lo del año pasado tuve bastante). Bueno, ¿no se le ocurre a usted nada más? ¡Vaya poca inventiva! Yo se lo diré, papáito, si me promete no oponerse. Por adelantado hago saber a su secretario que mi decisión es irrevocable.

Voy a pasar el verano en una playa con una tal señora C. Paterson, para preparar a su hija, que ha de ingresar en el colegio en otoño. Es una persona muy amable; la conocí en casa de los Mac Bride. También dará lecciones de inglés y de latín a la hija menor; pero me dejarán algunas horas libres y ganaré cincuenta dólares mensuales. ¿No le impresiona a usted una suma tan exorbitante? Es lo que me ofreció; yo no me hubiera atrevido a pedir más de veinticinco.

A primeros de septiembre saldré de Magnolia (donde viven) y es probable que me detenga en "Los Naran-

jos" las tres semanas que me quedan, para ver de nuevo a los Semple y a todos los animales amigos.

¿Encuentra chocante mi programa, papaíto? Me vuelvo independiente. Usted ha dirigido mis primeros pasos; ahora ya puedo andar sola.

Lástima que nuestros exámenes coincidan con los de la Universidad de Princeton, porque esto echa por tierra nuestros propósitos de ir a verlos.

Adiós, papaíto. Que pase usted un buen verano y que el otoño le halle dispuesto para empezar otro año de trabajo. (Esto es lo que usted debería escribirme). No tengo ni la menor idea de lo que hace usted en verano, ni sé si se divierte. Son inútiles cuantos esfuerzos hago para imaginarme la sociedad en que vive. ¿Juega usted al golf, caza, monta a caballo, o se está simplemente al sol, meditando?

Sea como sea, le deseo un verano feliz y le suplico no se olvide de

JUDITH

10 de junio.

Querido papaíto:

Después de pensarlo mucho, he determinado la línea de conducta que debo seguir. Muy amable, muy bondadoso y muy generoso es usted al querer mandarme a Europa este verano. De momento me cautivó la idea, pero luego, al pensarlo con más calma, consideré inaceptable la proposición. ¡Sería absurdo que yo rehusara el dinero necesario para pagar el colegio y en cambio lo aceptara con objeto de divertirme! No debía usted acostumbrarme a tanto lujo, pues una vez que se ha conocido, si luego falta se echa de menos; y es muy triste quedarse sin nada, cuando se ha empezado a pensar que todo le pertenecía a uno por derecho propio. Conviviendo con Julia y con Sallie, mi estoicismo fracasa. Ellas están acos-

tumbradas al bienestar desde su infancia y aceptan la felicidad como cosa natural; consideran que la vida se lo debe todo, y no agradecen nada por mucho que se les brinde.

La vida me demostró desde el principio que no tenía conmigo deuda ninguna. No puedo, por lo tanto, pedirle nada a cuenta.

¡Cuánta metáfora! Espero, sin embargo, que me comprenderá usted. Tengo el convencimiento de que lo honrado para mí es hacer de profesora este verano y empezar a ganarme yo misma el sustento.

.....

Magnolia

Cuatro días después.

Terminaba de escribir las anteriores páginas, cuando se presentó una doncella con la tarjeta de Master Jervie. Este verano quiere pasarlo en el extranjero, pero no con Julia y su familia, sino solo. Le referí que usted me había invitado a hacer también el mismo viaje con una señora que acompaña a varias jóvenes. Él le conoce a usted, papáito; es decir, sabe que no tengo padre ni madre y que un caballero de altas cualidades morales me ha mandado al colegio. Lo que no tuve el valor de decirle fué que salí del Asilo de John Grier y lo demás. Cree que es usted un viejo amigo de mi familia, que hace las veces de tutor. Por supuesto, no le he dicho nunca que para mí era usted un desconocido.

A pesar de todos mis razonamientos, procuró persuadirme de que hiciera el viaje a Europa, diciéndome que era necesario para completar mi educación y que obraba mal rehusando. También me dijo que procuraría encontrarse en París al mismo tiempo que yo y que podría dejar algunas veces a mi acompañanta para irnos a comer juntos de cuando en cuando.

¡Qué tentación, papaíto! Me excusé. Si no hubieran sido sus modales tan autoritarios, es posible que hubiese terminado por acceder. Quiero que me atraigan con dulzura y no a viva fuerza. Me llamó tonta, loca, irrazonable, quijotesca, idiota, terca (éstos son algunos de sus adjetivos) y que no sabía lo que me convenía y que debía dejarme aconsejar por personas de experiencia. Me parece que terminamos peleándonos.

Hice rápidamente la maleta y puse pies en polvorosa. Parecióme más seguro quemar las naves antes de terminar la carta.

Héteme ya en Cliff Top (éste es el nombre de la quinta de la señora Paterson) con el equipaje deshecho, y a Florencia, la pequeña, pronta a reñir batalla con la terminación del nombre. ¡Y qué reñidísima se anuncia la batalla! Es la criatura más indómita que pueda hallarse; he tenido que empezar enseñándola a estudiar. ¡Creo que lo más difícil que ha hecho en su vida ha sido tomar helados!

Nos sirve de clase uno de los rincones más tranquilos de la escollera. A la señora Paterson le gusta que demos las lecciones al aire libre. Yo encuentro difícilísima la obligación de concentrar el pensamiento ante la inmensidad del mar y de los buques que lo atraviesan. ¡Pensar que podría estar navegando en uno de ellos con rumbo al extranjero! Pero no, no permitiré a mi imaginación que piense en otra cosa que en la gramática latina.

Las proposiciones a o ab. absque, coram, cum, de e o ex; prae. pro, sine, tenus, insubter, sub y super, declinan con el ablativo.

¿Ve usted, papaíto? De nuevo estoy dedicada a mi trabajo, con los ojos fijos en él y sin parar mientes en la tentación. Pido a usted por favor que no se disguste conmigo y que no vaya a figurarse que no aprecio su bondad en lo que vale. Sólo puedo pagar sus esplendi-

deces siendo un buen ciudadano. (¿Las mujeres son ciudadanas? Supongo que no). O mejor dicho, siendo una persona útil. Así, cuando usted me mire, podrá decirse a sí mismo: "Fuí yo quien lanzó al mundo esta persona útil".

¡Qué bien suena esto, papaíto! Pero no quiero engañarle. A menudo experimento la sensación de ser una simple vulgaridad, de que no voy a diferenciarme de la mayoría de los mortales. Sospecho que terminaré casándome con un empresario de pompas fúnebres y convertida en su musa.

Suya siempre,

JUDITH

19 de agosto.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Desde mi ventana contemplo un hermoso paisaje; *marcaje* debería llamarse, ya que sólo se divisa agua y rocas. Va transcurriendo el verano. He pasado la mañana en compañía del latín, el inglés, el álgebra y mis dos estúpidas discípulas. No comprendo cómo es posible que Marión entre en el colegio y más aún que no la despidan de él una vez dentro; pero ¡oh!, es una pequeña beldad. Por supuesto, nada tiene que ver esto de que sea tan bonita como tonta. No puedo llegar a figurarme la pesadilla que su conversación va a ser para sus maridos. Les deseo la suerte de encontrarles tan estúpidos como ellas. Creo que no les será difícil, ya que el mundo está lleno de ellos. ¡He tropezado con muchos este verano!

Por la tarde, si el mar está tranquilo, nos paseamos por la escollera y nos bañamos. También en el agua salada mi educación puede sufrir admirablemente cualquier prueba. Nado con facilidad.

Desde París, el señor Jervie Pendleton me ha escrito

una carta. Se ve que no ha perdonado aún mi negativa. No obstante, si vuelve a tiempo pasará algunos días en "Los Naranjos", en donde estaré antes de la apertura de las clases. Tengo la esperanza de que siendo muy buena, amable y dócil me ganaré de nuevo la simpatía de él.

También he recibido carta de Sallie. Me dice que en septiembre espera pase con ellos dos semanas. ¿Debo pedirle permiso o puedo aceptar sin él? Creo que puedo hacer lo último; ya no soy una chiquilla y, además, supongo me lo merezco, después de haber trabajado el verano entero. Quiero ver a los Adirondacks. Quiero ver a Sallie, que va a enseñarme a remar (y ahora voy a explicar a usted el verdadero motivo de que acepte la invitación). Quiero que Master Jervie no me encuentre en "Los Naranjos". Es necesario que le demuestre que a mí no se me ordena nada. El único que puede hacerlo es usted, papáito, y aún en ciertas ocasiones. ¡Qué ganas tengo de encontrarme en el bosque!

JUDITH

Quinta de los Mac Bride

6 de septiembre.

He celebrado infinitamente el retraso de su carta. Si usted desea que sus órdenes sean aceptadas, procure que su secretario me las transmita con mayor prontitud. Por el encabezamiento de la presente puede hacerse cargo del lugar en que me hallo. Llevo cinco días aquí.

¡Qué encantadores son los bosques, el campo, el tiempo, los Mac Bride y el mundo entero! ¡Qué feliz soy!

Juan me llama para embarcarme. Adiós. Siento haberle desobedecido; pero, ¿a qué se debe su tenacidad en no querer que me divierta? ¡Después de trabajar todo

el verano! ¡Qué desgracia que sea usted como el perro del hortelano!

A pesar de todos sus defectos, le quiero a usted inmensamente, papaíto.

JUDITH

3 de octubre.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Ya me tiene usted en el colegio con las de último curso y, además, directora de nuestra revista "Monthly". ¿No es verdad que parece imposible que una persona que vale tanto fuera huésped del Asilo de John Grier hace cuatro años? ¡Cómo progresamos en América!

¿Qué me contesta usted a eso? De "Los Naranjos" me mandan una notita de Master Jervie en la que me dice que, aun sintiéndolo, no le es posible ir en el otoño como había dicho, toda vez que ha aceptado la invitación de unos amigos. Espera que habré pasado un buen verano y que me habrá sentado bien la estancia en el campo.

Y eso que sé que él estaba enterado de mi estancia en casa de los Mac Bride, porque Julia se lo había dicho. Está visto que cuando los hombres quieren intrigar a las mujeres, no tienen ni pizca de talento.

Julia se ha traído un baúl lleno de trajes nuevos, a cual más encantador: un vestido de tarde, de crespón tornasol, que le está a las mil maravillas. ¡Ni los ángeles del Paraíso van mejor ataviados! Al verlo, quedé boquiabierta, pues creía que los míos serían los más bonitos. Con la ayuda de una costurera barata, copié los modelos de la señora Paterson y aunque no sean exactamente iguales, me consideraba feliz antes de ver los de Julia. ¡Ahora quiero ir a París!

Querido papaíto, ¿no está usted contento de no ser mujer? Me parece que debe usted encontrar muy tonta

mi inquietud por el traje. Ya sé que lo es, no lo dudo; pero usted tiene la culpa.

¿Ha oído usted nombrar a un profesor alemán que consideraba innecesario todo adorno superfluo y pregona la utilidad de la sencillez en los vestidos de las mujeres? Su mujer, que era una infeliz criatura, adoptó la reforma del vestido. ¿Y sabe usted lo que hizo su señor marido? ¡Se fugó con una corista!

Suya siempre,

JUDITH

P. D. — La camarera que nos sirve lleva delantales de color azul eléctrico. Voy a comprarle unos color marrón y a echar los azules al fondo del lago. Cada vez que los miro, me dan escalofríos.

17 de noviembre.

Querido Papaíto Piernas Largas:

¡Qué desgracia tan grande se ha interpuesto en mi vida literaria! No sé si explicársela o no. Necesito que me compadezca alguien, pero que me compadezca en silencio. Sobre todo, papaíto, no me hable usted de ello en su próxima carta. Todas las tardes del invierno último las pasé escribiendo un libro, que he terminado este verano aprovechando las horas en que no tenía que dar clase de latín a mis dos estúpidas discípulas. Cuando regresé al colegio remití el libro a un editor que lo tuvo dos meses en su poder, por cuya razón estaba convencida de que se publicaría. Mas he aquí que ayer mañana me lo devolvieron por paquete postal (portes debidos), con una carta muy afectuosa, paternal, ¡y franca!... Me decía que por las señas se había enterado de que estaba aún en el colegio y que si tenía a bien seguir un buen consejo, se permitía indicarme que dedicara todas mis

energías al estudio y, que una vez obtenido el título, empezara a escribir. Incluía también la opinión del lector, que dice:

"Argumento inverosímil. Caracterización exagerada. Conversación forzada. Bastante humorismo, aunque no siempre de buen gusto. Que no se desaliente, que siga probando y con el tiempo llegará a escribir algo que valdrá la pena".

¿Verdad, papaíto, que estas palabras no son muy halagadoras?

Yo que creía ver ya mi nombre en la lista de los literatos americanos. Yo que me imaginaba poder sorprender a usted con la publicación de una novela famosa, antes de terminar mis estudios. Para escribirla recogí los datos en las Navidades durante mi estancia en casa de Julia. El editor tiene razón; dos semanas no son suficientes para observar los caracteres y las costumbres de una gran ciudad.

Ayer tarde, al salir de paseo, me llevé las cuartillas, entré en la pequeña fábrica que nos provee de gas y le pregunté al fogonero si podía tirar al horno el manuscrito. Cortésmente me abrió la puertecilla y con mis propias manos lo arrojé dentro. ¡Qué sensación! ¡Parecía que fuese mi propio hijo el que se estuviera quemando!

Por la noche me acosté afligidísima, convencida de que no llegaría a ser nunca nada y que había resultado dinero perdido el gastado en mi educación. Pero ¿sabe usted lo que ha ocurrido? Esta mañana, al despertar, hervía en mi cabeza un argumento magnífico. Todo el día he estado concibiendo mis personajes con la consiguiente alegría. Nadie puede tildarme de ser pesimista. Si tuviera un marido y doce hijos, y un terremoto se los tragara, al día siguiente sacudiría mi pena y me dedicaría a buscar otra proporción.

Le saluda afectuosamente,

JUDITH

14 de diciembre.

Querido Papaíto Piernas Largas:

¡Ayer tuve un sueño divertido! Entré en una librería y el dependiente me ofreció un libro nuevo titulado: "Vida y cartas de Judith Abbott". Lo vi perfectamente, encuadernado en tela roja, con un grabado del Asilo de John Grier en la cubierta y mi retrato en la portada con esta inscripción: "Suya siempre Judith Abbott". Pero en el momento en que miraba la última página para leer el epitafio de mi tumba, desperté. Me supo mal. ¡Por lo menos hubiera sabido con quién voy a casarme y cuándo voy a morir!

¿No le parecería a usted de palpitante interés leer la historia de su vida redactada por un autor omnipotente? Imagínese conocerla de esta manera y que el tiempo transcurriese sabiendo anticipadamente lo que había de ocurrirle y cuándo llegaría la hora de su muerte. ¿Le parece a usted que serían muchas las personas que tendrían el valor de leerlo? ¿Y cuántas podrían resistir su curiosidad, aunque al precio de las esperanzas y de las sorpresas que les reservara la vida?

La vida, por lo regular, es muy monótona; siempre estamos comiendo o durmiendo. Pero figúrese lo horriblemente monótona que sería si no sucediera algo imprevisto entre comida y comida. Perdone, papaíto, que estreche tanto la letra; estoy ya en la tercera página y no quiero emplear otro pliego.

Este año sigo estudiando la biología y la encuentro muy interesante. No puede usted figurarse lo bonito que resulta un trozo de duodeno de gato visto al microscopio.

También estudio filosofía; interesante, pero incomprendible. Prefiero la biología, porque puede expresarse y discutirse en el encerado. ¡Ahí va una mancha! ¡Y otra!

Esta pluma se está portando atrozmente. Ruego a usted excuse sus lágrimas.

¿Cree usted en las casualidades? Yo sí. No puedo estar de acuerdo con los filósofos que creen que toda acción es el resultado inevitable y exacto de un conjunto de causas remotas. Ésta es la doctrina más inmoral que conozco, pues con ella a nadie puede imputársele falta alguna. De ser fatalista, podría uno sentarse y decir: "Cúmplase lo escrito", y continuar sentado hasta que le sorprendiera la muerte.

Creo absolutamente en mi libre albedrío y en mi firme voluntad, esa voluntad con la que se mueven las montañas. ¡Voy a ser una gran escritora! Tengo ya cuatro capítulos de mi nuevo libro terminados y cinco esbozados.

¡Qué carta tan incoherente!

¿Le duele a usted la cabeza, papaíto? Tendré que terminar. Siento no poder mandarle un bizcocho, porque hoy van a estar riquísimos. Los haremos de crema y mantequilla.

Afectuosamente suya,

JUDITH

P. D. — En el gimnasio nos enseñan también a bailar. Por el dibujo que le acompaño, podrá usted ha-



cerse cargo de lo divertidas que resultan nuestras danzas. La que se ve al final haciendo una graciosa pirueta soy yo.

26 de diciembre.

Mi querido, queridísimo papaíto:

¿Ha perdido usted el sentido común?

¿No sabe usted que no es razonable mandar a una sola joven diecisiete regalos de Navidad? Acuérdesese de que soy socialista. ¿Quiere usted convertirse en plutócrata?



¡Piense en lo molesto que sería para mí que llegáramos a regañar! Necesitaría un carro de mudanza para devolverle sus regalos.

Me sabe mal haberle mandado aquella bufanda con los puntos tan flojos; la hice yo misma (ya debe usted haberlo adivinado). Sólo podrá usted llevarla debajo de la solapa levantada del abrigo, los días de frío.

Mil gracias, papaíto. ¡Es usted el hombre más cariñoso y más loco que existe!

JUDITH

Le mando a usted un trébol de cuatro hojas que cogí en la Quinta de los Mac Bride, para que le dé suerte en el Año nuevo.

9 de enero.

Papaíto, ¿quiere usted hacer algo que le asegure su salvación eterna? Aquí hay una familia necesitadísima. El padre, la madre y cuatro hijos visibles. Los dos mayo-

res se marcharon en busca de fortuna y todavía no deben haberla encontrado. El padre, trabajando en una fábrica de vidrio, se ha vuelto tísico (es un trabajo muy poco saludable) y lo han internado en un hospital. Faltos del cabeza de familia, todo el peso de la familia recae en la chica mayor, que tiene veinticuatro años. Durante el día trabaja de costurera al precio de 1'50 dólares (cuando encuentra dónde), y por la noche, borda caminos de mesa.

La madre, que no es muy fuerte, es en extremo piadosa e inútil. Permanece sentada, las manos cruzadas con aire resignado, mientras su hija se consume con el exceso de trabajo, la responsabilidad y la inquietud. No saben lo que va a ser de ellas al final de este invierno, ni yo tampoco. Cien dólares les permitirían comprar un poco de carbón y zapatos para los tres niños, que podrían entonces ir a la escuela. Y ese dinero daría un margen a su inquietud, caso de que se quedaran unos días sin trabajo.

Es usted el hombre más rico que conozco. ¿Puede usted gastarse cien dólares?

Yo no estuve nunca tan necesitada como esta joven. Por ella es por quien le pido encarecidamente. La madre me importa poco; es un ser sin voluntad.

Las gentes así clavan continuamente los ojos en el cielo y dicen: "¡Quizás es para bien nuestro!" Ya que se están muriendo, no es para su bien. ¡Qué rabia me dan! La humildad y la resignación, son sencillamente la impotencia o la inercia. ¡Yo creo que se debe luchar!

Estamos dando unas lecciones de filosofía muy tontas. Para mañana, Schopenhauer. El profesor parece que ignora todo lo que es ajeno a este autor. Es un viejo ganso; su cabeza, siempre en alto, mira hacia las nubes, y parpadea con temor si casualmente se inclina mirando a la tierra. A veces prueba a darles sabor humorístico a sus conferencias con algún rasgo de ingenio. Nosotras nos

esforzamos por sonreír, pero le aseguro a usted que sus chistes no hacen gracia. Se pasa la hora de la clase tratando de resolver cuáles son las cosas que existen realmente entre las que nosotros creemos que existen.

En lo que se refiere a la joven costurera no tengo duda alguna de que existe.

¿Dónde le parece a usted que tengo mi novela? En el cesto de los papeles. He comprendido que no era lo bastante buena y cuando el mismo autor piensa así, ¿qué opinaría el público?

Más tarde.

Me dirijo a usted, papaíto, desde el lecho del dolor. He estado dos días con anginas, tomando solamente leche caliente. "¿En qué pensaron sus padres que no se las extrajeron de niña?", me preguntó el doctor. No estoy segura, pero me parece que pensaron muy poco en mí.

Suya,

J. A.

Al día siguiente.

Antes de cerrar el sobre he leído mi carta. No sé por qué hay momentos que me envuelve una atmósfera mística. Me apresuro a repetirle que soy joven, feliz y confiada, y espero lo sea usted también. La juventud no se cuenta por los años cumplidos. Lo que importa es la vivacidad del espíritu, así es que, a pesar de sus cabellos grises, papaíto, puede usted aún sentirse joven.

Suya afectísima,

JUDITH

12 de enero.

Querido señor Filántropo:

Ayer recibí el cheque destinado a mi familia. ¡Cuánto se lo agradezco! Después de comer salí, abandonando

el gimnasio. ¡Había que ver la cara que puso la chica! Estaba tan sorprendida, y era tan feliz, que casi parecía joven, y eso que no tiene más que veinticuatro años. ¡Qué lástima de muchacha!

Todo lo bueno sobreviene a un tiempo. Tiene trabajo por dos meses; ha de preparar un ajuar para una novia.

—¡Gracias, Dios mío! — dijo la madre, cuando se enteró de que aquel trocito de papel representaba cien dólares.

—No es Dios — le dije, — es Papaíto Piernas Largas. (Le llamé a usted, señor Smith).

—Pero fué Dios quien se lo inspiró.

—¡No, señora! ¡Fuí yo!

A pesar de todo, papaíto, estoy segura de que es el buen Dios quien le ha hecho a usted caritativo. Se ha librado usted de diez mil años de purgatorio.

Su agradecidísima,

JUDITH ABBOTT.

15 de febrero.

A Su Majestad:

Esta mañana he almorzado pollo frío y pato y me hice servir una taza de té (una bebida china que no había probado aún).

No se ponga usted nervioso, papaíto, conservo mis cinco sentidos. Le estoy transcribiendo frases de San Pepys. Lo estamos leyendo, así como también la Historia de Inglaterra. Ahora, Sallie, Julia y yo hablamos el lenguaje de 1660. Fíjese: "Fuíme a Charing Cross para ver cómo colgaban, arrastraban y descuartizaban al Mayor Harrison, cuyo aspecto tranquilo era de lo mejor que puede darse en tal situación". Y esto: "Comí con mi dueña; llevaba un traje muy coquetón de luto por su hermano, que falleció ayer de viruelas".

Parece un poco pronto para divertirse, ¿verdad?

Un amigo de Pepys ideó un hábil medio para que el rey pudiera pagar sus deudas vendiendo a los pobres los comestibles echados a perder. ¿Qué me dice usted de esto, señor reformista? No creo que hoy día seamos tan malos como quieren hacernos creer los periódicos.

Para vestirse, necesitaba Samuel cinco veces más dinero que su mujer. Creo que a aquellos tiempos podía llamárseles la Época Dorada de los maridos.

Perdone si hoy le hablo solamente de Pepys; estoy escribiendo una composición sobre este asunto.

¿Qué le parece a usted, papaíto? La Junta de Gobierno del colegio ha abolido la orden de acostarse a las diez. Si queremos, podemos tener la luz encendida toda la noche; la única condición que nos ponen, es la de que no molestemos a las demás. ¡Y lo que es la naturaleza humana! Ahora que podemos estar levantadas toda la noche, no lo hacemos. Nuestras cabezas empiezan a tambalearse en cuanto dan las nueve, y a las nueve y media, se nos cae la pluma de las manos. Son las nueve y media.

Buenas noches.

Domingo.

Acabamos de llegar de la iglesia, donde ha predicado un cura de Georgia sobre el tema: "Debemos tener cuidado de no desarrollar nuestra inteligencia a expensas de nuestro sentimentalismo". Ha sido un sermón pobre e insípido. Procedan de Canadá o de los Estados Unidos, o de cualquiera otra parte y sea cualesquiera el grado a que pertenezcan, siempre nos echan los curas a las muchachas el mismo sermón. ¿Por qué no irán a las escuelas de chicos a decirles que más que su mentalidad han de educar su bondad?

El día es maravilloso: frío, helado y claro. En cuanto terminemos de comer, Sallie, Julia, Marty Heene, Eleo-

nor Pratt (estas dos últimas, aunque usted no las conozca, son amigas mías) y yo, nos pondremos la falda corta y nos iremos a campo traviesa hacia la granja Primavera, donde nos prepararán una merienda con pollo asado y maíz frito, y luego, el señor Primavera nos llevará a casa en su calesín. Suponen que estaremos de vuelta a las siete, pero nosotras pensamos extralimitarnos un poquitín y volvernos a las ocho.

Mis saludos, amable señor.

Tengo el honor de suscribirme su más leal, constante, fiel y obediente servidora,

J. ABBOTT

5 de marzo.

Querido señor Tutor:

Mañana es el primer viernes del mes, un día abrumador en el Asilo de John Grier. ¡Qué gran satisfacción para ustedes oír dar las cinco, acariciar la cabeza de algún asilado y tomar las de villadiego! ¿Me ha acariciado usted alguna vez? (Puede usted decírmelo; no se lo diré a nadie). A mí me parece que no; sólo recuerdo haber visto consejeros gordos.

Haga usted el favor de transmitir mis sinceros recuerdos al asilo. No puedo menos de sentir cierta ternura hacia él al contemplarlo al través de una niebla de cuatro años. Al principio de estar en el colegio, me lamentaba de no haber pasado la infancia como las otras niñas; ahora, en cambio, no me disgusta. Me doy cuenta de que vivo una aventura extraordinaria. Tengo la ventaja de poder contemplar la vida bajo diferentes aspectos. Habiendo salido del barro, el mundo tiene para mí una perspectiva de la que no pueden disfrutar las personas que han nacido en la opulencia.

Conozco a muchas chicas (Julia por ejemplo), que no saben cuándo son felices. Están tan acostumbradas a

serlo, que sus sentidos se hallan entumecidos. Yo, por el contrario, tengo plena conciencia de todos los momentos felices. Ahora trato de convencerme de que lo soy constantemente, a pesar de que no todo sucede de acuerdo con mis deseos. "Mientras haya firmamento sobre mi cabeza, tendré valor para soportarlo todo".

Papaíto, no vaya usted a tomar al pie de la letra esta nueva simpatía por el Asilo de John Grier. Si, como Rousseau, tuviera cinco hijos, no los dejaría abandonados en el umbral de un asilo para que se criasen con sencillez, no.

Mis sinceros recuerdos para la señora Lippett (es verdad que la recuerdo; quererla lo encuentro demasiado fuerte) y no se olvide de decirle el cambio ventajoso que se ha operado en mí.

Suya afectísima,

JUDITH

"Los Naranjos"

4 de abril.

Querido Papaíto:

¿Se ha fijado usted en el matasellos? Sallie y yo estamos embelleciendo "Los Naranjos" con nuestra presencia durante las vacaciones de Pascua. Hemos pensado que el mejor empleo que podíamos darles a estos diez días de asueto era irnos donde hubiese calma. Nuestro sistema nervioso estaba tan electrizado, que no nos era posible pasar una hora más en Fergusson. Tener por comensales a cuatrocientas chicas, se nos antojaba un entremés del que ya estábamos cansadas. Hay tanto ruido allí que no es posible entenderse como no sea hablando a gritos, sirviéndose de las manos como bocina.

Nos paseamos por las colinas, leemos, escribimos. En fin, hacemos una vida deliciosa. Parece increíble que

haga ya dos años de nuestra ascensión a la Colina Celeste con Master Jervie. Aun he podido ver el sitio de la roca que ennegreció el fuego encendido para calentar nuestra cena. Es singular lo relacionados que quedan ciertos sitios con ciertas personas. Sin él me he sentido sola . . . por espacio de dos minutos.

Dígame usted lo que piensa de mi actividad. Empiezo a creer que soy incorregible: ¡estoy escribiendo un libro! Lo empecé hace tres semanas y lo voy escribiendo por partes. Ya tengo el secreto del éxito. Master Jervie y el editor, tenían razón: somos más convincentes cuando escribimos cosas conocidas. Esta vez el argumento me lo sé de memoria. ¿Adivina usted en qué consiste? ¡Se trata del Asilo de John Grier! Y está bien, papaíto, estoy segura que lo está. Únicamente relato los pequeños detalles cotidianos. Soy realista. He abandonado el romanticismo, interinamente, pues volveré a él cuando mi brillante porvenir esté en su apogeo.

Este libro quedará concluído en breve y se publicará en seguida. ¡Ya verá usted, papaíto! Cuando uno se aferra a una idea, acaba consiguiendo lo que se propone.

Llevo cuatro años haciendo esfuerzos para que me escriba usted una carta y no he perdido aún la esperanza de lograrlo.

Adiós, querido papaíto.

(Me gusta llamarle querido papaíto. ¡Es tan bonito!).

Afectuosamente suya,

JUDITH

P. D.—Se me olvidó darle noticias de la granja. Son muy tristes. Si es usted excesivamente sensible, rasgue esta postdata.

El viejo *Grove* ha muerto. Era tan viejo que, por no poder masticar, tuvieron que matarlo.

La semana última una comadreja, o un lobo, o un ratón mató nueve pollos.

Ha sido preciso ir a los Cuatro Caminos en busca del veterinario para una de las vacas, que está enferma. La última noche, Amasai no se acostó, pues tenía que darle *whiskey* y aceite de linaza. Por desgracia, sospechamos que la vaca sólo tomó el aceite de linaza.

El sentimental *Tonny* (el gato pardo) ha desaparecido; tememos que haya caído en una trampa.

¡Cuántas desgracias ocurren en el mundo!

17 de mayo.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Ésta va a ser muy corta, porque la mano me duele al sólo ver la pluma. El día entero tomando notas y apuntes y, por la noche, la redacción de mi inmortal novela, me obligan a escribir con exceso.

Del viernes en tres semanas nos examinamos. Espero recibir su visita de usted y llegar por fin a conocerle. Si no viene, le odiaré. Julia ha invitado a Master Jervie, porque es de su familia; Sallie invita a Juan Mac Bride por lo mismo, ¿y yo a quién puedo invitar? Solamente a usted y a la señora Lippett, y no quiero invitar a esta última. Hágame, pues, el favor de venir.

A pesar de los calambres que me causa escribir, quedo siempre suya afectísima,

JUDITH

"Los Naranjos"

19 de junio.

Querido Papaíto Piernas Largas:

¡He terminado ya mi educación! Tengo un diploma en el fondo de uno de los cajones de la mesa de escritorio, junto con mis dos mejores trajes. En los exámenes hubo, como siempre, algunos pequeños nubarrones en los

momentos trascendentales. Gracias por sus capullos de rosa. Eran preciosos. Tanto Master Jervie como Master Juan, me regalaron rosas también, pero las de ellos las dejé con los tallos sumergidos en el lavabo, mientras que las de usted las llevé en procesión triunfal por las clases.

Héteme en "Los Naranjos", por todo el verano, quizás para siempre. La estancia es económica, los alrededores tranquilos y a propósito para la vida de un literato. ¿Qué más puede desear quien lucha por ser autor? Estoy loca con mi libro. No doy un paso sin pensar en él y lo sueño todas las noches. Mi aspiración ahora es tener paz, tranquilidad y mucho tiempo para trabajar (amén de buenas y apetitosas comidas).

Master Jervie vendrá probablemente en agosto, por una semana, y Juan Mac Bride va a dejarse caer aquí cualquier día; éste se ha asociado con unos comerciantes de abonos y hace las veces de viajante, por lo que recorre la comarca ofreciendo abonos a los agricultores.

Ya ve usted que, en "Los Naranjos", no nos falta sociedad. Estoy esperando ver llegar un auto guiado por usted, aunque ya empiezo a perder las esperanzas. Desde que vi que no asistía a mi último examen, lo arrojé para siempre de mi corazón.

JUDITH ABBOTT

24 de julio.

Querido Papaíto Piernas Largas:

¡Qué delicia es trabajar! Especialmente, cuando la clase de trabajo que se hace es la que más le gusta a uno en el mundo. Todos los días del verano los pasaré escribiendo tan aprisa como lo permita la pluma. Mi única queja contra la vida, es que los días no son bastante largos para permitirme escribir cuantas ideas bellas, valiosas y chistosas se me ocurren.

He terminado la segunda parte de mi libro y ma-

ñana, a las siete y media, empezaré la tercera. Es el libro más delicado que ha leído usted en su vida y el más real. No pienso en otra cosa. Tengo que hacer un violento esfuerzo para no empezar a escribir antes de vestirme y desayunar. Luego escribo, escribo hasta que me siento excesivamente débil. Entonces salgo con *Colín* (el nuevo mastín), y corriendo en pleno campo, recojo ideas nuevas para el día siguiente. Es el libro más bonito que ha leído usted en su vida. ¡Ay, perdón! Ya lo dije antes.

No me cree usted vanidosa, ¿verdad, papáito?

En realidad no lo soy; pero en este momento atravieso una crisis de entusiasmo. Quizás no tarde en pasar y entonces me censuraré y me despreciaré. ¡Estoy segura de que no pasará! Esta vez he escrito un verdadero libro. Cuando lo lea va usted a decir lo mismo.

Voy a intentar hablarle de otro asunto. ¿No le dije nunca que Amasai y Carrie se casaron en el pasado mayo? Siguen trabajando aquí; pero por lo que veo, se han echado a perder. Ella solía reírse antes, cuando él venía lleno de barro o dejaba caer ceniza al suelo. Y ahora, ¡hay que oír sus peleas! Además, ya no se riza el cabello. Amasai, que era tan servicial para limpiar las alfombras e ir por leña, refunfuña apenas se le pide una de las dos cosas. Sus corbatas son muy serias; en vez de llevarlas rojas o purpúreas como antiguamente, las usa marrón o negras. He determinado no casarme nunca. Evidentemente el matrimonio es un proceso de deteriorización.

No hay más noticias extraordinarias de la granja. Los animales siguen todos disfrutando de buena salud. Los cochinos, más gordos que nunca. Las vacas parecen satisfechas y las gallinas lo mismo. ¿Le interesan a usted las aves de corral? Si es así, permítame que le recomiende una obrita inapreciable: "200 huevos al año por gallina". Pienso poner incubadoras en la primavera próxima. He decidido instalarme en "Los Naranjos" definitivamente. Me he propuesto permanecer aquí hasta haber escrito 114

novelas, como la madre de Antonio Trollope. Entonces podría dar por terminada mi carrera literaria, retirarme y viajar.

El domingo último tuvimos de huésped al señor Juan Mac Bride. Comimos pollo asado y *biscuit glacé*: apreciadísimos platos. Me satisfizo verle; momentáneamente tuve la impresión de que todavía existía el mundo. ¡Pobre Juanito! ¡Lo que necesita andar para vender sus abonos! La Compañía Nacional de Granjeros no le paga sueldo. Sólo le dan el seis y el siete por ciento de las ventas que efectúa. Temo que acabará por irse a su casa de Worcester y aceptar el empleo que quiera darle su padre en la fábrica. Tiene excesiva buena fe para ser comerciante. Ser director de una floreciente fábrica de azulejos es un cargo envidiable, ¿no es cierto? Él desdeña olímpicamente los azulejos, pero concluirá por estimarlos.

Confío que apreciará usted en su justo valor la extensión de esta carta. Es que aún le quiero, papaíto, y soy completamente feliz. Rodeada de una vegetación exuberante, con buena comida, mullida cama, papel a discreción y un decalitro de tinta, ¿qué otra cosa puedo ambicionar?

Suya siempre,

JUDITH

P. D.—El cartero nos trae algunas noticias nuevas. El próximo viernes llegará Master Jervie a pasar una semana con nosotros. Únicamente lo siento por mi libro, que se verá abandonado, pues Master Jervie es muy exigente.

27 de agosto.

Querido Papaíto Piernas Largas:

¿En dónde estará usted?, me pregunto.

Nunca sé en qué punto del planeta se encuentra.

Espero que no se hallará en Nueva York con este tiempo tan lamentable y que estará usted en cualquier pico o montaña elevada (no en Suiza, sino más cerca), mirando la nieve y pensando en mí.

Me siento desamparada y necesito que alguien piense en mí. ¡Oh, papaíto, cómo ansío conocerle! De ser usted también desgraciado, podríamos consolarnos mutuamente.

Me parece que no voy a poder seguir en "Los Naranjos". Pienso marcharme. El próximo invierno, Sallie se instalará en Boston. ¿No cree usted que sería ideal ir con ella y poner un estudio a medias? Mientras Sallie trabaje, yo puedo escribir y por las tardes estaremos juntas. Porque las tardes resultan interminables, cuando sólo puede hablarse a los Semple, a Carrie y a Amasai. Desde luego, ya sé que no le gustará a usted la idea del estudio. Adivino la carta de su secretario:

"Señorita Jesusa Abbott.

"Distinguida señorita:

"El señor Smith prefiere que permanezca usted en "Los Naranjos".

"Suyo affmo.,

"Elmer H. Griggs".

"Los Naranjos"

19 de septiembre.

Odio a su secretario. Estoy segura de que un hombre que se llama Elmer H. Griggs, debe ser horrible. Me parece, papaíto, que terminaré por ir a Boston. No puedo continuar aquí. Si las cosas no cambian, tendré que arrojarne a un pozo, desesperada.

¡Apenas hace calor! La hierba está chamuscada, los arbustos secos y las carreteras polvorientas. Hace muchísimas semanas que no ha llovido.

Por esta carta creerá usted que estoy atacada de hidrofobia, pero no es así. ¡Sólo me falta la familia!

Adiós, queridísimo papaíto.

¡Cuánto deseo conocerle!

JUDITH

"Los Naranjos"

3 de octubre.

Querido Papaíto:

Acaba de ocurrirme algo que me obliga a pedirle un consejo. A usted solamente, pues no aceptaría el de nadie más en el mundo. ¿Me será posible verle a usted? Es mucho más fácil hablar que escribir, y además, me asusta pensar que su secretario pueda abrir la carta.

JUDITH

P. D.—Soy muy desgraciada.

"Los Naranjos"

6 de octubre.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Esta mañana he recibido la notita escrita por su propia mano, una simpática mano temblorosa. Siento en el alma que haya estado usted enfermo. De haberlo sabido, no le hubiera molestado con mis asuntos por nada del mundo. Voy a explicarle la causa de mi dolor. Es muy complicada para escribirla y "muy secreta". Sea usted amable y queme esta carta en vez de guardarla.

En primer lugar, le adjunto un cheque de mil dólares. ¿No encuentra gracioso que sea yo la que le mande un cheque? ¿De qué supone usted que puede ser?

He vendido mi novela, papaíto. ¡La publicarán por entregas en siete partes primero, y luego, harán con ellas un libro! Usted se figurará que estoy loca de alegría, y

no hay nada de eso; estoy disgustadísima. Claro que me complace poder empezar a pagarle. Ya no le debo a usted más que dos mil dólares. Saldaré a plazos. No se muestre usted reacio en tomar el cheque; para mí es un placer enviárselo. Ciertamente que mi deuda hacia usted no puede saldarse con dinero; por eso seguiré pagándoselo toda mi vida con profunda gratitud y afecto.

Vamos ahora a lo segundo. ¡Por favor, déme usted el mejor consejo que le dicte su conciencia!

Ya sabe que le he querido como a nadie; representaba usted toda mi familia. Y... ¿verdad que no le sabrá a usted mal que le diga que quería más a otro, a un joven? No tendrá usted que romperse la cabeza para adivinar de quién se trata. Sospecho que mis cartas hacen tiempo que hablan mucho de Master Jervie.

Deseo que sepa usted que él y yo estábamos completamente compenetrados. ¡Y hasta qué punto! Opinamos de la misma manera. ¡Me asusta el que nuestras ideas coincidan siempre! Pero es que tiene razón casi siempre, y es natural que la tenga, pues cuenta catorce años más que yo. En otros términos, es un joven ya maduro al que no preocupa mucho el qué dirán. A los dos nos gustan las mismas cosas. Es muy triste eso de que dos personas sean antagónicas. Dudo que pueda encontrarse remedio a tal desgracia.

Y él... ¡ah! ¡Cómo lo echo de menos! El mundo entero me parece triste y vacío. Odio el claro de luna, sólo porque no puedo apreciar con él su profunda belleza. Usted también habrá amado alguna vez y comprenderá perfectamente lo que siento. Si usted lo comprende, no es necesario explicárselo, y si lo ignora, no podrá comprenderme.

¡A pesar de quererle, he rehusado casarme con él!

No le dije los motivos. Estaba avergonzada aunque al mismo tiempo me sentía muy infeliz. Me quedé muda. Se habrá creído, sin duda, que me quería casar con Jua-

nito Mac Bride, en el que ni siquiera pienso. ¡Cómo puedo pensar en él si es todavía muy joven? Pero Master Jervie y yo íbamos de error en error y nos herimos mutuamente. El porqué de mi negativa no es por no quererle, sino porque le quiero demasiado. Me asusta pensar que, pese a mi buena voluntad, llegue un día en el que pueda arrepentirse de haberse casado conmigo. No está bien que una persona sin antecedentes, como yo, se case con un miembro de una familia tan distinguida. Nunca le he dicho nada del asilo y me avergüenza decirle que no sé quien soy. Podría ser de resultados terribles. Su familia es muy orgullosa, y yo lo soy también.

Además, he contraído con usted una deuda. Después de haber sido educada para escritora, es necesario que lo sea. Tendría gracia que, habiendo aceptado su caballerosa oferta, no usara de los beneficios de ella. Toda vez que tengo probabilidades de devolverle el dinero, no contraeré ningún compromiso antes de pagar mi deuda. Claro que también me sería posible convertirme en autora aunque estuviera casada. No creo incompatible el matrimonio y la literatura.

Lo he reflexionado mucho. Ciertamente que él es socialista y tiene ideas propias, y acaso le fuera indiferente, como a tantos otros, unirse a una joven que pertenece al proletariado. Verdad, además, que cuando dos personas están completamente de acuerdo, felices al verse juntos, tristes al hallarse separados, nada en el mundo puede desligarlos. Deseo creerlo así. Pero antes quiero conocer su opinión desapasionada. Probablemente, siendo la suya una familia distinguida, su punto de vista será opuesto al mío. Con esto comprenderá usted lo que me interesa conocer su opinión.

Supóngase usted que me dirijo a él y le digo que no es Juanito la causa de mi negativa, sino el Asilo de John Grier; ¿hay algo más difícil de expresar? Se necesita un

valor que yo no tengo. Prefiero ser desgraciada el resto de mi vida.

Esto sucedió aproximadamente hace dos meses. No volví a saber de él. Y ya casi me había acostumbrado a sentir despedazado mi corazón, cuando recibí una carta de Julia que me conmovió lo indecible. En uno de sus párrafos me decía que el tío Jervie, cazando en el Canadá, perdióse en una noche tempestuosa y que, desde entonces, se hallaba enfermo de pulmonía.

¡Y yo que me sentía herida, porque ignoraba lo que había sido de él desde que se marchó de "Los Naranjos"! Temo que sea desgraciado; yo por mi parte lo soy mucho.

¿Qué me aconseja usted que haga?

JUDITH

6 de octubre.

Querido Papaíto Piernas Largas:

Claro que iré, el viernes próximo, a las cuatro y media de la tarde. ¿Por qué tengo que perderme? No soy ya una niña y he estado tres veces en Nueva York. No acierto a creer que no tardaré mucho en conocerle. Llevo tanto tiempo pensando en usted sin haberle visto nunca, que dudo que sea usted realmente una persona de carne y hueso.

¡Qué bueno es usted, papaíto, al acceder a mis deseos, estando aún convaleciente! Cuídese y no se enfríe. Este tiempo lluvioso es excesivamente húmedo.

Afectuosamente suya,

JUDITH

P. D.—Acaba de ocurrírseme una idea horrible. ¿Tiene usted mayordomo? Me asustan los mayordomos. Si me abre la puerta uno, caeré desvanecida en la escalera. ¿Qué voy a decirle? No conozco el nombre de usted. ¿Preguntaré por el señor Smith?

Martes por la mañana.

*Mi muy queridísimo Master Jervie Papaíto Piernas
Largas-Pendleton-Smith:*

¿Dormiste la noche última? Yo no. No he cerrado los ojos ni por casualidad. Me siento demasiado feliz. No podré dormir ni comer nunca más. Deseo con toda mi alma que tú hayas dormido. Es necesario que lo hagas, ¿sabes? Porque así te restablecerás rápidamente y podrás venir a buscarme.

No puedo soportar la idea de lo muy enfermo que has estado sin que yo lo supiera. Cuando el doctor me acompañó hasta el coche, me dijo que durante tres días había temido por tu vida. ¡Oh, queridísimo! Si esto hubiera llegado a ocurrir, ¿qué habría sido de mí? Sin duda, algún día, muy lejano, uno de nosotros dejará al otro; mas cuando menos habremos pasado juntos algunas alegrías y los recuerdos nos ayudarán a sobrellevar lo que nos quede de vida.

Pensaba darte ánimo con mi carta... y en vez de eso he de animarme yo. Porque a pesar de ser más feliz de lo que jamás pude soñar, soy también más juiciosa. El temor de que pueda ocurrirte algo desagradable, queda como un espectro en mi corazón. Antes era frívola e inconsciente, porque no tenía tesoro alguno que perder. Ahora pasaré el resto de mi vida en constante zozobra. Cuando no estés a mi lado, pensaré en los automóviles que pueden atropellarte, en las tablas de anuncios que pueden caerte a la cabeza o en los terribles microbios microscópicos que puedes tragarte. Mi tranquilidad de espíritu ha desaparecido para siempre. De todas maneras, no me importa.

Ponte bueno rápidamente. Quiero tenerte junto a mí para convencerme de que eres tangible. ¡Qué corta fué la media hora que pasamos juntos! Temo que todo

haya sido un sueño. Si yo fuera de tu familia, una prima en cuarto grado, por ejemplo, podría verte todos los días, leerte en voz alta, arreglarte las almohadas, hacer desaparecer las dos pequeñas arrugas de tu frente y hacer que floreciera en tu boca una franca sonrisa. Pero estás contento, ¿no es cierto? Antes de marcharme lo estabas. El doctor me dijo que yo debía ser muy buena enfermera, puesto que tú aparentabas diez años menos. Espero que el amor no rejuvenecerá a todo el mundo diez años. ¿Pensarías en mí si de repente aparentara once años?

Ayer fué para mí el día más feliz de mi vida. Aunque viva hasta los noventa y nueve años, no podrá olvidárseme el más pequeño detalle. La joven que salió de "Los Naranjos" al amanecer era muy distinta de la que regresó por la noche.

La señora Semple me llamó a las cuatro y media. Me espabilé en seguida por completo, a pesar de la oscuridad, y la primera idea que hirvió en mi cabeza fué: "Voy a ver a Papaíto Piernas Largas". Me desayuné en la cocina a la luz de la vela, y luego, bajo un cielo de octubre de maravillosos matices, el calesín salvó las cinco millas que me separan de la estación. Mientras caminábamos, salió el sol. Las copas de los árboles se teñían ya de rojo, ya de anaranjado, y en las paredes de piedra y en los campos brillaba el rocío. El aire era tibio, claro y lleno de promesas. Sentía que iba a ocurrirme algo. El tren, en su marcha, susurraba: "Vas a ver a Papaíto Piernas Largas". Y mi confianza aumentaba. ¡Era tanta mi fe en el recto juicio de mi bienhechor! Sentía que en alguna parte un hombre más querido que papaíto, deseaba verme, y no sé por qué, tenía el convencimiento de encontrarle antes de terminar el día.

Cuando llegué a la casa de la avenida Madison, me pareció tan grande, oscura e inaccesible que no me atreví a entrar, y di una vuelta a su alrededor para cobrar ánimos. No sé por qué me asusté. Tu mayordomo es un hom-

bre tan simpático, tan paternal, que inmediatamente me sentí como en mi propia casa. “¿Es usted miss Abbott?”, me preguntó. Y yo le contesté: “Sí”. De manera que no tuve necesidad de nombrar al señor Smith para nada. Me mandó esperar en el salón, una habitación sombría, pero de sin igual magnificencia. Me senté en el borde de una de aquellas sillas tapizadas, repitiéndome silenciosamente:

“¡Voy a ver a Papaíto Piernas Largas!”.

Luego reapareció el mayordomo rogándome que le siguiera a la biblioteca. Estaba tan nerviosa, que mis pies casi no podían sostenerme. Antes de abrir la puerta, se volvió y me dijo: “Estuvo muy enfermo, muy enfermo, señorita. Hoy es el primer día que se le ha permitido levantarse. Procure usted no estar demasiado rato, no vaya a ponerlo nervioso”. Por la manera de expresarse, vi que te quería mucho. ¡Pobre viejo!

Entonces llamó y dijo: “La señorita Abbott”. Entré en la habitación y la puerta se cerró tras de mí.

Era tanta la oscuridad que allí reinaba, que como venía de un sitio plenamente iluminado, por un momento apenas pude moverme. Distinguí un sillón grande y cómodo, colocado delante de la chimenea y frente a él una mesita de té y una silla. Adiviné que en el gran sillón había un hombre sentado, rodeado de almohadones, con una manta cubriéndole las rodillas. Y sin que yo pudiera evitarlo, se levantó y, sosteniéndose en el respaldo de la silla, me miró sin decir palabra. ¡Y entonces... entonces, vi que eras tú! Pero ni aún con eso llegaba a comprender. Creí que papaíto te había mandado llamar para darme una sorpresa.

Riendo, me tendiste la mano y me dijiste: “¿No sabes que yo soy Papaíto Piernas Largas, pequeña Judith?”. ¡Oh, pero qué estupidez la mía! Si hubiera pensado un poco, cien detalles me lo habrían indicado. ¡Qué mal detective haría, papaíto!... ¿Jervie? ¿Cómo debo llamar-

te? Jervie a solas parece irrespetuoso, ¡y yo no puedo faltarte al respeto!

¡Qué deliciosa media hora la que pasamos antes que el doctor viniese y me echara! Estaba tan nerviosa al llegar a la estación, que por poco me subo al tren de San Luis. ¡Tú también estabas deliciosamente nervioso! Se te olvidó ofrecerme té. ¡Pero nos sentíamos tan felices! Cuando regresé a "Los Naranjos", era ya de noche. ¡Cómo brillaban las estrellas! Esta mañana he salido con *Colín* a visitar todos los lugares en los que estuvimos juntos, para avivar mis recuerdos de tus palabras y de tu acento. Hoy los bosques tienen un matiz bronceado y el aire está helado. Una temperatura hermosísima. Me gustará tenerte aquí. Noto que me faltas, querido Jervie, pero mi añoranza es agradable. ¡Pronto estaremos juntos! Nos pertenecemos real y verdaderamente el uno al otro. ¡Qué extraño me parece pertenecer al fin a alguien! Lo encuentro muy dulce.

Haré todo lo posible para que tu elección no te pese ni un solo instante.

Tuya para siempre,

JUDITH

P. D. — Ésta es la primera carta de amor que escribo. ¿No tiene gracia que haya salido airosa de la empresa?

F I N

ESTE LIBRO SE TERMI-
NO DE IMPRIMIR EL
11 DE SEPTIEMBRE DE
MIL NOVECIENTOS
CUARENTA, EN LA
IMPRENTA LOPEZ
CALLE PERU 666,
BUENOS AIRES

\$ 1.50 m/arg.

BIBLIOTECA PRIMO

OBRAS PUBLICADAS

1. TU ERES LA PAZ,
por Gregorio Martínez Sierra.
2. EL ROSARIO, por Florencia L. Barclay.
3. LA CASA DE LA TROYA,
por Alejandro Pérez Lugín.
4. SEIS DIAS, por Elinor Glyn.
5. MUÑEQUITA, por Rafael Pérez y Pérez.
6. LA PASAJERA, por Guy de Chantepleure.
7. LA HERMANA SAN SULPICIO,
por Armando Palacio Valdés.
8. ¡EL AMOR ES TAN CIEGO!...
por Ruby M. Ayres.
9. MANOS DE HADA,
por H. Courths-Mahler.
10. SIETE MUJERES Y UN BESO,
por Concha Linares-Becerra.
11. UNA NIÑA LOCA,
por Rafael Pérez y Pérez.
12. LAS DAMAS BLANCAS DE WORCESTER,
por Florencia L. Barclay.
13. LA VIRGEN DEL ROCIO YA ENTRO
TRIANA, por Alejandro Pérez Lugín.
14. LA MAMA DE PAPEL, por Max du Veu...
15. LA PRINCESITA DE LOS BREZOS,
por Eugenia Marlitt.
16. LA CUCHARA DE PLATA,
por John Galsworthy.
17. PALOMITA TORCAZ,
por Rafael Pérez y Pérez.
18. LA INCONQUISTABLE,
por Concordia Merrel.
19. EL DINERO NO HACE LA FELICIDAD,
por Claude Vela.
20. GRANDEZA DE ALMA, por Delly.
21. SU HORA, por Elinor Glyn.
22. LIL DE LOS OJOS COLOR DEL TIEMPO,
por Guy de Chantepleure.
23. BUSCAD LA PRIMAVERA,
por Ruby M. Ayres.
24. MADRINITA BUENA,
por Rafael Pérez y Pérez.
25. FELIPE DERBLAY, por Jorge Ohnet.
26. NIDO DE HIDALGOS,
por Iván Turgueniev.
27. BODA POR VENGANZA, por Concordia Merrel.
28. DIEZ DIAS MILLONARIAS, por Concha Linares-Becerra.
29. INMACULADA,
por Rafael Pérez y Pérez.
30. CASADA POR PIEDAD,
por H. Courths-Mahler.
31. ESCUELA PARA NUEVOS RICOS,
por Luisa María Linares.
32. ¿CHICO O CHICA?, por Berta Ruck.
33. DOÑA SOL, por Rafael Pérez y Pérez.
34. LA CASTELLANA DE SHENSTONE, por
Florencia L. Barclay.
35. ORO DE LEY, por Juan F. Muñoz y Pabón.
36. PAPAITO PIERNAS LARGAS,
por Jean Webster.

Precio del volumen \$ 1.50 m/arg.

Editorial Juventud Argentina

Distribuidor exclusivo:

Joaquín Torres

Moreno 774

Buenos Aires

